

El amor no estaba en el planning



19 SEPTIEMBRE

17:30	Ceremonia
18:10	Cóctel
20:20	Banquete
22:30	Pastel
00:00	Baile
01:30	Autobús

Ponme en
el minutado

SIN ASIGNAR.
Para lo que salga.

Maria Bloom



EL AMOR NO ESTABA EN EL PLANNING

María Bloom

EL AMOR NO ESTABA EN EL PLANNING

© 2026, María Bloom

Todos los derechos reservados.

Primera edición: 2026

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares y hechos que en ella aparecen son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos o establecimientos reales es pura coincidencia. Las localidades y espacios geográficos citados se emplean con libertad narrativa.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

Candela

El novio lleva llorando cincuenta y tres segundos.

No lo digo con maldad. Lo digo con un cronómetro en la mano, porque cincuenta y tres segundos de llanto son cincuenta y tres segundos que el oficiante no habla, y si el oficiante no habla, la ceremonia se estira, y si la ceremonia se estira, el cóctel arranca tarde, y si el cóctel arranca tarde, a las nueve y media tengo a ciento veinte personas con hambre y un catering que cobra por horas.

El amor es precioso. La logística es implacable.

—Cande. —La voz de Rocío me entra por el pinganillo, susurrada —. Está llorando.

—Lo veo.

—Es que es muy bonito.

—Es carísimo.

Estoy en la última fila, de pie, contra el seto. Es mi sitio. Desde aquí veo la espalda de ciento veinte invitados, el perfil del oficiante, la puerta por la que entra el vino y el camino de albero por el que se escapan los niños. Llevo tacón bajo, vestido azul marino sin brillos y un auricular color carne. Mi trabajo consiste en que nadie repare en mí ni una sola vez en todo el día. Cuando alguien me mira, es que algo ha salido mal.

Álvaro consigue rehacerse. Se pasa el dorso de la mano por debajo del ojo, mira a Marta y dice, con la voz rota:

—Perdón.

Los ciento veinte invitados hacen ese ruido. El *ooooh*. El ruido que hace la gente cuando ve a un hombre de metro noventa deshacerse en público. Se me eriza algo en la nuca, y lo apunto para pensarlo mañana, y luego no lo pienso.

—Rocío, avisa a cocina de que vamos con seis.

—Seis.

—Y que se relajen. Seis los recupero yo en las fotos de grupo.

La ceremonia sigue. Marta lee sus votos y son largos, porque los votos siempre son largos, porque nadie ha escrito nunca unos votos y ha pensado *quizá esto sobre el verano de 2019 se puede recortar*. Yo los he oído todos. Los del hombre que comparó a su mujer con un puerto seguro. Los de la mujer que comparó a su marido con un golden retriever, y que además tenía razón. Los del chico que se sacó del bolsillo un folio doblado en ocho y no llegó a leerlo porque le temblaban tanto las manos que se lo tuvo que leer ella.

Todos empiezan igual. *No sé por dónde empezar*. Y todos terminan igual, aunque eso no lo sepan hoy.

A mitad de la lectura, el técnico de sonido decide que es buen momento para tocar algo, y el micro del atril suelta un acople que atraviesa la finca entera. Ciento veinte cabezas se encogen. Marta se para.

Yo ya voy andando.

No corro nunca. Correr es una declaración pública de que hay un problema. Camino rápido por el lateral, por detrás del seto, salgo por el hueco entre la carpa y el muro, llego a la mesa de sonido y le pongo a Nacho una mano en el hombro antes de que le dé al otro botón.

—No.

—Es que se está saturando el...

—Nacho. —Sonrío. Sonrío mucho, sobre todo cuando no me apetece nada—. Bajas dos puntos el canal dos. Nada más. Ahora.

Baja dos puntos el canal dos. El sonido se limpia. Marta retoma los votos por donde los dejó y nadie, en toda la finca, sabrá jamás que ha pasado algo.

Vuelvo a mi seto.

Y desde el seto veo el resto del día como lo veo siempre: no como una boda, sino como un plano. La tía del vestido verde que se ha sentado en la fila reservada a la familia y a la que habrá que mover sin que se entere de que la mueven. La abuela de Álvaro, noventa y un años, al sol, a la que le quedan ocho minutos antes de que haya que sacarla de ahí. El sobrino de cinco años que ha descubierto el albero y va camino de estrenar el traje con una mancha del tamaño de Portugal. El fotógrafo —un tipo eficiente al

que contrato desde hace tres años, que hace justo las fotos que le pido y a la hora que se las pido, bendito sea— agachado en el pasillo central.

Todo eso, a la vez, todo el rato, en mi cabeza.

Y en el centro, dos personas que se están prometiendo delante de ciento veinte testigos que esto va a durar hasta que uno de los dos se muera.

Nadie les ha pedido esa promesa. Se la piden ellos solos. Cada sábado, en algún sitio, alguien la vuelve a hacer.

—Cande —dice Rocío—. La abuela.

—Voy.

A la abuela de Álvaro la saco del sol con la maniobra número uno, que es la mejor que he inventado en trece años y que consiste en no mencionar jamás el sol. Me acucillo a su lado, le pongo una mano en el brazo y le digo al oído que su nieto ha pedido que ella esté en la primera fila, donde se ve bien, porque quiere mirarla cuando diga que sí. Es mentira. La abuela se levanta como si tuviera sesenta años.

A la tía del vestido verde es más difícil, porque la tía del vestido verde sabe de sobra que está sentada donde no debe. Se lo veo en la espalda. Lleva veinte minutos con la espalda de alguien que está esperando a que vengan a decirle algo para poder ofenderse a gusto.

Así que no le digo nada. Me agacho al lado de la mujer que tiene al lado —una señora encantadora que no ha hecho nada malo en su vida— y le pregunto, en voz lo bastante alta, si le importaría hacerme el favor enorme de cambiarse a la fila de detrás, porque tenemos un problema con el hueco de la silla de ruedas del abuelo.

No hay abuelo en silla de ruedas.

La señora encantadora se levanta encantada. Se levantan las tres siguientes. Y la tía del vestido verde, que se ha quedado sola en una fila que se está vaciando, se levanta también, porque nadie quiere ser la única persona sentada en una fila vacía delante de ciento veinte testigos.

Nadie la ha movido. Se ha movido ella. Ese es el oficio entero.

Al sobrino lo intercepto a dos metros del albero con una piruleta que llevo en el bolsillo interior desde 2018, porque en el bolsillo interior siempre hay una piruleta.

Los anillos aparecen —siempre aparecen, en trece años nunca se ha perdido un anillo, aunque todos los padrinos del mundo se palpen el bolsillo en el último segundo como si se les fuera la vida—, y Álvaro besa a Marta, y ciento veinte personas aplauden, y el arroz vuela, y el cóctel arranca a las 20:44.

Once minutos tarde. Recupero nueve en las fotos de grupo.

Es una buena boda. Es una boda perfecta, de hecho. Y a las once y media, cuando Marta me busca entre la gente y me abraza sin avisar y me dice al oído, llorando otra vez, que ha sido el día más feliz de su vida, yo la abrazo de vuelta con todas mis fuerzas y le digo que se lo merece.

Y lo digo en serio. Esa es la parte que la gente no entiende.

* * *

A las dos y cuarto de la mañana quedan en la finca dieciocho personas, cuatro de ellas de mi equipo, y una montaña de sillas Chiavari doradas que hay que contar antes de que se las lleve el proveedor, porque el proveedor cuenta las que faltan pero nunca las que sobran.

—Ciento veintidós —dice Rocío.

—Son ciento veintiocho.

—He contado dos veces.

—Y hay seis en el jardín de arriba, donde el primo se llevó a los niños. Ve.

Se va. Yo me quito los zapatos y me siento en el borde del escenario desmontado, con los pies colgando, y me como un canapé frío de una bandeja que iba camino de la basura. Este es mi momento favorito de todas las bodas. La finca vacía, las luces de trabajo encendidas, el suelo lleno de pétalos pisados y un vaso de tubo con carmén en el borde encima de un altavoz. Ya no hay que sostener nada. Solo hay que recoger.

Rocío vuelve con las seis sillas y se sienta a mi lado. Tiene veintiséis años y una capacidad para emocionarse que a mí me parece un trastorno leve.

—Ha sido preciosa —dice.

—Ha sido rentable.

—Cande.

—Ha sido las dos cosas. Se puede.

Se ríe. Se termina mi canapé, que me parece bien, y luego dice, mirando el desastre:

—¿Nunca te dan ganas?

—¿De qué?

—De casarte.

Y ahí está. La pregunta que me hacen todas mis ayudantes, todas, entre el sexto y el noveno mes de trabajar conmigo, siempre a las dos de la mañana y siempre entre sillas.

—Rocío, ¿tú sabes cuál es el único sector que factura por vender una previsión meteorológica a cuarenta años vista?

—Ya estamos.

—Este. Nosotras. Nosotras cobramos por montarle a la gente el día en que jura, con micrófono y ciento veinte testigos, que sabe cómo va a sentirse en 2064. —Me señalo a mí misma con el vaso de agua—. Y lo hacemos bien. Yo lo hago muy bien. Pero que yo te venda un paraguas no significa que yo crea que va a llover para siempre.

—Eso es lo más triste que he oído nunca.

—Es lo más honesto que has oído nunca. No es lo mismo.

Rocío mueve la cabeza como se le mueve la cabeza a la gente de veintiséis años cuando alguien de treinta y dos les dice algo que no piensan aceptar hasta dentro de una década.

—Yo creo que un día vas a conocer a alguien —dice— y te vas a caer del guindo con un ruido tremendo.

—Yo creo que vas a contar mal las sillas otra vez.

—Ciento veintiocho.

—Ciento veintiocho. Bien.

Nos quedamos calladas. Fuera, en el aparcamiento, el camión del catering arranca y se va, y con él se acaba el día. Enero en

Sevilla, a las dos y media, se te mete en los huesos aunque hayas sudado hasta las once.

Lo que no le digo a Rocío es que yo sé cómo termina la película. No hace falta que me la cuenten. La he visto en casa de mis padres todos los días desde que tengo memoria: dos personas que no se gritan, que no se engañan, que no se rompen, y que llevan treinta y ocho años pasándose el pan en una mesa en la que no ocurre nada de nada.

Nadie hizo nada mal. Esa es la parte que me da miedo.

* * *

El móvil suena a las tres y diez, cuando estoy metiendo la llave en la puerta de casa con los zapatos en la mano.

Jimena.

Y a las tres y diez de la mañana, una llamada de mi mejor amiga solo puede ser una de dos cosas, y las dos me suben el pulso.

—Dime.

—Cande. —Está llorando. Está llorando y riéndose, que es el único llanto que no me pone en alerta—. Cande, Cande, Cande.

—Jime, respira.

—Me lo ha pedido.

Me quedo en el rellano. Con la llave puesta. Con los zapatos en la mano.

—¿Dani?

—Que quién va a ser, imbécil. —Se sorbe la nariz—. En la cocina. En la cocina, Cande, fregando, con el paño en el hombro, sin anillo ni nada, que el anillo lo tenía en el coche y se le olvidó, y me lo ha soltado ahí, entre el arroz de ayer y...

Y sigue hablando. Y yo la oigo bien, palabra por palabra, y al mismo tiempo no oigo nada, porque se me ha hecho en la garganta un nudo del tamaño de un puño y no tengo la menor idea de qué está haciendo ahí.

Yo he oído esta llamada trescientas veces. Trescientas contadas. La oigo por trabajo. Tengo un guion mental para esta llamada: enhorabuena, qué alegría, cuéntamelo todo, y luego, con mucho

tacto, en la segunda o tercera conversación, la fecha, el presupuesto y el número de invitados.

Y en lugar del guion, lo que me sale es:

—La organizo yo.

Silencio.

—Cande, no. No te llamaba para...

—Jimena. —Y aquí la voz me sale rara, y carraspeo, y lo arreglo —. La organizo yo. No se discute. Es lo único que sé hacer bien y lo voy a hacer para ti.

Se echa a llorar otra vez, esta vez sin risa. Yo me siento en el escalón del rellano, en la oscuridad, con la luz del portal apagada y el móvil pegado a la oreja, y la escucho contarme por tercera vez lo del paño en el hombro.

Yo no creo en las bodas.

Pero creo en Jimena. Y a las tres y diez de la mañana, en un rellano, esas dos cosas me parecen lo mismo.

CAPÍTULO 2

Bruno

Llevo cuarenta minutos esperando.

El cóctel empezó a las ocho. Son las ocho y cuarenta. En algún punto de esa terraza hay una wedding planner con un pinganillo preguntándose dónde está el fotógrafo, y hay ciento y pico invitados con una copa en la mano, y hay una mesa de quesos que no voy a fotografiar porque a nadie, dentro de treinta años, le va a importar aquella mesa de quesos.

Yo estoy en la parte de atrás de la finca. En un callejón entre el muro y el almacén, donde no hay nada. Ni luces, ni flores, ni cartel de bienvenida con el nombre de los novios en caligrafía.

El móvil me vibra en el bolsillo por tercera vez. No lo saco. Sé lo que pone.

Hay dos maneras de hacer este trabajo. La primera es la sensata: te sabes la lista, la cumple, entregas cuatrocientas fotografías correctas en las que sale todo el mundo con los ojos abiertos y nadie se enfada contigo jamás. Yo hice eso durante cuatro años. Se me daba bien. Cobraba puntual y dormía de un tirón.

La segunda es esta.

La segunda consiste en aceptar que en cada boda hay entre uno y tres momentos en los que ocurre algo de verdad, que esos momentos no están en ninguna lista, que no avisan y que casi siempre coinciden con otra cosa que sí estaba en la lista. Y entonces hay que elegir.

Yo elijo mal a propósito. Llevo doce años eligiendo mal a propósito.

Hay una pared encalada y un hueco entre dos edificios por el que, dentro de tres o cuatro minutos, el sol se va a poner a la altura exacta para entrar por ahí como entra el agua por una grieta.

Lo sé porque estuve aquí en mayo, en otra boda, y lo vi pasar y no tenía a nadie delante.

—¿Bruno?

Lucía aparece por la esquina con el vestido recogido en una mano y las sandalias en la otra. Se ha escapado de su propio cóctel porque se lo he pedido. Detrás viene Fer, con la corbata ya guardada en algún sitio, con esa cara de perro bueno que ponen todos los novios a partir de la octava hora.

—Cuatro minutos —le digo.

—Nos está buscando todo el mundo.

—Que os busquen cuatro minutos.

Lucía mira el callejón. Mira la pared encalada, el desagüe, una caja de plástico azul volcada contra el muro. Y pone la cara que ponen todos.

—Bruno, esto es un callejón.

—Sí.

—Que hay un desagüe.

—Ponte ahí. —Le señalo un punto en el suelo que para ella no tiene nada de particular—. Y tú detrás de ella. No poséis. Habladme de otra cosa.

—¿De qué?

—De lo que sea. De lo que os ha dado más miedo hoy.

Fer se ríe. Lucía dice «el discurso de mi hermano» y Fer dice «no, el de tu padre», y empiezan a discutir sobre cuál de los dos discursos ha sido peor, y en la discusión ella se apoya en él sin darse cuenta y él le pone la mano en la cintura sin darse cuenta, que es justo lo que yo estaba esperando, y entonces el sol baja tres grados más y el hueco entre los dos edificios se abre.

Y el callejón se pone de oro.

Toda la pared encalada se convierte en un reflector del tamaño de una casa. La luz les llega de lado, cálida, sin una sombra dura, y el desagüe deja de existir y la caja azul deja de existir, y en el mundo solo quedan dos personas riéndose de sus padres en un rectángulo de luz que va a durar noventa segundos.

Disparo veintidós veces.

En la número catorce, Lucía echa la cabeza hacia atrás para reírse y Fer no se ríe: la mira. Con la boca todavía a medio abrir por lo que iba a decir. Esa es. Esa es la foto de esta boda y de esta gente, y no está en la lista de nadie, y dentro de cuarenta años, si

todo va bien y también si va mal, va a seguir siendo verdad que él la miró así en un callejón, a las ocho cuarenta y cuatro, un sábado de enero.

—¿Ya? —dice Lucía.

—Ya.

—¿Y ha salido bien? Porque estamos en un callejón, Bruno.

Le doy la vuelta a la cámara y le enseño la pantalla.

Lucía se queda muy quieta. Luego se tapa la boca con la mano. Luego dice una palabrota preciosa y llama a Fer, y Fer mira, y Fer no dice nada de nada, que es la mejor crítica que he recibido en mi vida.

Cuando volvemos al cóctel, la wedding planner me localiza en tres segundos y me clava una mirada que se podría enmarcar.

—Llevo cuarenta minutos buscándote.

—Lo siento mucho.

—El cóctel empezó a las ocho.

—Lo sé. Lo siento mucho.

Y lo siento de verdad. Sé el problema que le he causado y sé que tiene toda la razón. Lo que pasa es que la mesa de quesos va a seguir ahí a las nueve, y aquella luz no.

Es lo que llevo doce años intentando explicar. Nunca me ha salido bien.

* * *

Mi madre tiene once fotografías de mi padre.

Once. Las he contado tantas veces que el número se me ha quedado pegado como se te queda un número de teléfono de la infancia. Están en la pared del pasillo, entre la puerta del baño y la de mi antigua habitación, en marcos que no combinan porque los fue comprando de uno en uno, según iba pudiendo.

Mi padre se llamaba Emilio. Murió cuando yo tenía catorce años y Dani, once. Y de los cuarenta y seis años que vivió, de los cuarenta y seis años enteros con sus veranos y sus lunes y sus discusiones y su forma de silbar en el pasillo, lo que queda son once fotografías mal hechas.

Mal hechas de verdad. Con el flash quemándole la frente. Con el dedo de alguien en la esquina. Una está movida entera y en otra sale medio cortado, con media cara fuera del encuadre, comiendo.

Ninguna la hizo un profesional. Las hizo mi tío, o un vecino, o un camarero al que le dieron la cámara en un bautizo.

—Esta es de Punta Umbría —dice mi madre.

Está detrás de mí, con el paño de la cocina en la mano. Yo he venido a traerle una silla y llevo veinte minutos en el pasillo, que es lo que pasa siempre.

—Ya lo sé, mamá.

—El año que se quemó la espalda. ¿Te acuerdas de que no se podía tumbar?

—Me acuerdo.

—Dormía en el suelo, boca abajo, como un lagarto. —Se ríe—. Y por la mañana no había quien lo levantara.

Me lo ha contado cuatrocientas veces.

Y siempre me la cuenta delante de la número siete, que es una foto espantosa. Está hecha desde demasiado lejos, con el mar detrás sobreexpuesto en un blanco de folio, y mi padre sale pequeño, de pie, con un bañador que le queda grande y las manos en la cintura. No se le distingue la cara. Si tú entras en este pasillo sin saber quién es, no ves nada: ves a un señor borroso en una playa cualquiera.

Y de esa foto sale, cada vez, la historia entera. La quemadura. El lagarto. El día siguiente. Que se levantó igual a las siete para bajar a por churros porque decía que un hombre que no baja a por churros en la playa no es un hombre.

Once fotos. Cero buenas. Y ahí sigue mi padre, saliendo del pasillo cada vez que a alguien le da por pararse.

Una vez, hace seis o siete años, intenté hacerle un retrato a mi madre. Buen equipo, buena luz, la senté junto a la ventana de la cocina. Duró cuatro minutos. Se levantó, dijo que estaba muy despeinada y que además se le quemaba una cosa, y no se le quemaba nada.

Dos meses después le hice una foto sin que se diera cuenta, con el móvil, dormida en el sofá con la boca abierta y el mando a

distancia en el pecho. Es la única foto suya que tengo enmarcada.

Esta es la parte que la gente no entiende cuando se ríe de mi trabajo.

Una fotografía no conserva a nadie. Mi padre no está en esa pared. Mi padre no está en ninguna parte y llevo veinte años sabiéndolo.

Pero mi madre lleva veinte años parándose en ese pasillo, y de esa pared sale, todos los días, una historia sobre un hombre que se quemó la espalda en Punta Umbría en 1998. Y esa historia es cierta. Esa parte pasó. Nadie puede quitársela ya.

Yo no fotografío bodas porque crea que los matrimonios duran. Yo he fotografiado trescientas y sé cuáles no van a llegar a los cinco años, y no me equivoco casi nunca, y no me alegra ni un poco.

Yo fotografío bodas porque aquel día ocurrió.

* * *

Dani entra en casa de mi madre a las nueve y media de la noche de un martes, que es una hora y un día en los que Dani no entra nunca en casa de mi madre.

Trae una cara rarísima.

—Siéntate —dice.

—Estoy sentado.

—Pues levántate.

Mi madre sale de la cocina secándose las manos. Y mi hermano, que tiene treinta y un años y una empresa de reformas y se afeita todos los días, se pone rojo como un crío y dice:

—Se lo he pedido a Jimena.

Mi madre suelta el paño. Lo suelta sin más, al suelo.

Lo que pasa en los cuatro minutos siguientes es difícil de reconstruir porque estamos los tres hablando a la vez y mi madre llora y ríe a rachas y en algún momento llama por teléfono a mi tía Reme, que vive en Utrera, para contárselo antes de que Dani haya terminado de contárnoslo a nosotros.

—¿Y el anillo? —pregunta mi madre, con el teléfono ya en la oreja.

—En la guantera.

—¿En la guantera?

—Es que no estaba previsto, mamá. Estábamos fregando.

—¿Le has pedido matrimonio a esa muchacha fregando?

—Le he pedido matrimonio a esa muchacha fregando —dice Dani, y se le pone una sonrisa de tonto que no le veo desde que aprobó la selectividad—, porque estaba fregando y la he mirado y ya no podía esperar a llegar al coche.

Mi madre le dice a mi tía Reme, por teléfono, que su hijo pequeño se ha comprometido en una cocina y que no le ha dado tiempo ni a coger el anillo. Lo dice llorando y lo dice orgullosísima, y desde el otro lado de la línea se oye a mi tía Reme gritar.

Yo, mientras tanto, hago lo que hago siempre, que es la razón por la que en esta familia nadie me habla en las reuniones: he sacado el móvil y le he hecho once fotos a mi madre llorando con el paño en el suelo.

Nadie se ha dado cuenta. Nunca se dan cuenta. De eso va todo.

Cuando se calma un poco la cosa, Dani se sienta a mi lado en el sofá, se pasa las manos por la cara y dice, sin mirarme:

—Quiero que hagas tú las fotos.

Y yo, que he fotografiado trescientas bodas y que no me pongo nervioso desde 2016, noto cómo se me cierra la garganta.

—Dani.

—Y no me digas que no puedes porque vas a estar en la mesa presidencial, porque ya lo he pensado. —Ahora sí me mira—. Tú haces las fotos y te sientas conmigo, y si algo se pierde, se pierde. Bruno, es que no quiero que las haga otro.

No hace falta que lo diga.

Los dos sabemos cuántas fotos hay en aquel pasillo. Los dos sabemos que la de la boda de nuestros padres es la número tres, y que está movida, y que en ella nuestro padre sale de perfil y borroso, y que si algún día uno de nosotros tiene un hijo, esa será la única cara que ese niño le conozca.

—Vale —digo.

—¿Vale?

—Vale.

Mi madre, desde el teléfono, con mi tía Reme todavía al otro lado, va y dice:

—Ay, pues yo se lo comento a la chica esa.

—¿Qué chica? —digo.

—La que lo organiza. La amiga de Jimena, la que hace bodas. — Se tapa el micro del teléfono con la mano, como si eso sirviera de algo—. Que ya está todo hablado, hijo, que la boda la lleva ella.

Y ahí, en ese preciso instante, siento la primera punzada.

Porque llevo doce años en esto y sé una cosa que en este salón no sabe nadie: no existe en el mundo una wedding planner a la que le haga gracia que la familia del novio le meta al fotógrafo.

Lo que todavía no sé es hasta qué punto.

CAPÍTULO 3

Candela

La reunión de arranque es mi momento favorito de todo el proceso.

Es el único día en que una boda es todavía una idea. No hay proveedores, no hay suegras, no hay primos con opiniones sobre el menú. Hay una mesa, dos personas ilusionadas y ocho meses por delante, y todo lo que hay en esos ocho meses es evitable si se planifica bien.

Llego a casa de Jimena y Dani a las siete en punto de la tarde de un jueves de enero con una carpeta, un iPad y una caja de dulces de las monjas de Santa Paula, que es un truco sucio y funciona siempre.

—Buenas noches. Vengo a arruinaros el amor con una hoja de cálculo.

—Pasa, loca —dice Jimena.

El piso está hecho un desastre precioso. Han quitado la mesa del salón y han puesto la del comedor de la madre de Dani, que es más grande, y hay cuatro sillas, y una botella de vino abierta, y una libreta de Jimena con la palabra BODA escrita en el centro y subrayada tres veces, y debajo, nada más.

Ocho meses. Una libreta en blanco. Voy a disfrutar esto.

Me siento, abro la carpeta y reparto tres dossieres impresos.

—Antes de que digáis nada —empiezo—: hoy no decidimos nada bonito. Hoy decidimos las tres cosas que os van a joder la boda si las decidimos mal. Fecha, número de invitados y presupuesto. Todo lo demás, incluida la parte que os hace ilusión, sale de ahí.

Dani abre el dossier, lee la primera página y dice:

—Madre mía.

—¿Qué?

—Que aquí pone lo que voy a estar haciendo el 14 de junio a las once y media.

—Prueba de menú.

—Es que estamos en enero.

—Y por eso llegaréis vivos a septiembre. —Le doy la vuelta a la hoja—. Fecha. Jimena me dijo septiembre. ¿Septiembre por qué?

Jimena se pone recta, como si la hubiera llamado a la pizarra.

—Porque en agosto hace un calor asqueroso y porque en septiembre la luz es bonita.

—Correcto y correcto. Y además en septiembre los proveedores están cansados pero disponibles, que es la combinación que a nosotras nos interesa. —Anoto—. Segundo sábado o tercero. El tercero es mejor porque el segundo está más solicitado y os sube el hotel un veinte por ciento.

—Tercero —dicen los dos a la vez.

Se miran y se ríen. Yo también me río, y anoto el tercer sábado de septiembre, y durante unos veinte segundos soy una mujer de treinta y dos años y nada más sentada a la mesa de su mejor amiga, y me olvido por completo de que estoy trabajando.

—Segundo punto —digo, recuperándome—. Invitados. ¿Cuántos habéis pensado?

—Como ochenta —dice Jimena.

—Ciento cincuenta —dice Dani.

Silencio.

—Muy bien —digo—. Esta es mi parte favorita.

—Es que mi familia es enorme —se defiende Dani.

—Ochenta es lo que tú quieres —le digo a Jimena—. Y ciento cincuenta es lo que tú puedes —le digo a Dani—. Y ninguna de las dos cifras existe, porque la cifra real es la que sale cuando escribís los nombres. Así que vamos a hacerlo ahora.

—¿Ahora?

—Ahora. Coge la libreta.

Y empieza. Cuarenta minutos gloriosos. Jimena escribe nombres y Dani añade nombres y en algún momento aparece un tal Paco.

—¿Quién es Paco?

—El del taller.

—Dani, ¿tú vas a comer alguna vez con el del taller?

—No.

—¿Y sabes cómo se llama su mujer?

—...No.

—Ciento veinte euros más IVA —digo, y tacho a Paco.

Jimena se está riendo tanto que tiene que dejar el boli. Dani protesta por Paco durante un rato razonable y luego se rinde, y a los cuarenta minutos tenemos ciento cuarenta y un nombres y una tregua, y yo escribo en el iPad *140* porque siempre cae uno.

Y en esas suena el telefonillo.

—Ah —dice Dani—. Es mi hermano.

Levanto la vista del iPad.

—¿Tu hermano?

—Que hace las fotos.

Hay una manera muy concreta de decir «que hace las fotos» que a mí me eriza la piel, y Dani acaba de encontrarla a la primera. No ha dicho «he contratado a un fotógrafo». No ha dicho «queríamos hablar contigo del fotógrafo». Ha dicho «mi hermano, que hace las fotos», con la misma naturalidad con la que se dice «mi primo, que trae el hielo».

—Ah —digo—. Qué bien.

Jimena, que me conoce desde los quince años, me está mirando sin pestañear.

—Cande.

—He dicho «qué bien».

—Has dicho «qué bien» con la cara de «qué bien».

—Yo tengo una sola cara, Jimena.

Y entonces se abre la puerta.

* * *

Lo primero que pienso, y lo pienso muy rápido y sin permiso, es: *ah, vaya*.

Porque el hermano de Dani mide como Dani, pero no se parece a Dani en nada más. Tiene el pelo revuelto de alguien que se ha pasado la mano por él en el ascensor, una camisa arrugada con las mangas subidas y una mochila de equipo colgada de un hombro, de esas blandas, de las que se les caen a los profesionales de verdad porque llevan quince kilos ahí dentro. Tiene unos treinta y tantos. Tiene los ojos muy oscuros y una manera de entrar en un sitio,

mirando primero las ventanas y después a la gente, que no había visto nunca.

Lo segundo que pienso, ya con permiso, es: este hombre me va a dar problemas.

—Bruno —dice, y me da la mano.

—Candela Ferrer. El Día Perfecto.

—Lo sé. Vi tu web.

—¿Y?

—Es muy ordenada.

Y lo dice sin ninguna maldad. Con toda la buena fe del mundo. Y yo llevo trece años en un sector donde «es muy ordenada» es lo que se le dice a la novia sobre el vestido de su madre, así que me siento un poco más recta en la silla.

—Gracias. Siéntate, que vamos por la fecha.

Se sienta. Jimena le sirve vino. Dani le pasa un dossier y Bruno lo abre, y yo lo veo pasar hojas: cronograma, partidas presupuestarias, protocolo de mesas, plan B de lluvia, planning del día completo desde las 05:40 hasta las 04:00.

Se para en el planning. Lo lee entero. Frunce el ceño de una manera muy leve, y a mí, que me dedico a leer caras a doce metros de distancia, esa arruga me llega como un telegrama.

—¿Puedo preguntar una cosa? —dice.

—Claro.

—¿Esto es orientativo?

—No.

—Ah.

—Es el planning. —Le sonrío—. Aquí pone que a las 19:12 salís vosotros hacia el olivo grande y que a las 19:26 estáis de vuelta. Eso significa que a las 19:26 el maestresala arranca el cóctel, que a las 19:26 la barra está abierta y que a las 19:26 hay ochenta personas que llevan de pie desde las seis y media y que ya se han bebido el agua de bienvenida.

—Ya.

—Si volvéis a las 19:41, tengo ochenta personas de pie sin nada que beber durante quince minutos. Y a partir de ahí ya no es una boda: es una cola del INEM con flores.

Dani se ríe. Jimena se ríe. Bruno también se ríe, y tiene una risa buena, franca, y a mí eso me desarma tres segundos, y en el cuarto segundo dice:

—Ya, pero es que a las 19:12 no hay luz.

—¿Perdona?

—El tercer sábado de septiembre, en Sevilla, a las 19:12 el sol está todavía a veintitantos grados de altura. —Ni siquiera lo dice con soberbia. Lo dice como se dice la hora—. Eso es luz dura, de arriba, sombra en los ojos. Si me los llevas a las 19:12 te doy fotos correctas. Si me los llevas a las 20:05, te doy las fotos que tu amiga va a tener colgadas en el pasillo dentro de treinta años.

El salón se queda callado.

Y yo noto, sin necesidad de mirar, que Jimena acaba de girar la cabeza hacia él.

—A las 20:05 —digo, muy tranquila— estamos entrando al banquete.

—Pues se entra a las 20:20.

—Se entra a las 20:05, porque la primera entrada está sincronizada con la cocina, y la cocina emplata a las 20:00, y si emplata a las 20:00 y se sirve a las 20:35, tu hermano se come un salmonete que lleva media hora muriéndose bajo una campana.

—Vale —dice—. Entonces movemos otra cosa.

—No se mueve nada. El planning es un dominó. Tú tocas una ficha en el minuto 19:12 y a mí se me cae la barra libre a las tres de la mañana.

—Ya, pero es que dentro de treinta años nadie va a decir «qué bien nos sirvieron el salmonete».

—Te sorprenderías. —Me giro hacia Jimena—. Jime, dile cuál fue la queja de tu prima Bea sobre su propia boda. La única. Va.

Jimena, traidora, sonrío y dice:

—Que se quedaron sin croquetas en el aperitivo.

—Que se quedaron sin croquetas en el aperitivo —repito—. Se casó, se emocionó, bailó con su padre. Y lo que cuenta en todas las comidas familiares desde hace cuatro años es que ochenta personas se quedaron mirando una bandeja vacía. —Vuelvo a Bruno—. La

gente no recuerda las bodas por lo bonitas que fueron. Las recuerda por lo que falló. Mi trabajo es que no falle nada.

—Ese es tu problema —dice.

Lo dice sin subir la voz. Con una tranquilidad que resulta ofensiva.

—Ilumíname.

—Que tu planning está hecho para que no pase nada malo. No para que pase nada bueno.

Y me deja sin respuesta.

A mí. Delante de mi mejor amiga. En la primera reunión.

—Bueno, bueno, bueno —dice Jimena, encantada de la vida, sirviendo más vino—. Esto va a ser divertidísimo.

* * *

Jimena me acompaña al portal a las once menos cuarto, con la fecha cerrada, el número de invitados en ciento cuarenta y el presupuesto en una horquilla razonable. Es una reunión de arranque impecable. Podría dar una clase con ella.

—Bueno —dice, apoyada en el quicio.

—Bueno.

—Es majo, ¿eh?

—Es un problema.

—Cande.

—Jime, escúchame bien, porque esto te lo digo como profesional y no como amiga: un fotógrafo que discute el planning en la reunión de arranque, en enero, delante de los novios, va a discutirlo el día de la boda. Y el día de la boda yo no tengo tiempo de discutir.

Jimena se queda mirándome con la cabeza ladeada, y luego dice una cosa que me va a durar ocho meses en la nuca:

—Yo no te he visto discutir con un proveedor en mi vida.

—Discuto todos los días.

—No. Tú a los proveedores los gestionas. —Se ríe—. Esta noche has discutido.

Me meto en el coche. No arranco.

Saco el móvil y escribo en el buscador: *Bruno Salgado fotógrafo*.

Y aquí es donde, si esto fuera una de esas historias que le gustan a Rocío, yo descubriría que el hermano de Dani es un aficionado con una cámara buena y trescientos seguidores, y respiraría hondo, y llamaría a Jimena al día siguiente para explicarle con mucho cariño que en su boda no puede haber experimentos.

Me sale la web. Fondo blanco. Sin música. Sin frases sobre capturar momentos mágicos. Solo el nombre, un teléfono y las fotos.

Y las fotos son extraordinarias.

Bajo despacio. Una novia riéndose en el asiento trasero de un coche con el moño ya deshecho. Un padre de espaldas, en una puerta, secándose los ojos con la mano donde cree que no lo ve nadie. Dos ancianos bailando en un rincón mientras al fondo, desenfocada, se monta la barra libre. Una pareja en un callejón encalado, de oro entero, y ella riéndose con la cabeza echada hacia atrás y él mirándola con la boca todavía a medio abrir.

Me quedo con esa. No sé cuánto tiempo.

Ninguna de estas fotos está en la lista de ningún fotógrafo. Ninguna se puede pedir. Ninguna se puede planificar, y yo me gano la vida planificándolo todo.

Bloqueo el móvil. Lo dejo en el asiento del copiloto. Arranco.

Un mal fotógrafo se sustituye en una tarde. Se llama a tres, se enseñan tres presupuestos, la novia elige y se acabó el problema.

Un buen fotógrafo insoportable no se sustituye.

Un buen fotógrafo insoportable son ocho meses.

CAPÍTULO 4

Candela

—No lo hagas —dice Rocío.

Son las diez de la mañana de un lunes y estamos en la oficina, que son dos mesas y una estantería de muestras en un bajo de la calle Feria. Yo llevo cuarenta minutos preparando tres carpetas de fotografía. Rocío lleva cuarenta minutos mirándome prepararlas con cara de estar presenciando un delito.

—¿El qué?

—Lo que estás haciendo.

—Estoy haciendo mi trabajo.

—Estás haciendo una encerrona con dulces de monja.

—Los dulces son para el café. —Alineo las tres carpetas—. Rocío, cuando el fotógrafo es cuñado, la novia se lo come todo. Todo. Si entrega tarde, si le quita el sitio al vídeo, si se pone pesado con el ramo. Y no puede quejarse porque en Nochebuena lo tiene sentado enfrente comiendo langostinos.

—Ya.

—Yo estoy quitándole ese problema antes de que exista. Eso es lo que me paga la gente.

—Jimena no te paga.

Me quedo con la carpeta en la mano.

—Eso ha sido bajo.

—Ha sido verdad. —Rocío se encoge de hombros con esa impunidad que dan los veintiséis años—. Y va a salir mal.

Sale mal cinco días después. Cinco días son suficientes para que no parezca una emboscada y pocos para que nadie haya firmado nada.

Quedo con Jimena en una cafetería de la Alameda, a media mañana, un martes. Aviso: cuando una wedding planner te propone tomar café un martes por la mañana, es que va a pedirte algo.

—Traigo tres presupuestos de fotografía —digo, en cuanto se sienta.

Jimena se queda con el azucarillo a medio abrir.

—Cande.

—Escúchame antes de poner esa cara.

—Es que ya sé lo que vas a decir.

—Entonces te ahorras el café. —Le pongo las tres carpetas encima de la mesa, en abanico, como una crupier—. Manu Rojas, que trabaja conmigo desde hace tres años. Elena Prieto, que es la mejor en reportaje documental de Andalucía y que no la vas a poder pagar, pero te la enseño para que veas dónde está el techo. Y Curro Iglesias, que es más barato que los dos y hace un trabajo notable.

—Cande.

—Los tres entregan en cuarenta y cinco días. Los tres tienen seguro de responsabilidad civil y dos cuerpos de cámara. Los tres han trabajado en las fincas que estamos mirando y saben dónde está el cuadro de luces y por dónde se sale al olivar sin cruzar la cocina. —Respiro—. Y los tres saben que a las 19:12 se sale y a las 19:26 se vuelve.

Jimena remueve el café. Muy despacio. Cuando quiere, es la mujer más tranquila del mundo, y eso a mí me pone muchísimo más nerviosa que si me gritara.

—¿Has terminado?

—Casi. —Bajo la voz—. Jime, no es contra él. Su trabajo es bestial, ¿vale? Lo he visto y es bestial, y te lo digo yo, que no le digo eso a nadie. Pero es familia. Y cuando el proveedor es familia, no hay contrato de verdad, y si no hay contrato de verdad, no hay a quién reclamar. Si Manu Rojas me entrega tarde, yo lo llamo y le grito. Si el hermano de tu marido te entrega tarde, ¿qué hacemos? ¿Se lo dices tú en Nochebuena?

—Ya.

—Y hay otra cosa, y esta es peor. —Me inclino sobre la mesa—. Un fotógrafo que es de la familia no es un fotógrafo. Es un invitado con cámara. Va a estar en la mesa presidencial. Va a tener que dar un discurso. Va a beber. Y cuando su madre lo llame a las once de la noche para hacerse una foto con las primas de Utrera, va a ir, porque es su madre. Y mientras hace esa foto, no está haciendo la tuya.

Jimena deja la cucharilla en el plato.

—Cande, ¿tú sabes por qué se lo ha pedido Dani?

—Por bonito.

—Por su padre.

Y ahí me callo.

—Tienen once fotos de él —dice Jimena—. Once. En el pasillo de casa de Charo. La de la boda está movida. —Se encoge de hombros, y no lo hace con dramatismo, lo hace con esa manera suya, blanda, de decir las cosas gordas—. Dani no quiere un fotógrafo. Dani quiere que el día en que se casa lo mire su hermano.

Cierro las tres carpetas.

Las cierro despacio, para que no parezca que me rindo, aunque me acabo de rendir.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale, Jimena.

Y estoy siendo honesta, en gran parte. Pero también estoy calculando, porque yo calculo siempre, y lo que calculo es esto: si el argumento es el padre, entonces el argumento no se puede rebatir en esta mesa, pero a lo mejor se puede rebatir en otra. Charo, por ejemplo. Charo es práctica. A Charo se le puede explicar que su hijo mayor se va a perder la boda de su hijo pequeño por estar trabajando en ella.

Yo no juego sucio. Pero llevo trece años esquivando lo que no se puede decir en voz alta, y sé dónde están las puertas de servicio.

* * *

La puerta de servicio se me cierra en la cara cinco días después, un domingo, en el salón de Charo Salgado, delante de una fuente de croquetas.

He venido a lo que en teoría es «una toma de medidas del jardín para el aperitivo de la pedida». No hay ninguna toma de medidas que necesite dos horas y un vermú. Vamos a entendernos: he venido a hablar con Charo.

Y he preparado el terreno bien. He empezado hablando del calor de septiembre. He seguido con lo largo que se le hace el día a la familia del novio. Y he llegado, con toda la delicadeza de la que soy capaz, a mi frase, que llevo ocho días puliendo:

—Charo, lo único que me da pena es que Bruno se pierda la boda de su hermano.

Charo deja la fuente en la mesa.

—¿Cómo que se la va a perder?

—Trabajando. —Sonrío—. Una boda son doce horas, Charo. Doce. Yo llevo trece años haciendo esto y le puedo asegurar que quien trabaja en una boda no está en la boda. Bruno no va a poder sentarse con ustedes en el aperitivo, ni bailar con usted, ni brindar tranquilo, porque cuando todo el mundo esté brindando, él va a estar de rodillas en el suelo buscando una luz.

Y funciona. Lo veo funcionar. Le veo cruzar la cara ese pensamiento durante un segundo entero, y en ese segundo yo ya estoy escribiendo en la cabeza el correo a Manu Rojas.

Y entonces Charo hace algo que no estaba en mis cálculos: se sienta.

Las madres de novio no se sientan. Llevo trece años observándolas y ese es su rasgo diagnóstico: se pasan el día de pie, ofreciendo cosas, colocando cosas, negándose a sentarse aunque las sillas estén vacías. Cuando una madre de novio se sienta enfrente de ti, ha decidido que esta conversación importa más que las croquetas.

Se limpia las manos en el delantal y me dice:

—Hija, ¿tú tienes hermanos?

—No.

—Ya.

Se queda callada. Se oye a Dani gritarle algo a Jimena desde el jardín.

—Cuando murió mi marido —dice Charo, sin ninguna solemnidad, como quien dice que ha subido el pan—, Bruno tenía catorce años. Y ese niño se plantó en el pasillo de mi casa a mirar las fotos de su padre y se quedó ahí. Semanas. Yo lo llamaba para cenar y él estaba en el pasillo.

—Charo, yo no...

—Déjame terminar, que se me olvida. —Alarga la mano y me toca la muñeca, un segundo—. Yo no le di nada a ese niño. No pude. Yo estaba de pie porque había que estar de pie, y cocinaba, y trabajaba, y lo que ese niño necesitaba no se lo di, porque no lo tenía.

Trago.

—Y ahora se casa el pequeño —dice— y el mayor quiere ser el que lo mire. Que se pierda la boda. Que se pierda las croquetas y el baile y todo. Me da igual. —Y me sonrío, con un cariño absoluto, y remata—: Es lo que su padre hubiera querido.

Y ahí se acabó.

Trece años en el oficio y aún no he encontrado la frase con la que se rebate «es lo que su padre hubiera querido». No existe. Cualquier cosa que digas a continuación te convierte en un monstruo.

—Por supuesto —digo.

—Pues ya está. Come, hija, que estás en los huesos.

Como. Están buenísimas. Me van a costar la boda entera.

* * *

Bruno me alcanza en el aparcamiento, cuando estoy metiendo la carpeta en el maletero.

—Candela.

Cierro el maletero. Me giro. Y por la manera en que tiene las manos en los bolsillos y la cabeza un poco ladeada, sé, con absoluta certeza, que lo sabe.

Vale. Bien. Prefiero esto de frente.

—Dime.

—Manu Rojas, Elena Prieto y Curro Iglesias.

—Sí.

—¿Los tres?

—Elena Prieto era decorativa. No la puede pagar nadie. —Me cruzo de brazos—. Los otros dos iban en serio.

Bruno asiente despacio. Mira el suelo. Y entonces levanta la cabeza y hace lo peor que podía hacer.

Se ríe.

No una risa educada de las que se hacen para tapar un cabreo. Una risa de verdad, corta, sincera, con la cabeza echada un poco hacia atrás.

—Curro Iglesias es muy bueno —dice.

—Ya lo sé.

—No, en serio. Es buenísimo. Trabajé con él en 2019 en una boda en Ronda y hace unos blancos y negros que yo no sé hacer.

Me lo quedo mirando.

—¿No estás enfadado?

—¿Por qué iba a estar enfadado?

—Porque he intentado echarle. Dos veces. En dos semanas.

—Sí. —Se apoya en el coche de al lado, tan tranquilo—. Y si yo fuera tú, también me habría intentado echar. El fotógrafo de la familia es una pesadilla. Sale en las fotos, no cobra factura, se emborracha en el postre y luego te manda ochocientos archivos sin editar por WeTransfer en marzo.

—Eso mismo.

—Ya. —Se encoge de hombros—. Es que resulta que yo no soy ese, pero no tienes por qué creerme todavía.

Y me quedo ahí de pie, en un aparcamiento de Bormujos, un domingo a las cuatro de la tarde, con las llaves en la mano y ninguna munición.

Porque yo sé pelear con quien se ofende. Se me da de maravilla. A quien se ofende lo dejas hablar un rato, le das la razón en lo pequeño y le quitas lo grande sin que se entere.

Con este no se puede hacer eso. Este me acaba de dar la razón entera y sigue siendo el fotógrafo.

—Una cosa —digo, porque necesito recuperar algo, lo que sea—. Si te quedas, te quedas con contrato.

—Vale.

—Con contrato de verdad. Plazos de entrega, número mínimo de fotografías, penalización por retraso.

—Vale.

—Y con shot list.

Ahí sí hace una pausa.

—¿Cuántas fotos?

—Las que yo diga.

—¿Y si en la número treinta y uno de tu lista está pasando algo mejor a tres metros?

—Entonces haces la treinta y uno, y luego, si te queda tiempo, haces lo otro.

Bruno asiente. Se mira los zapatos. Y cuando levanta la cabeza no está discutiendo: está haciendo un cálculo, y a mí eso me gusta todavía menos.

—Mándamelo —dice—. Lo firmo.

—¿Sin leerlo?

—Lo voy a leer. —Y sonrío otra vez, y esta vez es peor, porque es una sonrisa amable—. Y lo voy a firmar igual, Candela. Lo que pasa es que un papel no cambia lo que hace el sol a las siete de la tarde.

—Nos quedan ocho meses —digo.

—Ocho meses y un día. —Y añade, ya de espaldas, levantando la mano—: Y no te preocupes por lo de las 19:12. Lo hablamos otra vez en junio.

—No hay nada que hablar.

—Claro que no.

Se mete en casa de su madre.

Yo me quedo mirando la puerta un rato más largo de lo que estoy dispuesta a admitir, y luego me subo al coche, y arranco, y a la altura de la rotonda me doy cuenta de que llevo tres kilómetros sonriendo yo sola como una imbécil.

Corrijo la cara en el acto.

Ocho meses y un día.

CAPÍTULO 5

Bruno

El contrato me llega el martes a las 08:14 de la mañana.

Son once páginas. Once. He firmado contratos de campañas publicitarias con menos páginas que esto. Hay cláusula de entrega, cláusula de penalización por retraso, cláusula de cesión de derechos de imagen, cláusula de suplencia en caso de enfermedad —tengo que designar por escrito a un fotógrafo sustituto y adjuntar su portfolio— y una cláusula preciosa, la novena, en la que me comprometo a no publicar ninguna imagen del enlace en redes sociales hasta que los novios hayan recibido la entrega completa.

Lo leo entero. Dos veces.

Y luego, en el anexo II, encuentro la joya.

ANEXO II — LISTADO DE TOMAS OBLIGATORIAS (42)

Cuarenta y dos. Numeradas. Con hora estimada al lado de cada una.

1. Vestido colgado en la ventana (10:30)
2. Zapatos de la novia con los pendientes (10:35)
3. Manos de la madre abrochando el vestido (11:50)

...

19. Beso. Frontal.

20. Beso. Lateral, desde el pasillo derecho.

...

31. Novios con familia materna del novio (19:35)

...

42. Baile nupcial, plano general con invitados en primer término desenfocado (00:15)

Me lo imprimo. No sé muy bien por qué. Lo dejo en la mesa del estudio, al lado del ordenador, y me quedo mirándolo mientras se hace el café.

Hay dos tomas que me tienen fascinado.

La número 11: *Padre de la novia esperando solo en el hall (11:58)*. Ella ha calculado que a las 11:58 el padre de Jimena va a

estar de pie en un hall, solo, con el chaqué puesto, esperando a su hija, y que ese hombre va a estar pasando el peor cuarto de hora de su vida. Y ha reservado un minuto para eso.

La número 27: *Mesa de los abuelos, durante el segundo plato (21:50). Sin flash.*

Sin flash. Lo ha escrito ella. Una persona que, según dice, se dedica a esto porque se le da bien y punto, ha escrito «sin flash» al lado de la mesa de los abuelos para que a dos personas de ochenta y siete años no les revienten un fogonazo en la cara mientras cenan.

Lo que más me impresiona no es la lista. Es que la lista está bien.

De verdad. Está bien pensada. La número 3 es una foto buenísima y la mayoría de la gente no la pide. La 31 tiene la hora exacta a la que la familia materna del novio va a estar todavía sobria y todavía peinada. Quien ha escrito esta lista ha estado en cuatrocientas bodas y se ha fijado.

El problema no es que esté mal.

El problema es que si a las 19:35 yo estoy haciendo la número 31, no estoy en el rincón donde la abuela de Dani se está riendo con el hermano de Jimena, y esa es la foto de la boda, y ni ella ni yo sabemos todavía que existe.

Le contesto:

*Recibido y firmado. Adjunto escaneado.

Una duda del Anexo II: si la 31 y la 32 se hacen a las 19:35, ¿me das las 19:40 libres?

B.*

Me responde en cuatro minutos. A las 08:31 de la mañana.

*Las 19:40 están asignadas.

C. Ferrer — El Día Perfecto*

¿A qué?

A las 19:40.

Me río solo en la cocina, con la taza en la mano, como un idiota.

* * *

La visita técnica es el sábado siguiente, en la Hacienda de la Corchuela, a veinte minutos de Sevilla por la carretera de Utrera.

Yo he trabajado aquí tres veces. Es una hacienda del XVIII, blanca, con un patio de columnas que es una máquina de hacer fotografías y un salón de banquete que es una máquina de hacer dinero. Es un sitio previsible y solvente, y entiendo por qué Candela lo ha elegido.

Ella llega ocho minutos antes que yo, lo cual me parece una declaración de intenciones. Cuando aparezco por el patio, ya tiene un metro láser en la mano, una carpeta abierta sobre una mesa de mármol y a Rocío tomando notas.

—Buenos días.

—Buenos días. —No levanta la vista—. Tienes cuarenta minutos.

—¿Para qué?

—Para lo que sea que tú hagas. Yo necesito veinte de esos cuarenta contigo en el patio para marcar la posición del altar, la del atril y la del pasillo de entrada.

—¿Y los otros veinte?

—Los otros veinte no me importan.

Empezamos bien.

Marcamos el altar. Marcamos el atril. Ella pone cinta de carroceros en el suelo, sobre las losas, en cuatro puntos, y hace fotos con el móvil de cada marca, y anota en la carpeta la distancia exacta al muro este. Yo miro el muro este y le digo que a las siete de la tarde ese muro va a estar naranja entero y que si giramos el altar diecisiete grados, la novia entra con esa pared de fondo.

Se para. Considera.

—Diecisiete grados me quitan cuatro sillas de la fila cuatro.

—Vale.

—Pero me dan un pasillo más largo. —Anota algo—. Lo estudio.

Y durante unos treinta segundos funcionamos. Es una sensación rarísima. Es como cuando enfocas manual y de pronto la imagen chasquea y se pone nítida.

Dura treinta segundos, porque entonces me voy.

—¡Bruno!

No es que me vaya lejos. Es que al fondo del patio hay una puerta abierta que da a la antigua cocina de servicio, y por esa puerta sale una luz que rebota en un suelo de barro y en una pared blanca y que es, sin más, la mejor luz de toda la finca. Nadie va a estar nunca ahí. Es donde el catering va a montar las cámaras frigoríficas.

—Bruno, ¿dónde vas?

—Dos minutos.

—¡Tengo el atril sin marcar!

Dentro de la cocina hay un señor mayor con un mono azul y una bayeta. Se llama Antonio, lleva aquí, me cuenta, treinta y un años, y tiene una cara de mapa que no se puede describir. Le pregunto si puedo hacerle una foto. Dice que él sale muy mal en las fotos. Le hago cuatro.

Cuando salgo, Candela está en la puerta con el móvil en la mano y una cara excepcional.

—¿Me estás grabando?

—Estoy documentando. —Baja el móvil—. Llevas siete minutos ahí dentro.

—Sí.

—¿Fotografiando qué?

—Al de mantenimiento.

—Al de mantenimiento.

—Se llama Antonio.

Candela cierra los ojos un segundo, respira por la nariz y dice, con una serenidad que da miedo:

—Bruno, Antonio no está en la lista de invitados.

—Ya lo sé.

—Entonces, y esta es una pregunta técnica, no una pulla: ¿por qué?

Y le digo la verdad, que es que no lo sé todavía, que a veces uno hace una foto porque hay luz y una cara, y que en el ochenta por ciento de los casos esa foto no sirve para nada.

—¿Y en el veinte restante?

—En el veinte restante, dentro de dos años, la nieta de Antonio tiene un retrato de su abuelo con treinta y un años de esta finca en

la cara.

Candela me mira largo.

—Marca el atril —dice.

Marco el atril.

Y a los once minutos me vuelvo a ir, porque en el salón de banquete, en el techo, hay una lámpara de forja del tamaño de un coche pequeño, y desde debajo, tumbado en el suelo, se ve una cosa extraordinaria.

Cuando me incorporo, hay dos mujeres mirándome desde la puerta.

—¿Estaba tumbado? —dice Rocío.

—Estaba tumbado —dice Candela.

—En el suelo.

—En el suelo.

—Es una lámpara muy buena —digo, sacudiéndome la espalda.

Rocío se lleva la mano a la boca. Candela hace una anotación en la carpeta, y no me pregunta qué anota, y yo tampoco lo pregunto, y durante el resto de la mañana tengo la sensación clarísima de que en algún documento de esa oficina existe ya una línea que dice *fotógrafo: se tumba*.

A la una y media hemos marcado el altar, el atril, el pasillo, la zona de aperitivo, el punto de la tarta, el sitio del vídeo y las dos salidas de emergencia. Ella lo tiene todo fotografiado y numerado. Yo tengo veintiséis fotos, y veintitrés no le sirven a nadie.

—Enséñamelas —dice.

—¿Las mías?

—Las tuyas.

Se las enseño. Pasa las veintiséis en silencio, y no dice ni una palabra hasta la última, que es la de Antonio, y en esa se para.

—Esta —dice.

—Esa.

—Esta es buena.

—Sí.

—Sigue sin estar en la lista de invitados. —Me devuelve la cámara—. Vamos, que el encargado está comiendo.

* * *

Terminamos a las dos y media. Rocío se va en su coche. Nosotros dos nos quedamos porque el encargado tiene que darnos las llaves del cuadro de luces y el encargado está comiendo.

Nos sentamos en el bordillo del aparcamiento, a la sombra del muro, porque no hay ningún otro sitio donde sentarse. Ella saca de la carpeta una bolsa de almendras. Me ofrece. Cojo tres.

Y aquí, sin patio y sin metro láser, es la primera vez que la veo sin el uniforme puesto. No en sentido estricto: sigue con la carpeta en las rodillas. Pero tiene los hombros dos centímetros más abajo.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —digo.

—Depende.

—El día de la reunión, en casa de tu amiga, dijiste una cosa. Dijiste que a las 19:26 los invitados llevan de pie desde las seis y media y que ya se han bebido el agua de bienvenida.

—Y es verdad.

—Ya sé que es verdad. —Tiro una almendra al aire y la cazo, mal—. Lo que digo es que eso no se sabe leyendo. Eso se sabe estando ahí. Tú te has fijado en cuatrocientas bodas en la gente que espera.

—Sí.

—Entonces te tiene que gustar.

Candela mira al frente, al aparcamiento vacío, con las almendras en el regazo.

—Me gusta que salga bien.

—No es lo mismo.

—Ya lo sé. —Y entonces se gira, sonríe y suelta, a velocidad de metralleta—: Mira, Bruno, esto es muy fácil. A mí las bodas me parecen la mayor operación de marketing de la historia de la humanidad, la gente se gasta treinta mil euros en jurar una cosa que no hay manera de saber, y a mí me pagan por que ese día no llueva encima del jamón. Y se me da de maravilla. Fin del misterio, no hay trauma, no hay novio que me dejó plantada.

Es una respuesta buenísima.

Está ensayada, tiene ritmo, tiene un chiste al final y desactiva la pregunta entera. Se la habrá hecho a treinta personas y funcionará

con las treinta.

Yo me como otra almendra y no digo nada.

—¿No te ríes?

—Es que no me has contestado.

Se le queda la sonrisa a medio camino. Un segundo. Solo un segundo, y luego se levanta y se sacude la falda y dice que el encargado ya ha salido, y vamos a por las llaves, y hablamos del cuadro de luces.

No insisto. Llevo doce años esperando a que la gente baje la guardia. Sé muy bien lo que pasa cuando aprietas: se cierran, y ya no vuelven a abrirse en toda la tarde. Con las novias es igual. Si a una novia le preguntas de frente por su madre muerta, te dice que muy bien, gracias. Si te callas y esperas cuarenta minutos, te lo cuenta ella sola mientras le abrochan el vestido.

Pero me lo apunto.

Le he preguntado por qué se dedica a esto y me ha explicado, con mucha gracia, por qué le da igual.

No es la misma pregunta.

Y hay otra cosa que me llevo de ese bordillo, y es más pequeña y me da más vueltas: cuando ha dicho «no hay novio que me dejó plantada», lo ha dicho demasiado pronto.

Yo no había preguntado por ningún novio.

CAPÍTULO 6

Candela

El 3 de marzo, a las 11:40 de la mañana, recibo una llamada de un número fijo de Sevilla que no tengo guardado.

Cuando llevas trece años en esto, aprendes a leer los números. Los móviles son novias. Los fijos son problemas.

—¿Candela Ferrer?

—Sí.

—Le llamo de la administración concursal de Hacienda de la Corchuela S.L.

Y ya está. Ahí se acaba la mañana, y la semana, y el mes.

Escucho tres minutos. Tomo notas mientras escucho, porque las manos me funcionan solas incluso cuando la cabeza se me ha quedado en blanco. La sociedad ha entrado en concurso. Las reservas de este año quedan suspendidas. Habrá un procedimiento para reclamar las cantidades entregadas. El procedimiento durará, y aquí el hombre baja la voz como si me estuviera haciendo un favor, «entre catorce y veinte meses».

Cuelgo. Miro la pared.

Tengo cuatro bodas este año en la Corchuela. Cuatro. La de septiembre es la de Jimena.

Y hay una segunda cosa, que tarda unos veinte segundos más en llegarme y que es peor: la señal.

En Sevilla, en este oficio, somos unas veinte agencias que contamos. Nos conocemos todas. En cuanto se sepa que la Corchuela ha caído —y se va a saber hoy, porque en este sector las cosas se saben el mismo día—, van a sonar cuatro teléfonos de novias mías preguntando si sus fincas están bien. Y la respuesta correcta, «sí, están bien», suena igual que la respuesta que dio la Corchuela en enero.

—¿Cande? —dice Rocío—. Te has puesto blanca.

—La Corchuela.

—No.

—Sí.

—¿Las cuatro?

—Las cuatro.

Rocío dice una palabrota magnífica y yo abro un documento nuevo y escribo, en la primera línea, *PLAN*, porque lo único que sé hacer cuando el suelo desaparece es escribir la palabra *PLAN* y empezar por la línea dos.

Llamo a las otras tres parejas antes de comer. Es lo que hay que hacer: llamar tú antes de que se enteren. Si se enteran por Instagram, ya no eres la persona que les resuelve el problema: eres parte del problema.

A la de mayo la reubico en cuarenta minutos porque tenía un plan B razonable y porque la novia es ingeniera y entiende la palabra «concurso» sin que haya que explicársela.

A la de junio le monto una alternativa que casi le gusta más, y me pasa lo que me pasa siempre en estos casos: que salgo de la llamada eufórica, como si hubiera hecho algo heroico, cuando lo único que he hecho es apagar un fuego que no encendí.

A la de noviembre la pierdo.

Se llama Marina. Lleva dos años enseñándome fotos del patio de la Corchuela. Tiene un tablero de Pinterest con noventa y cuatro imágenes de ese patio, y en su cabeza ya ha bajado por él doscientas veces. Cuando le digo lo que ha pasado, hace tres segundos de silencio y luego me dice, muy educada, que necesita pensar, y a los dos días me manda un correo agradeciéndome mi trabajo y comunicándome que van a continuar con otra agencia.

Y me lo merezco. No es culpa mía y me lo merezco, porque para Marina yo soy la mujer que le prometió aquel patio, y da igual que yo no sea la dueña del patio. En este oficio uno responde de las promesas que gestiona, aunque no las haya hecho.

A Jimena la llamo a las cinco y media de la tarde, cuando ya no me queda a quién llamar.

—Jime.

—¿Qué pasa?

—Se ha caído la finca.

Silencio de tres segundos.

—Vale —dice—. ¿Y ahora?

Y eso, eso mismo, es por lo que Jimena es mi mejor amiga desde los quince años.

No me pregunta de quién es la culpa. No me pregunta si vamos a recuperar el dinero. No llora, ni por el patio ni por el tablero de Pinterest que sé que tiene, porque las tiene todas.

Pregunta qué hacemos ahora.

—Ahora buscamos —digo—. Y te voy a pedir una cosa, y es la única que te voy a pedir en toda la boda.

—Dime.

—Que no busques tú. Que no entres en Instagram a mirar fincas, que no le preguntes a tu prima, que no me mandes enlaces a las once de la noche. Déjame buscar a mí, y cuando tenga tres opciones de verdad, te las llevo.

Silencio.

—Cande.

—Qué.

—¿Tú estás bien?

Y me pilla desprevenida del todo, y me tengo que sentar en el escalón de la puerta de la oficina, en la calle Feria, con el sol de marzo dándome en las rodillas.

—Estoy trabajando —digo.

—No te he preguntado eso.

—Ya lo sé, Jime.

* * *

El problema real no lo digo por teléfono, pero lo tengo escrito en el documento:

En marzo, en la provincia de Sevilla, no queda nada para el tercer sábado de septiembre.

Nada. Las fincas buenas se cierran con dieciocho meses. Lo que queda libre en marzo para septiembre está libre por una razón, y esa razón suele ser que el salón parece la sala de espera de una ITV.

Hago sesenta y una llamadas en cuatro días. Consigo tres opciones. Una está a nueve kilómetros de un vertedero, y no lo digo

por hacer un chiste. Otra tiene el salón bien pero el jardín es un aparcamiento con césped artificial. La tercera es correcta, gris, sin una sola virtud, y cuesta un dieciocho por ciento más que la Corchuela.

Convoco reunión de emergencia el domingo en casa de Charo, porque en casa de Charo se come, y porque cuando vas a dar malas noticias conviene que haya comida.

Presento las tres. Con fotos, con plantas, con presupuesto comparado. Soy muy honesta: digo que la tercera es la que yo cogería y que no es bonita.

Jimena mira las fotos y no dice nada, y Dani mira a Jimena, y Charo mira el techo, y en ese silencio de salón con la tele apagada, Bruno, que no ha abierto la boca en veinte minutos, dice:

—El Cortijo de la Alameda.

—¿Qué?

—En Vejer. Lo tienen libre casi siempre.

—¿Y por qué lo tienen libre casi siempre? —digo, y no me sale amable.

—Porque es un desastre.

—Ah, estupendo.

—No, escúchame. —Se sienta hacia delante—. Es un cortijo del XIX en la ladera, mirando a la Janda. Yo he hecho dos bodas ahí. La cocina es de 1970 y no tiene extracción, así que el catering tiene que montar cocina de campaña. El camino de acceso son ochocientos metros de albero y no entra un camión grande, hay que hacer trasbordo con furgonetas. No hay generador propio. Y está a ciento noventa kilómetros de aquí, así que los ciento cuarenta invitados tienen que dormir en Vejer o en Conil.

—Muchas gracias, Bruno. Ya lo has vendido tú solo. Siguiente punto.

—Falta lo otro.

—¿Hay más?

—Hay más. —Levanta un dedo por cada cosa—. El patio central tiene una parra de ochenta años. Hay ochocientos metros de camino entre olivos con el valle al fondo. Y a las ocho de la tarde, en

septiembre, ese sitio se pone de un color que yo no he visto en ninguna finca de Sevilla en doce años.

—Eso no es un argumento, eso es un folleto.

—Es un argumento pésimo —admite—. Es el peor argumento de la reunión. Lo que pasa es que tú has traído tres fincas que no tienen ninguna razón para existir y yo he traído una que solo tiene esa.

—Enséñales las fotos —dice Charo.

—Charo, con todo el respeto, si empezamos a decidir por fotos...

—Enséñales las fotos, hijo.

Y Bruno saca el portátil.

* * *

Sé lo que va a pasar en cuanto veo la primera imagen, y no puedo hacer nada por evitarlo.

Es un patio encalado con una parra vieja encima, y la luz de la tarde entra por los huecos de la parra y cae sobre las mesas en manchas redondas, y hay ciento y pico personas comiendo debajo de esas manchas, y al fondo, entre dos arcos, se ve el valle entero.

La siguiente es una novia bajando por un camino de albero entre olivos, sola, con el sol de frente.

La siguiente es de noche: bombillas colgadas de la parra, la gente bailando, y detrás, negro, el campo.

Miro a Jimena.

Jimena tiene la mano en la boca.

—Jime —digo.

—Cande.

—Jime, mírame. Eso está a ciento noventa kilómetros.

—Ya.

—Tus tíos de Badajoz. Los abuelos. Ciento cuarenta personas que tienen que reservar hotel y conducir dos horas. La cocina no tiene extracción, o sea que el catering te sube un veinticinco por ciento por montar cocina de campaña, y ese veinticinco por ciento sale del vestido o de la barra libre. Y como llueva, y en septiembre en Cádiz llueve, ese patio no tiene plan B.

—Ya.

—Y no lo he visto nunca. Yo no meto a mi mejor amiga en una finca que no he pisado.

Jimena aparta los ojos de la pantalla, y me mira, y me pone la mano en la rodilla, y me dice, con una dulzura criminal:

—Pues vamos a verla.

* * *

Se decide en once minutos.

Once. Yo he defendido presupuestos de cuarenta mil euros durante dos horas y he ganado. He convencido a una madre de novia de que ochenta centros de mesa de peonía importada en marzo eran una mala idea, y esa mujer llevaba cuatro meses soñando con peonías. Aquí he perdido en once minutos contra tres fotografías.

Y lo peor es esto: sé por qué he perdido.

He perdido porque yo he presentado tres fincas correctas y él ha presentado un sitio. Yo he hablado de acometidas y de metros cuadrados de salón, y él ha puesto en la pantalla a ciento y pico personas comiendo debajo de una parra. Yo he vendido la ausencia de problemas. Él ha vendido una tarde.

Nadie ha reservado nunca una finca por la ausencia de problemas.

Dani se levanta a por más cerveza. Charo ya está llamando a la tía Reme y le está diciendo, con esas palabras, que la boda va a ser «en un cortijo en la playa», lo cual no es verdad en ninguna de sus dos mitades. Jimena está mandándole las fotos a su madre. Y yo cierro la carpeta con las tres opciones sensatas y la meto en el bolso, y noto cómo se me desmonta por dentro un cronograma de ocho meses y cómo se empieza a montar solo, encima, otro que va a ser el triple de trabajo.

Porque eso es lo otro. Que esto me va a costar, entre marzo y septiembre, unas ciento veinte horas más de las presupuestadas.

Y que las voy a hacer igual, gratis, y sin decirlo.

—Candela.

Bruno está de pie a mi lado, con el portátil bajo el brazo y una cara que, para ser justos, no es de triunfo.

—Enhorabuena —le digo.

—No he hecho esto para ganarte.

—Ya lo sé. —Y es verdad, y me fastidia—. Lo has hecho porque tienes razón. Es peor.

Se ríe un poco. Luego dice:

—Yo voy contigo a verlo.

—No hace falta.

—Sí hace falta, porque el propietario se llama Paco Nieto, tiene setenta y cuatro años, no contesta correos y a mí me coge el teléfono. —Se encoge de hombros—. Y porque si vas sola vas a volver con una lista de cuarenta razones para no hacerlo, y todas van a ser ciertas.

Me pongo el abrigo.

Ciento noventa kilómetros de ida. Ciento noventa de vuelta. Casi cuatro horas de coche, con este hombre, para ver un cortijo que no quiero ver, y decidir en él la boda de mi mejor amiga.

Seis meses. Ese hombre. Esa carretera.

CAPÍTULO 7

Candela

Salimos a las ocho y diez de la mañana de un sábado de finales de marzo, con niebla en la A-4 y un termo de café que ha traído él.

A los cuatro minutos ya tenemos el primer conflicto.

—¿Qué haces?

—Poner música.

—Yo llevo un pódcast.

—¿A las ocho de la mañana?

—Es de gestión de crisis en eventos.

Bruno se queda mirándome un segundo con las dos manos en el volante.

—Candela. Son ciento noventa kilómetros.

—Doscientos tres por la ruta de Los Palacios, que es la que deberías haber cogido.

—Ciento noventa. —Enciende la radio—. Y en mi coche la música la pone el conductor.

—Eso no es una norma. Eso es una cosa que dice la gente.

—Es una norma preciosa que se inventó alguien para no discutir a las ocho de la mañana.

Pierdo. Pone un disco que no conozco, de un tipo que canta en inglés con voz de estar cansado, y a los veinte minutos me descubro llevando el ritmo con el dedo índice sobre la carpeta, y paro en seco.

Hablamos de tonterías hasta Las Cabezas. Del café, que está bueno. De su hermano, que según él se ha vuelto insoportable desde la pedida. De Rocío, que según yo va a montar su propia agencia en tres años y me va a robar la mitad de la cartera.

Y a la altura de Jerez, sin venir a cuento, me dice:

—¿Puedo hacerte una pregunta que te va a molestar?

—Adelante.

—¿Tú qué crees que le pasa a la gente?

—Define.

—A la gente casada. —Adelanta a un camión—. Tú dices que no crees en el matrimonio. Vale. Pero eso no es una postura, es un titular. Yo lo que quiero saber es qué crees que les pasa por dentro.

Y me da la gana de contestarle, y eso ya debería haberme puesto en alerta.

—Se erosionan —digo.

—¿Cómo?

—Como una piedra en un río. Nadie hace nada. Nadie es infiel, nadie grita, nadie hace nada de lo que sale en las películas. Solo pasa el agua. —Miro por la ventanilla—. Un día dejas de contarle una cosa porque estás cansada. Y no pasa nada, porque era una tontería. Y al año siguiente dejas de contarle otra. Y a los veinte años sigues sentada a la misma mesa con una persona a la que le has dejado de contar unas cuatro mil cosas, y las dos os pasáis el pan, y eso es todo.

Bruno no dice nada durante un rato largo.

—Eso es muy concreto para ser una teoría general —dice al final.

—Es que las teorías generales salen de algún sitio.

—Ya.

—¿Y tú qué crees que pasa?

—Lo mismo —dice.

Giro la cabeza.

—¿Perdona?

—Que creo lo mismo que tú. —Se encoge de hombros, con los ojos en la carretera—. Pasa el agua, la gente se erosiona y muchos se quedan sentados a la mesa pasándose el pan. Sí. Eso pasa. Yo he fotografiado a trescientas parejas y te podría decir cuáles.

—Entonces no lo entiendo.

—Ya lo sé. —Y sonrío—. Es que tú y yo estamos de acuerdo en todo menos en la conclusión.

—Esa frase queda muy bien y no significa nada.

—Significa esto: tú miras a esa pareja de la mesa, la de los veinte años y las cuatro mil cosas sin contar, y dices «ahí no hay nada». Y yo miro a esa misma pareja y digo «ahí ya no hay nada».

—Es lo mismo.

—No. —Adelanta a otro camión, sin prisa—. «Ahí no hay nada» significa que nunca lo hubo. Que era mentira desde el principio, que se engañaron, que la boda fue un teatro. Y eso, Candela, es lo que tú dices en realidad cuando dices que no crees en el amor. Estás diciendo que aquella tarde fue falsa.

Me quedo callada.

—Y yo estoy diciendo que aquella tarde fue verdad, y que después el agua hizo lo suyo, que es otra historia muy distinta y bastante más triste.

—Muy poético.

—Bastante.

—¿Y la gente que se divorcia gritando? ¿También fue verdad?

—Esa sobre todo. —Se ríe—. La gente no grita por cosas que le dan igual.

Miro por la ventanilla los invernaderos, los eucaliptos, un cartel de Jerez a treinta y un kilómetros. Y me doy cuenta de que llevo hora y media discutiendo con un fotógrafo sobre metafísica del matrimonio a las nueve de la mañana de un sábado, y que no me he aburrido ni un segundo, y que eso no me pasa desde hace bastantes años.

Salimos de la autovía en Vejer a las diez menos veinte.

* * *

El Cortijo de la Alameda está al final de ochocientos metros de albero que confirman punto por punto todo lo que Bruno me dijo el domingo.

Bajo del coche con la carpeta y empiezo a trabajar antes de saludar.

Camino: 800 m, ancho útil 3,1 m aprox. NO entra tráiler.

Trasbordo obligatorio.

Sin acometida trifásica visible. Confirmar con Paco Nieto.

Presupuestar grupo electrógeno insonorizado.

Cocina: 1970. Sin campana. Cocina de campaña + tienda técnica 6x4 en la explanada norte.

Baños: 2. INSUFICIENTE para 140. Alquiler de módulo.

Aparcamiento: en pendiente, sin iluminar. Riesgo alto con tacón.

Paco Nieto tiene, en efecto, setenta y cuatro años y una boina, y le da a Bruno un abrazo de los que suenan. A mí me da la mano y me dice «usted mande», y yo le digo que quiero ver el cuadro de luces, y él se ríe y dice que soy la primera que lo pide.

—¿La primera en cuántos años?

—En cuarenta.

—Pues eso lo explica todo, Paco.

El cuadro de luces está en un cuartito detrás de la cocina, y es lo que me temía: una reforma de los años ochenta con parches de los dos mil. Le hago catorce fotos. Paco me mira hacerlas con una mezcla de perplejidad y respeto.

—Usted no es de las que vienen a ver el patio —dice.

—Yo vengo a ver por dónde se va la luz un sábado a la una de la mañana con ciento cuarenta personas bailando.

—Eso no se ha ido nunca.

—Eso se ha ido siempre, Paco. Lo que pasa es que usted no estaba ahí a la una.

Se ríe con toda la boca y se va a por las llaves de la nave, y luego, mientras subimos por el camino de los olivos, me cuenta que su mujer murió hace nueve años y que él sigue viviendo en la casa de abajo porque no sabría vivir en otro sitio, y que en el cortijo se han casado ciento y pico parejas y que a él lo invitan a la boda casi todas y que él nunca sube, porque no le parece bien.

—¿Por qué no le parece bien?

—Porque es su día, hija. No el mío.

Y yo, que llevo trece años en esto, anoto esa frase en la carpeta, entre el consumo del grupo electrógeno y las medidas del módulo de baños, y no sé para qué la anoto.

Tardo cincuenta minutos en recorrerlo entero. Lleno once páginas.

Y todo el rato, mientras yo mido, Bruno está en otro sitio.

Lo veo por el rabillo del ojo. En el arco del patio, agachado. En el camino de los olivos, parado en mitad de la nada. En la esquina noroeste, donde no hay más que un muro y una higuera, quieto durante cinco minutos enteros como un pasmarote.

A las once y cuarto me planto a su lado.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Llevas cinco minutos mirando una higuera.

—Estoy calculando dónde va a estar el sol en septiembre a las ocho y cinco. —Señala con la barbilla, sin levantar la cámara—. Ahí. Va a caer justo ahí, entre esos dos olivos, durante unos once minutos.

Miro. Yo veo dos olivos.

—Y entonces —sigue— si a esa hora tú me dejas sacarlos por esa puerta, yo bajo con ellos por ese camino, sin nadie, y a la vuelta te los devuelvo en once minutos.

—Está a doscientos metros del patio.

—Sí.

—Doscientos metros de albero. Con vestido.

—Sí.

—Bruno, esa mujer va a estar caminando por un camino de tierra el día de su boda.

Y él baja la cámara, y me mira, y dice:

—Sí.

Y yo me quedo mirando los dos olivos un rato más de la cuenta.

* * *

Bruno

La foto la hago a las 12:40, cuando ya nos vamos.

Ella está en el arco del patio, de espaldas, con el metro láser levantado midiendo la altura del dintel, la carpeta debajo del brazo y un bolígrafo entre los dientes. La parra todavía no tiene hojas, así que la luz entra limpia y le da en el hombro y en medio brazo, y el resto del patio está en penumbra.

Es una foto preciosa. La hago sin pensar. La hago como respiro.

Y el clic se oye en todo el patio, porque el patio está vacío.

Se da la vuelta.

—¿Me has hecho una foto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque estabas ahí.

Y entonces pasa una cosa que no me esperaba.

Se le va la cara. Tal cual: se le va el color y se le pone una expresión que no le he visto en dos meses y medio, ni cuando se cayó la finca, ni cuando le dije lo del planning delante de su amiga. No está molesta. Está descolocada, que es distinto y es peor.

—Bórrala.

—Candela...

—Bórrala, por favor.

Le doy la vuelta a la cámara y la borro delante de ella. Le enseño la pantalla vacía. Tarda tres segundos en aflojar los hombros.

—Perdona —dice enseguida—. Perdona, ha sido...

—No pasa nada.

—Es que no me gusta.

—Ya. No pasa nada.

Volvemos al coche. Ella pone su pódcast de gestión de crisis en eventos y yo la dejo, y lo escuchamos cuarenta minutos en un silencio bastante cómodo, y luego hablamos del grupo electrógeno hasta Los Palacios.

Y yo conduzco pensando en una sola cosa.

Yo he borrado fotos a mucha gente. A la gente le incomoda salir en las fotos: se ven gordos, se ven viejos, se ven con la boca abierta. Eso lo conozco. Eso se arregla enseñándoles la pantalla, porque en el noventa por ciento de los casos, cuando se ven bien, se les pasa.

Ella no me ha pedido verla.

Esa es la parte que no me cuadra. No me ha dicho «a ver cómo he salido». No ha mirado la pantalla ni de reojo.

Una mujer que se gana la vida decidiendo dónde tiene que mirar todo el mundo, y no soporta que la mire nadie.

Y hay una segunda cosa, que me llega ya en la autovía, con ella dormida contra la ventanilla y el pódcast de gestión de crisis hablando solo.

Ha dicho «no me gusta». No ha dicho «no me gustan las fotos». No ha dicho «salgo fatal».

Ha dicho «no me gusta», sin objeto, como se dice de una cosa que a uno le hacen.

Doscientos tres kilómetros por Los Palacios, que resulta que era la ruta buena. Los hago entero dándole vueltas.

CAPÍTULO 8

Candela

Martes 7 de abril, 08:14

Asunto: Cocina de campaña

Cocina de campaña cerrada. Nos han subido un 19 % y no el 25 %.

Un saludo,

C. Ferrer — El Día Perfecto

08:18

Perfecto.

B.

Cuatro minutos.

Cuatro minutos y una palabra. Un hombre de treinta y cuatro años.

Eso es lo primero que anoté, y lo anoté porque anoto todo. En este oficio el tiempo de respuesta de un proveedor es un dato operativo: te dice a quién puedes llamar un viernes a las ocho y quién te va a dejar tirada en agosto.

Manu Rojas responde en cuatro horas. Loli, la florista, en día y medio. Nando, el de las sillas, no responde: llama por teléfono tres días después para decirte que ha leído tu correo.

Bruno Salgado responde en cuatro minutos.

Siempre. A cualquier hora. Con una constancia que a mí, al principio, me pareció simple falta de trabajo.

* * *

Martes 21 de abril, 09:30

Asunto: Anexo II revisado (v3)

Adjunto la revisión. Dos cambios: la 19 y la 20 se hacen desde el mismo lado, no tiene sentido cruzar el pasillo con la gente de pie. Y la 27 sube de las 21:50 a las 21:35.

Ruego confirmación.

C. Ferrer — El Día Perfecto

09:34

Conforme.

Una pregunta que no es de trabajo: ¿por qué has escrito «sin flash» al lado de la mesa de los abuelos?

B.

09:36

Porque son las 21:35, hay luz de vela y a esa temperatura de color el flash directo te la revienta.

C. Ferrer — El Día Perfecto

09:38

Eso es la respuesta técnica y además es verdad.

Sigue sin ser la razón.

B.

No contesto.

Estoy toda la mañana sin contestar, cosa que no hago nunca, y a las dos y media, comiendo un táper en la oficina de la calle FERIA con Rocío enfrente, abro el correo y vuelvo a leerlo.

Y a las 23:50 de esa noche escribo esto:

Porque los abuelos de la mesa 4 tienen ochenta y siete años, llevan desde las seis y media puestos y a esa hora ya no están en la boda, están aguantando.

Y a mí me parece una guarrería que además les revienten un fogonazo en la cara mientras cenan.

C.

Sin apellido. Sin agencia.

Contesta a las 23:54.

Gracias.

B.

* * *

Martes 28 de abril, 23:41

Asunto: Grupo electrógeno

Confirmado el insonorizado. 63 dB a 7 metros. Cabe en la explanada norte sin quitar plazas de aparcamiento.

C.

23:45

Bien.

¿Tú comes?

B.

23:47

He cenado.

23:49

Un café no es una cena, Candela.

23:51

¿Y tú cómo sabes lo que he cenado?

23:53

Porque son las doce menos cuarto de la noche y me estás hablando de decibelios.

B.

Cierro el portátil.

Me hago una tortilla francesa a las doce menos diez de la noche, cabreadísima, encendiendo todas las luces de la cocina como si hubiera alguien mirando, y a mitad de la tortilla me doy cuenta de que estoy cabreada porque tiene razón y de que llevo tres minutos sonriendo.

No le contesto a eso. Le contesto al día siguiente, sobre la acometida.

* * *

En algún momento de este mes abro una hoja de cálculo.

Dos columnas: hora de envío, hora de respuesta. Trece filas. Le pongo la fórmula.

Media: cuatro minutos y once segundos.

Me digo, en voz alta, sola, en mi propia oficina, que es una comprobación de fiabilidad de proveedor.

Tengo dieciocho proveedores en esa boda.

De ninguno de los otros diecisiete tengo una hoja de cálculo.

* * *

Martes 5 de mayo, 08:02

Asunto: Nando ataca de nuevo

Las sillas han llegado en champán. Yo pedí hueso. Cuarenta minutos negándomelo con la silla delante.

No hay partida de hueso. No la ha habido nunca. Me vendió en febrero lo que tenía en la nave.

Arreglo: me quedo las champán con un 8 % y él me pone manteles crudos al coste.

C.

08:06

Crudo es mejor. El blanco puro rebota y le quema la cara a la gente en el aperitivo.

¿El 8 % se lo has sacado tú o se ha ofrecido él?

08:08

Se ha ofrecido él. Después de cuarenta minutos.

08:11

O sea que se lo has sacado tú.

Ahí ya no hay asunto que valga.

Ahí ya no le estoy informando de nada, porque a un fotógrafo el color de una silla le da lo que le da, y porque yo no le mando a Loli el desglose de mis broncas con Nando, ni a Curro, ni a Salvador.

Ahí lo que estoy haciendo es contárselo.

* * *

Domingo 10 de mayo, 22:47

Asunto: —

Hoy he tenido boda en Carmona. Ochenta invitados, todo perfecto, cero incidencias.

El fotógrafo ha hecho las cuarenta y dos fotos de mi lista y no ha hecho ninguna más. Ni una. Se ha ido a las dos.

Y en la mesa cuatro había un señor mayor con la chaqueta doblada en el respaldo, sentado solo, mirando bailar a su hija.

Veinte minutos. Nadie le ha hecho una foto.

No sé por qué te lo cuento.

C.

Le doy a enviar y me quedo mirando la pantalla del móvil con esa sensación exacta de haber empujado una cosa por una mesa y no llegar a tiempo de cogerla.

Un domingo. A las once menos cuarto de la noche. Sin asunto y sin motivo, a un proveedor con el que tengo reunión el jueves.

22:51

Yo sí.

B.

Dos palabras.

Tardo dos días en contestar, y cuando contesto es sobre la acometida del grupo electrógeno, a las 07:52 de un martes, con una frialdad que no engaña a nadie y menos que a nadie a mí.

Él me contesta en cuatro minutos, sobre la acometida, sin mencionar nada.

Este hombre no insiste nunca.

En abril me pareció educación.

* * *

Yo tengo el correo montado como tengo montada la cabeza. Cada boda es una carpeta. Dentro de cada boda, una subcarpeta por proveedor: catering, flores, sonido, transporte, alojamiento, fotografía. Todo lo que entra se archiva el mismo día. Es lo primero que le enseño a cualquiera que entra a trabajar conmigo y es la razón por la que en trece años no he perdido una factura.

Hoy, buscando una cosa del transporte, abro la subcarpeta de fotografía.

Tiene cuatro correos dentro.

Cuatro. El contrato, el anexo firmado, el seguro de responsabilidad civil y el alta de proveedor.

Los otros ciento y pico están en la bandeja de entrada. Sin archivar. Desde enero.

Me quedo mirando eso un rato, en la oficina de la calle Feria, con el ventilador de pie girando.

Y no los archivo.

No me pregunto por qué.

CAPÍTULO 9

Bruno

Entre marzo y junio se alquilan los baños modulares, se hace un plano de aparcamiento con iluminación provisional y se reserva un bloque de cuarenta habitaciones en dos hoteles de Vejer y otro de veinte en Conil.

Y en algún punto de esos tres meses —no sabría decir cuál—, discutir con ella deja de ser un incordio y se convierte en la mejor parte de mi semana.

Es una cosa muy tonta. Es que contesta rápido. Es que cuando le das un argumento bueno, lo coge: no cede, no hace el paripé de «lo pensaré», lo coge y lo mete en el documento y a la semana siguiente ya es suyo.

Y en la reunión de mayo pasó otra cosa.

Estábamos los dos y Rocío discutiendo el orden de las fotos de grupo, y yo dije que si metíamos a los amigos antes que a la familia materna íbamos a perder a los abuelos, que a esa hora ya estarían sentados. Y Candela, sin levantar la vista, dijo: «Tiene razón. Cambia el orden.»

Tiene razón.

Se lo dijo a Rocío, no a mí. Duró segundo y medio. Y yo salí de esa reunión y me pasé la tarde entera de un humor absurdo, editando una boda de abril y sonriendo como un tonto delante de la pantalla, por dos palabras dichas a otra persona.

Ahí ya debería haberme enterado. No me enteré.

Total, que llega el 14 de junio.

* * *

La prueba de menú es a las once y media en el obrador del catering, en un polígono de Alcalá de Guadaíra, y consiste en lo siguiente: siete platos, cinco personas y ninguna posibilidad de acuerdo.

Estamos Jimena, Dani, mi madre —que se ha autoinvitado con un descaro admirable—, Candela y yo. Yo estoy aquí, en teoría, para

hacer fotos de referencia del emplatado. Estoy aquí, en realidad, porque mi madre dijo «que venga Bruno» y en esta familia eso equivale a una orden judicial.

Salvador, el jefe de cocina, saca el primer plato.

—Salmorejo de remolacha con anguila ahumada.

—Qué bonito —dice Jimena.

—¿Anguila? —dice mi madre.

—Anguila ahumada, señora.

—¿Y no puede ser jamón?

—Mamá.

—Es que la anguila es pescado de río, hijo.

Candela, sin levantar la vista de su cuaderno, dice:

—Charo, ¿cuántos primos de Utrera vienen?

—Veintidós.

—¿Veintidós primos de Utrera se comen una anguila?

Silencio.

—Jamón —dice Candela, y escribe.

Es en ese momento cuando empiezo a entender lo que es esta mujer trabajando.

Porque a partir del segundo plato, la prueba de menú se convierte en un espectáculo. Jimena elige con el corazón: quiere la crema de calabaza porque le recuerda a su abuela y quiere el pescado con esa salsa verde porque «es muy de septiembre». Dani elige con el estómago: quiere carne y quiere mucha. Mi madre elige con el miedo: cada plato le parece raro, escaso o susceptible de sentar mal a alguien.

Y Candela los va tejiendo a los tres sin que ninguno se dé cuenta.

—La crema de calabaza es preciosa, pero se sirve a las 21:15 y en septiembre en Vejer estamos a veinticuatro grados. Nadie quiere una crema caliente a veinticuatro grados. ¿Salvador, la puedes hacer fría?

—Se puede.

—Fría. Jimena, la tienes.

—El pescado con salsa verde tiene un problema: es blanco sobre blanco y son las 21:40, con luz de vela. Va a parecer un plato de

nada. ¿Le puedes meter el aceite de perejil por encima?

—Se puede.

—Perfecto. Dani, tú te vas a comer eso y luego el solomillo, y no vas a bailar hasta la una.

—Bien.

—Charo, el postre lleva helado. Los veintidós de Utrera se van a comer el helado.

—Es que...

—Se lo van a comer, Charo. Los helados se los come todo el mundo.

—¿Y el que tenga la lactosa?

—Hay dos celíacos, un vegano y una intolerante a la lactosa, y los cuatro están en la mesa nueve, y Salvador ya lo sabe porque se lo mandé en abril. —Candela pasa una hoja—. Siguiente.

Mi madre se queda con la cuchara en el aire. Es, y lo digo con conocimiento de causa, la primera vez en mi vida que veo a alguien dejar a Charo Salgado sin objeción.

Llegamos al solomillo. Dani se pone serio por primera vez en toda la mañana.

—Esto está muy bueno.

—Está buenísimo —dice Jimena.

—No —dice Dani—. Escúchame. Esto está *muy* bueno.

—Salvador —dice Candela—, ¿tú puedes sacar ciento cuarenta de estos a la vez y que lleguen así a la mesa nueve, que está a treinta y dos metros de la tienda de cocina y en cuesta?

Salvador se toma su tiempo.

—A la nueve llega a cincuenta y cuatro grados.

—¿Y a cuánto tiene que llegar?

—A sesenta.

—Entonces no.

—Cande —dice Dani, con una desolación auténtica.

—Dani, tú te vas a acordar de este solomillo el resto de tu vida y tus tíos de Badajoz se van a acordar de una carne tibia. —Escribe—. Salvador, dame algo que aguante la cuesta.

Y Salvador, que lleva veinte años haciendo esto y al que veo disfrutar por primera vez en toda la mañana, dice:

—Carrillada.

—Carrillada.

—Se la doy a sesenta y cuatro grados hasta en el aparcamiento.

—Carrillada —repite Candela, y lo subraya.

Está tomando decisiones a razón de una cada noventa segundos y ninguna es sobre gastronomía: son sobre temperatura ambiente, hora del servicio, color de la luz, edad media de la mesa y velocidad del servicio. No ha probado un plato entero. Los prueba, escribe y sigue.

Le hago dieciséis fotos al emplatado y once a ella.

No se entera de ninguna.

* * *

A las dos y media los novios se van, porque Dani tiene obra en Camas y Jimena entra a las cuatro. Mi madre se va con ellos, no sin antes preguntarle a Salvador si de verdad no puede ser jamón en vez de anguila.

Salvador nos deja en la sala de cata con media botella de un blanco de Sanlúcar y las bandejas de los postres, que sobran, y que hay que tirar, y que sería un delito tirar.

—Nos los comemos —dice Candela.

—¿Los cinco?

—Los cinco.

Nos sentamos. Se quita los zapatos debajo de la mesa, y juraría que no se ha dado cuenta de que lo ha hecho delante de mí.

Comemos postre y bebemos vino en un obrador de un polígono de Alcalá a las tres menos veinte de un martes, y es, sin ninguna duda, la mejor hora que he pasado en todo el año.

—Estás muy callado —dice.

—Estoy impresionado.

—¿De qué?

—De ti. —Le doy la vuelta a la cámara y le enseño la pantalla: el plano de la mesa, ella con el boli en la mano, mi madre gesticulando, Jimena riéndose—. Llevo doce años en bodas. Nunca había visto a nadie hacer eso.

—¿El qué?

—Elegir un menú por la temperatura de la noche y la edad de los invitados y que las cinco personas de la mesa crean que han elegido ellas.

Candela mira la foto. Y por una vez no dice nada rápido. Se pone un poco colorada, cosa que no le he visto nunca, y le da un trago al vino.

—Es mi trabajo.

—Es mucho más que tu trabajo, y lo sabes.

* * *

No sé por qué se lo cuento.

Llevo veinte años sin contárselo a nadie que no lo supiera ya. No es un secreto, es algo que uno no dice, porque cuando lo dices la conversación se muere y la otra persona se pone triste y luego tienes que consolarla tú a ella, que es la parte más agotadora de tener un padre muerto.

Pero estamos ahí, con el vino, y ella me pregunta por qué me metí en esto, y yo empiezo por lo profesional, y a mitad de camino me desvío.

—Mi padre murió cuando yo tenía catorce años.

Candela deja la copa en la mesa.

—Y tenemos once fotos tuyas. Once. En el pasillo de casa de mi madre. —Me río un poco—. Y son malísimas. En serio, son un desastre. Hay una movida entera y en otra sale medio cortado comiendo. Ninguna la hizo un profesional.

—Bruno.

—No, espera, que esto no va de pena. —Levanto la mano—. Va de otra cosa. Mi madre lleva veinte años parándose delante de la número siete, que es la peor de todas, y contando la misma historia de un verano en Punta Umbría en el que él se quemó la espalda.

Ella no dice nada.

—Y esa historia es verdad —digo—. Eso pasó. Se quemó, durmió en el suelo boca abajo y a la mañana siguiente bajó a por churros

igual. Y ese hombre ya no existe, y no va a volver, y lo tengo asumido desde hace mucho.

—Pero.

—Pero aquello ocurrió. Y no se lo puede quitar nadie.

Candela tiene el vaso entre las dos manos y está mirando la mesa.

Yo la conozco lo suficiente, a estas alturas, para saber que tiene una respuesta preparada. Se le nota. Tiene esa cosa en la boca, esa media sonrisa que le sale medio segundo antes de soltar la frase que remata el asunto y cambia de tema.

La veo llegar. Y la veo pararse.

No la dice.

Se queda muy quieta con el vaso, y por primera vez desde enero, no dice nada.

—Sigo pensando que te equivocas —dice al final, en voz baja.

—Ya lo sé.

—Es que te equivocas, Bruno. Que a ti te consuele una foto mala de Punta Umbría no demuestra nada sobre el amor. Demuestra una cosa sobre la memoria, que es distinto.

—Puede ser.

—No me des la razón.

—No te la estoy dando. Te estoy diciendo que puede ser. —Le sirvo lo que queda de la botella, que son dos dedos—. Pero fíjate en lo que acabas de hacer.

—¿Qué he hecho?

—Que llevo hablando cuatro minutos de mi padre muerto y tú no me has dicho «lo siento mucho».

Levanta la cabeza.

—¿Querías que te lo dijera?

—No. —Me río—. Por eso te lo digo.

Y se queda mirándome, con las dos manos en el vaso, y por un momento tengo la sensación clarísima de que va a decir algo importante. Se le nota en la respiración. Abre la boca.

—Deberíamos recoger esto —dice.

Recogemos los platos entre los dos y los llevamos a la cocina, porque nos da vergüenza dejárselos a Salvador. En el aparcamiento

del polígono, con un calor que ya es de verdad, nos damos las buenas tardes y cada uno se mete en su coche.

No hemos discutido.

Es la primera vez desde enero, y lo notamos los dos.

CAPÍTULO 10

Candela

A Manu Rojas le operan de apendicitis un jueves a las once de la noche.

Me entero el viernes a las ocho y cuarto de la mañana, por un mensaje de voz de dos minutos grabado desde una cama del Virgen del Rocío, en el que Manu, todavía medio anestesiado, me pide perdón catorce veces.

Tengo una boda mañana. Ciento diez invitados en la Hacienda de Buenavista. Sara y Guille, dos años de preparación, una novia encantadora y una madre de novia que ha llamado a mi oficina cuarenta y una veces desde marzo.

Y no tengo fotógrafo.

Hago lo que hay que hacer. Llamo a Curro Iglesias, que está en una boda en Málaga. Llamo a Elena Prieto, que está en Menorca. Llamo a otros cuatro. Uno está libre y me pide, sin ninguna vergüenza, un cuarenta por ciento de recargo por urgencia, y le digo que no con una educación que me deja temblando.

A las diez y veinte estoy sentada en la oficina mirando el teléfono.

—Llámallo —dice Rocío.

—No.

—Cande.

—Que no.

—Está libre. Lo sé porque Jimena me dijo el martes que este finde su cuñado no tenía nada.

Me quedo mirando a mi ayudante de veintiséis años, que ha recopilado y almacenado esa información, y comprendo con toda claridad que esta chica va a tener su propia agencia antes de los treinta.

Marco. Contesta al segundo tono.

—Necesito un favor —digo.

—Vale.

—No sabes cuál es.

—Ya. Pero es la primera vez que me llamas por teléfono sin que haya un correo antes, así que es gordo. —Se oye ruido de fondo, una cafetera—. Dime.

Se lo cuento. Se lo cuento entero, incluida la parte en la que le explico que le voy a pagar la tarifa completa de Manu Rojas más el desplazamiento, y la parte en la que le digo que necesito el reportaje en cuarenta y cinco días y que hay cuarenta y dos fotos obligatorias.

—Cuarenta y dos otra vez —dice.

—Cuarenta y dos otra vez.

—¿Y a las 19:40 qué hay?

—Bruno, te juro por Dios que...

—Es broma. —Se ríe—. A las nueve y media estoy allí. Mándame el planning.

Cuelgo y me quedo un rato con el móvil en la mano.

—¿Ves? —dice Rocío.

—Cállate.

* * *

La boda de Sara y Guille es la mejor jornada de trabajo que he tenido en tres años, y me niego a analizar por qué.

Empieza mal, como todas: a las once de la mañana descubro que la floristería ha mandado el arco con hortensia en vez de con paniculata, y la novia lleva un año enseñándome fotos de paniculata. Lo resolvemos deshaciendo el arco y rehaciéndolo con lo que hay, y Rocío se pincha dos veces y yo termino con las manos verdes y a las 12:40 el arco está bien.

A las 12:44 aparece Bruno, con dos cuerpos de cámara, una camisa arrugada y cara de haberse levantado a las seis.

—El arco es de hortensia —dice.

—Ya lo sé.

—Ella quería paniculata.

—¿Cómo sabes tú lo que quería?

—Porque está en su Instagram. —Se cuelga la mochila—. Miré anoche.

Y a mí eso, no sé por qué, me pone de un humor excelente durante las siguientes nueve horas.

Trabajamos juntos por primera vez sin que la boda sea de Jimena, y resulta que es otra cosa. No hay planning que defender delante de mi mejor amiga. No hay una suegra mirándonos. Hay un trabajo, y él sabe hacer el suyo, y yo el mío.

A las 18:50 le digo, por el pinganillo que le he puesto sin preguntar:

—Sara sale en cuatro minutos. El padre está en el hall.

—Voy.

Y hace la foto del hall. La once de mi lista, la del padre esperando solo, y la hace de lejos, con el hombre pequeño en el encuadre y todo el mármol alrededor, y yo la veo hacerla desde el otro extremo del pasillo y se me sube algo por la garganta que no tengo tiempo de atender porque tengo que abrir la puerta del coche de las damas.

A las 20:15 tengo un problema con el cambio de altavoz y él, sin que se lo pida, me distrae a la madre de la novia durante siete minutos haciéndole un retrato que ella no ha pedido y que se le va a caer la baba de ver.

A las 21:30 me trae medio bocadillo del catering.

—No he comido —le digo.

—Ya. Por eso.

Hay una cosa más, y es la que me tiene desde entonces sin dormir bien.

A las 22:50, en mitad del banquete, la madre de la novia —la de las cuarenta y una llamadas— me acorrala en el pasillo de servicio y me monta una escena por el color de las servilletas. El color de las servilletas. A las diez y cincuenta de la noche, con su hija casada y ciento diez personas cenando de maravilla.

Yo hago lo que hago siempre: la escucho tres minutos, le doy la razón en todo, le prometo revisarlo y no reviso nada porque no hay nada que revisar.

Y cuando esa mujer se va, me quedo sola en el pasillo un segundo.

Y Bruno está al final del pasillo, con la cámara colgada, y no está fotografiando: me está mirando.

No dice nada. Levanta las cejas medio milímetro, como preguntando.

Y yo, que llevo trece años tragándome esas escenas sola y volviendo a la pista con la cara puesta, hago un gesto obsceno con la mano que no he hecho en mi vida delante de un proveedor.

Bruno se ríe tanto que tiene que darse la vuelta.

Y a la una y cuarto de la mañana, con la barra libre montada y ciento diez personas bailando y mi trabajo terminado en lo esencial, me apoyo en una columna del patio y lo veo trabajar. Está agachado en la esquina, disparando hacia la pista, y hay una señora de setenta años bailando descalza con los zapatos en la mano, y él lleva tres minutos con ella.

Y pienso, con toda claridad, y no me gusta nada pensarlo: *este hombre es muy bueno y a mí me gusta trabajar con él.*

* * *

Mónica aparece a las dos menos veinte.

Es una mujer de unos treinta y ocho años, con un vestido azul y las sandalias ya en la mano, y viene directa a Bruno con esa determinación que da el gin-tonic tercero.

—Perdona. ¿Tú eres Bruno Salgado?

—Sí.

—Tú me hiciste las fotos de mi boda. En 2018. En Cazalla.

Y yo, que estoy a dos metros contando las botellas que quedan, me quedo contando botellas muy despacio.

Porque conozco esta escena. La he visto cuatro o cinco veces en trece años. En una boda siempre hay alguien que se ha divorciado, y a partir de la segunda copa a esa persona le da por hablar, y lo que sale de ahí suele ser una demolición.

Bruno tarda un segundo.

—Mónica —dice—. Mónica y Javi.

—¡Que se acuerda! —Se ríe, encantada—. Que se acuerda el tío.

—Os casasteis en septiembre. Llovió por la mañana y luego paró.

—Llovió por la mañana y luego paró —repite ella, y se le pone una cara rarísima—. Madre mía.

Y entonces le dice, sin ninguna transición:

—Oye, nos divorciamos hace tres años.

—Lo siento.

—No, si está bien. Está bien de verdad, fue lo mejor. —Hace un gesto con la mano—. Pero te quería preguntar una cosa desde hace tiempo y nunca me atrevo a escribirte. ¿Tú guardas los archivos?

—Los guardo todos.

—¿De 2018?

—De 2013.

Mónica se lleva la mano al pecho.

—Es que se me murió el disco duro. El disco duro y el ordenador y todo. Y yo las fotos no las imprimí nunca, porque como estaban ahí... —Se encoge de hombros—. Y ahora no tengo ni una.

—Te las mando el lunes.

—¿En serio?

—El lunes.

Aquí es donde yo intervengo. Y no debería, y lo sé mientras lo estoy haciendo, pero llevo hora y media con una cosa apretada en el pecho y necesito que alguien me dé la razón.

—Perdona —digo, y me acerco—. Soy Candela, la organizadora. Perdona que me meta. ¿Y para qué las quieres?

Mónica me mira. No se ofende. Se lo piensa de verdad, con esa honestidad tremenda que da la madrugada.

—Pues no lo sé —dice—. Al principio pensé que era por mi padre, que se murió en 2021 y sale en la de la iglesia. Y sí, es por eso también.

—Ya.

—Pero luego lo pensé mejor. —Sonríe un poco—. Es que en esas fotos salgo yo con veintinueve años, muerta de risa, gritando, con los zapatos rotos a las cuatro de la mañana. Y llevo tres años

oyendo a todo el mundo decirme «bueno, mejor que te enteraras pronto», como si aquel día hubiera sido el principio de un error.

Se calla un segundo.

—Y no fue un error. Fue un sábado buenísimo.

* * *

Terminamos a las cuatro y cuarto. El aparcamiento de la Hacienda de Buenavista es de albero, y a esa hora está vacío salvo por mi coche, el suyo y una furgoneta del catering.

Bruno mete el equipo en el maletero. Yo tengo la carpeta debajo del brazo y no me estoy yendo, y los dos sabemos que no me estoy yendo.

—Dilo —le digo.

—¿Que diga qué?

—Lo que llevas dos horas sin decir. Lo de Mónica. Suéltalo y nos vamos a casa.

Cierra el maletero. Se apoya en él.

—No iba a decir nada.

—Bruno.

—En serio. —Se pasa la mano por el pelo—. Es que no hay nada que decir, Candela. Tú y yo hemos oído lo mismo. Lo que pasa es que tú has oído a una mujer que se equivocó y yo he oído a una mujer que tuvo un sábado buenísimo.

—Se divorció.

—Sí.

—Se gastó una fortuna, se puso un vestido, juró delante de su familia que iba a estar con ese hombre toda la vida, y ocho años después me está pidiendo las fotos de un día que no significó nada.

—Que no duró —dice—. No es lo mismo.

—Es lo mismo.

Y entonces lo dice. Y no lo dice con solemnidad, ni levantando la voz, ni como quien suelta una frase que lleva preparada. Lo dice cansado, a las cuatro y cuarto de la mañana, apoyado en un maletero.

—Que se acabara no lo convierte en mentira, Candela. Convierte en verdad todo lo que duró.

Abro la boca.

Y me quedo así.

Porque tengo cuatro respuestas y las cuatro son malas. Puedo decirle que eso es una frase bonita, y no lo es, es un argumento. Puedo decirle que entonces cualquier cosa vale, y sé que él me va a preguntar por qué no. Puedo decirle que él no sabe nada de matrimonios porque no está casado, y sería una guarrada y además da igual, porque el argumento no depende de quién lo diga.

Y puedo decirle la verdad, que es que si aquello fue verdad mientras duró, entonces la mesa de mis padres también lo fue alguna vez, y entonces lo que yo llevo treinta y dos años llamando «mentira» es en realidad algo mucho peor, que es una cosa buena que se gastó.

—Es tardísimo —digo.

—Sí.

—Buenas noches, Bruno.

—Buenas noches.

Conduzco cincuenta minutos desde Buenavista hasta mi casa con las ventanillas bajadas y la radio apagada, buscando la respuesta.

No la encuentro.

Sigo sin encontrarla.

CAPÍTULO 11

Candela

La comida en casa de Charo es, sobre el papel, una reunión de trabajo de cuarenta y cinco minutos para cerrar cuatro puntos: protocolo de la mesa presidencial, listado definitivo de fotos de grupo, transporte de los abuelos y hora de recogida de los autobuses.

Llego a las dos. Salgo a las siete y media.

No se cierra ninguno de los cuatro puntos.

Lo entiendo todo a los diez minutos de estar allí, cuando descubro que a esta comida, que Charo me presentó como «los cuatro papeles esos», han sido convocadas nueve personas. Está la tía Reme, que ha venido desde Utrera con un tupper de pestiños que nadie ha pedido. Está un primo llamado Fali del que nadie me explica el parentesco exacto. Está la madre de Jimena. Están Jimena y Dani. Está Bruno, que llega tarde y con el pelo mojado. Y está Charo, que lleva desde las nueve de la mañana cocinando para una reunión de cuarenta y cinco minutos.

—Charo, esto es muchísima comida.

—Es lo que había, hija.

Había un guiso de carne con patatas para catorce, tres tortillas, dos bandejas de pimientos asados, medio kilo de jamón y los pestiños de la tía Reme.

—Punto uno —digo, abriendo la carpeta—. Mesa presidencial. Somos...

—Ay, hija, come primero.

—Es que si empezamos por los pimientos ya no...

—Come.

Como.

* * *

A las cuatro y media he renunciado.

No es una derrota profesional, es una decisión táctica: he entendido que en esta casa el trabajo se hace de otra manera, y que si yo abro la carpeta a las dos, no se cierra nada, pero si dejo que la conversación vaya sola, a las seis de la tarde tendré la mitad de los puntos resueltos sin que nadie se haya enterado de que estábamos trabajando.

Y funciona. A las cinco menos cuarto, la tía Reme resuelve el transporte de los abuelos sin que yo diga una palabra: los abuelos suben con Fali, que tiene un coche grande y que además no bebe.

A las cinco y diez se resuelve solo el punto tres, el de la hora de los autobuses, porque Dani comenta de pasada que el hermano de Jimena tiene que estar en Sevilla el domingo a las once para un vuelo, y a partir de ahí la mesa entera decide, a gritos y en un momento, que el segundo autobús sale a las cuatro y media de la madrugada.

Yo escribo 04:30 en la carpeta y no digo nada. Llevaba tres semanas intentando cerrar ese punto por correo.

El de las fotos de grupo, en cambio, se convierte en un conflicto internacional.

—Yo quiero una con las primas —dice la tía Reme.

—Reme, si sale usted en la de la familia del novio.

—Ya, pero yo quiero una con las primas.

—Son veintidós primos.

—Con las primas. Las primas somos seis.

—Reme —dice Charo—, si te hacemos una con las primas, tu cuñada quiere otra con las cuñadas.

—Mi cuñada que se aguante.

—Reme.

—Que se aguante, Charo, que en la boda de Mari Ángeles nos tuvo cuarenta minutos de pie al sol.

Y a partir de ahí se abre un expediente sobre la boda de Mari Ángeles, que fue en 2011, que dura veinte minutos y en el que participan siete personas, ninguna de las cuales estaba invitada a la boda de Mari Ángeles.

Bruno, enfrente de mí, no ha abierto la boca. Está echado hacia atrás en la silla con una cerveza en la mano y la cara de un hombre

que está viendo su película favorita por decimoquinta vez.

En algún momento me busca los ojos por encima de la mesa y levanta una ceja medio milímetro.

Y yo, que llevo trece años sin perder la compostura en una reunión de trabajo, me tengo que morder el interior del carrillo.

Y mientras tanto pasa lo otro.

Pasa que hay tres conversaciones a la vez y todo el mundo se entera de las tres. Pasa que Dani se levanta a por hielo y le da a su madre un beso en la cabeza al pasar, sin motivo, sin que nadie lo comente, como quien coge un vaso. Pasa que la tía Reme le cuenta a la madre de Jimena la historia de un tal Curro que se murió en 1994 y que las dos se ríen a carcajadas de un muerto de hace treinta años. Pasa que Charo le grita a Bruno desde la cocina que si se ha traído la escalera y Bruno le grita que sí y ninguno de los dos se mueve.

Y a las cinco y veinte me encuentro a mí misma en la cocina, sentada en un taburete, pelando patatas.

No sé cómo he llegado ahí. Alguien dijo que había que hacer un puré para el niño de Fali y yo cogí el pelador porque estaba más cerca.

—Esto no te lo cobro en la factura —le digo a Charo.

—Faltaría más.

Y me pone una mano en el hombro al pasar. Un segundo. Nada.

Y yo me quedo pelando patatas en una cocina que huele a guiso, con nueve personas gritándose de bien que se llevan en la habitación de al lado, y noto una cosa muy incómoda en el pecho, y tardo un rato en identificar qué es.

Es envidia.

Yo no como así. Yo no he comido así en mi vida.

Y lo peor no es eso. Lo peor es que llevo trece años montando esto para otra gente.

Porque de eso van las bodas. Yo llevo trece años cobrando por construir, durante doce horas, lo mismo que hay hoy en el salón de Charo Salgado un domingo cualquiera de julio sin que nadie haya pagado un euro: gente que se grita porque se quiere, tres conversaciones a la vez, un muerto de 1994 del que todavía se ríen.

Eso es lo que la gente compra. No compran las peonías. Compran una tarde en la que su familia se comporte como esta.

Y yo llevo trece años montándolo con proveedores, plannings y planes B, y saliendo del recinto a las cuatro de la mañana contando sillas.

—Cande.

—¿Qué?

—Que llevas cuatro patatas peladas —dice Charo, desde el fuego, sin girarse— y setenta y ocho patatas mirándote.

—Es que me he distraído.

—Pues distráete más deprisa, hija, que el niño de Fali tiene hambre.

* * *

Bruno entra en la cocina a las seis y diez a por una fuente.

Se para en la puerta.

—Estás pelando patatas.

—Sí.

—Llevas dos horas pelando patatas.

—Llevo cincuenta minutos y son muchas patatas.

Se apoya en el marco de la puerta y no dice nada durante un rato. Yo sigo pelando. En el salón, alguien ha puesto la radio y la tía Reme está discutiendo con Fali sobre la ruta de Utrera a Vejer.

—¿Qué? —digo, sin levantar la vista.

—Nada.

—Estás mirando.

—Es mi oficio.

—Bruno.

—Vale. —Cruza la cocina y coge la fuente de la encimera, y al pasar por detrás de mí dice, en voz mucho más baja—: Estaba pensando que llevas seis meses sentándote en el lado de fuera.

Levanto la cabeza.

—¿Qué?

—En todas las reuniones. En casa de Jimena, en el obrador, aquí. Te sientas en el sitio desde el que se ve la puerta y por el que

se sale primero. —Se encoge de hombros—. Y hoy estás en un taburete, en una cocina, de espaldas a todo el mundo.

No sé qué contestar a eso.

Se estira para coger un paño del colgador que hay encima de mí, y para hacerlo tiene que pasar el brazo por delante de mi hombro, y no me toca, pero casi, y durante segundo y medio tengo su antebrazo a cuatro centímetros de la cara y noto que huele a jabón de casa de su madre.

—Perdón —dice.

—No pasa nada.

Coge la fuente y el paño y sale.

Yo termino la patata que tengo en la mano. La dejo. Cojo otra. Y descubro que la estoy pelando en círculos, sin quitarle nada, como una imbécil.

Me voy a las siete y media, antes del postre, con la excusa, que además es cierta, de que mañana tengo boda a las once.

Y con otra excusa que no digo, que es que a las siete y veinticinco Charo ha sacado un álbum.

No un álbum de boda: un álbum de esos gordos, de plástico, de los años noventa, con las hojas pegajosas. Y lo ha abierto en la mesa, y se han levantado siete personas a la vez, y de repente había siete cabezas juntas encima de unas fotos malísimas de un cumpleaños de 1997, y todo el mundo hablaba a la vez, y la tía Reme decía «ese es Curro» y Fali decía «ese no es Curro, ese es mi padre», y Dani se reía tanto que tuvo que sentarse.

Y en el borde de esa mesa había una fotografía de un hombre con bigote sosteniendo a un niño de unos cinco años en brazos.

Nadie ha dicho nada especial sobre esa foto. La tía Reme ha dicho «ay» y ha pasado la página.

Yo he mirado a Bruno.

Bruno estaba mirando el álbum como todo el mundo, con la misma cara que todo el mundo, riéndose de lo de Curro con todo el mundo.

Y he cogido el bolso.

Charo me da dos tupperes. La tía Reme me da pestiños. Fali me da la mano con una solemnidad conmovedora. Jimena me abraza y

me dice al oído «te has quedado hasta las siete y media», y yo le digo que había mucho que cerrar, y ella dice «no hemos cerrado nada», y tiene razón.

* * *

En el coche, en la rotonda de Bormujos, hago una cosa que no hago nunca.

Llamo a mi madre.

—Candela.

—Hola, mamá.

—¿Ha pasado algo?

Y ahí está. En esa pregunta está mi familia entera. Son las ocho menos veinte de un domingo y su hija llama, y la primera hipótesis es que haya pasado algo.

—No, nada. Que venía en el coche.

—Ah.

Silencio.

—¿Y qué tal? —dice.

—Bien. Bien, trabajando mucho, con lo de Jimena. He estado hoy en casa de la madre del novio.

—Qué bien.

—Sí.

—¿Y ha ido bien?

—Sí.

Silencio.

—Aquí estamos con la tele —dice—. Tu padre se ha dormido.

—Ya.

—¿Quieres que lo despierte?

—No, no.

—Vale.

—Vale.

—Pues nada, hija. Que descanses.

—Y tú.

Miro el móvil. Un minuto y treinta y un segundos.

Y me quedo un rato en la rotonda, con el intermitente puesto, dándole vueltas a una cosa.

No ha ido mal.

Eso es lo que la gente no entiende cuando cuento cómo es mi casa. No ha ido mal. Mi madre ha cogido el teléfono al segundo tono, se ha alegrado de oírme, me ha preguntado qué tal, se ha ofrecido a despertar a mi padre. No me ha reprochado nada. No hemos discutido. No hay una sola frase de esa llamada que yo pudiera repetirle a un psicólogo para que pusiera cara de circunstancias.

Un minuto y treinta y un segundos, y todo correcto.

Ese es el problema. Que si hubiera ido mal, se podría arreglar.

Meto primera y me incorporo a la A-49, y de pronto me acuerdo con una nitidez absurda de la tía Reme riéndose a carcajadas de un hombre que lleva treinta y dos años muerto, y tengo que subir mucho la radio.

CAPÍTULO 12

Bruno

La cena en casa de sus padres no está planificada, lo cual, tratándose de Candela Ferrer, es un dato relevante en sí mismo.

Volvemos de Vejer un jueves de agosto a las nueve menos cuarto de la noche, muertos los dos. Ha sido la última visita técnica: replanteo del grupo electrógeno, marcado del suelo de la carpa de cocina, medición del camino de los olivos y dos horas discutiendo con el del sonido sobre dónde poner el segundo altavoz.

Al llegar a Sevilla, en Los Remedios, ella me dice que pare dos minutos.

—Tengo que dejarle una cosa a mi madre.

—Tranquila.

Coge una caja de la parte de atrás —unas pastillas de su padre que ha ido a comprar no sé dónde, o unos papeles, no me entero bien— y sube. Yo me quedo en doble fila con los intermitentes puestos.

A los cuatro minutos baja.

Y detrás de ella, en el portal, hay una señora bajita con una rebeca de punto en agosto.

—¡Que suba! —dice la señora.

—Mamá, que viene de trabajar.

—Que suba y cena algo, mujer, que son las nueve.

Y yo, que en ese momento no tengo la más mínima idea de dónde me estoy metiendo, bajo la ventanilla y digo que encantado.

Candela me mira.

No es una mirada de fastidio. Es otra cosa, y la reconozco un segundo demasiado tarde: es la mirada de alguien a quien acaban de abrirle una puerta que llevaba mucho tiempo cerrada a propósito.

—Aparca ahí —dice—. Media hora.

* * *

La casa es preciosa. Eso es lo primero.

Un piso de los años setenta en Los Remedios, ochenta y tantos metros, impecable. Suelo de terrazo brillante. Un aparador con una cristalería que no se usa. Fotografías enmarcadas en la pared del pasillo —Candela con toga, Candela pequeña en una playa, una foto de boda en blanco y negro de 1988— alineadas con una regularidad milimétrica.

Su madre se llama Pilar. Su padre, Manuel. Él está en el sillón, con el periódico doblado en cuatro, y se levanta a darme la mano con una amabilidad genuina.

—Manuel.

—Bruno. Encantado.

—¿Usted es el fotógrafo?

—Ese soy.

—Muy bien, muy bien.

Se sienta otra vez.

Cenamos en la mesa del salón. Tortilla, ensalada, jamón york, pan. Pilar sirve, se levanta tres veces, trae el aceite, trae la sal, trae el pan aunque ya hay pan. Manuel come. La televisión está encendida con el volumen bajo.

Y a los once minutos me doy cuenta de una cosa.

No pasa nada.

No es que estén incómodos por la visita. No es que sean fríos conmigo: al contrario, son hospitalarios hasta decir basta, me preguntan por mi trabajo, se interesan por la boda, Pilar me dice tres veces que coma más. No hay ninguna tensión en esa mesa. No hay resentimiento, no hay reproches, no hay una sola pulla de esas que se sueltan los matrimonios de treinta años delante de las visitas.

No hay nada.

Y hay un detalle que me revienta más que ningún otro, y tardo media hora en identificarlo.

Es el pasillo.

En el pasillo de esta casa hay nueve fotografías enmarcadas. Las he visto al entrar y las vuelvo a mirar al ir al baño, porque yo no sé pasar por un pasillo sin mirar. Candela con toga. Candela con siete años en una playa. Candela con uniforme del colegio. Candela en una comunión. Candela con la bici. Candela, Candela, Candela.

Y una sola de ellos: la de la boda, 1988, blanco y negro, los dos jovencísimos en la puerta de una iglesia.

Nueve fotos, y en ocho sale la hija.

En casa de mi madre hay once fotos de un muerto y la gente se para a mirarlas todos los días. Aquí hay nueve de una viva, colgadas rectas, alineadas con un nivel, y estoy dispuesto a apostar el equipo entero a que en esta casa no se para a mirarlas nadie.

Esto no es una casa. Es un expediente.

En cuarenta minutos, Manuel le dirige la palabra a Pilar dos veces. Una para pedirle el aceite. Otra para decirle que ha llamado el del seguro.

Y Pilar le dirige la palabra a Manuel una: para preguntarle si quiere fruta.

No se miran. Eso es lo que me revienta. Están sentados a noventa centímetros el uno del otro, llevan treinta y ocho años en esta casa, y en cuarenta minutos no se miran ni una vez a los ojos.

Y todo esto ocurre delante de su hija.

Que come. Que contesta con educación. Que le pregunta a su madre por la vecina del cuarto y a su padre por el coche, y que va rellenando los silencios uno detrás de otro con una destreza que se me hace insoportable de ver, porque es la misma destreza con la que gestiona una boda: identificar el hueco, taparlo, seguir.

Lleva treinta y dos años haciendo de wedding planner en la mesa de su casa.

Hay un momento, sobre los treinta y cinco minutos, en que casi ocurre algo.

Pilar cuenta que en la tienda de abajo han quitado el mostrador de la charcutería y que ahora está todo envasado, y que qué pena, y que ella iba allí desde que se casaron. Y Manuel, sin apartar los ojos de la televisión, dice:

—El de la charcutería era el hijo de Rafael.

—El de la charcutería era el hijo de Rafael —repite Pilar.

Y los dos se quedan callados un segundo, y en ese segundo hay algo. Hay un hilo. Hay treinta y ocho años y un barrio y un tal Rafael que a lo mejor les vendía el jamón en 1990, y cualquiera de los dos

podría tirar de ese hilo ahora mismo y estar veinte minutos hablando.

Ninguno tira.

Pilar se levanta a por la fruta. Manuel sube medio punto el volumen de la televisión.

Y yo, que me gano la vida esperando ese tipo de momentos, con la cámara en la mano, doscientas veces al año, veo cómo se apaga uno delante de mí y me tengo que agarrar a la servilleta.

A los cincuenta minutos, Pilar dice:

—Es una pena que Candela no encuentre a nadie.

Lo dice sin maldad. Lo dice recogiendo los platos, en el mismo tono con el que ha dicho que ha subido el recibo de la luz.

—Mamá.

—Es la verdad, hija. Con lo guapa que eres.

—Mamá, que está Bruno delante.

—Ay, perdón.

Y sigue recogiendo.

Manuel no dice nada. Manuel mira la televisión.

Y yo miro a Candela, y Candela me está mirando a mí, por primera vez en toda la noche, y en esa mirada hay una frase entera y clarísima que no hace falta pronunciar:

Ahora ya lo sabes.

* * *

Nos vamos a las diez y veinte. Pilar me da un beso en cada mejilla y me dice que vuelva cuando quiera. Manuel me da la mano y me dice que ha sido un placer, y lo dice de verdad.

Son buena gente. Eso es lo que no me quito de encima mientras bajamos en el ascensor. No son malas personas, no le han hecho nada malo a nadie, no hay un villano en esa casa.

En la calle hace ese calor de Sevilla en agosto a las diez y media, el que sube del suelo.

Andamos hasta el coche sin hablar.

Y yo tengo aquí, en la boca, unas doce frases distintas. Las he ido montando durante toda la cena. Tengo la comprensiva, la que

empieza por «no me extraña que». Tengo la analítica, la de «ahora entiendo lo que me dijiste en el coche». Tengo incluso una que es un abrazo sin más, y me la quito de en medio la primera, porque sé que si yo intento abrazar a esta mujer ahora mismo, se sube al coche y no me habla en tres semanas.

Llegamos al coche. Ella pone la mano en la manilla y no abre.

—Bueno —dice, mirando al suelo, con una sonrisa que no es una sonrisa—. Ahora ya sabes por qué no creo en el amor.

Y yo digo lo único que se me ocurre que es verdad.

—Ahora ya sé por qué no crees en *eso*.

Levanta la cabeza.

—Y no es lo mismo, Candela.

Y ahí se rompe.

Tres segundos. Tres. Se le va la cara entera, se le llenan los ojos y le tiembla la barbilla una vez, y en ese momento tengo delante a una niña de once años cenando en una mesa donde no pasa nada.

Y a los tres segundos se recompone. Con una eficacia que da miedo. Se pasa el dedo por debajo del ojo, respira una vez, y cuando vuelve a hablar la voz le sale normal del todo.

—Es tardísimo —dice.

—Sí.

—Mañana tengo a las nueve con el del sonido.

—Lo sé, voy yo también.

—Ah. Es verdad.

Abre la puerta. Y antes de meterse, sin mirarme, dice:

—Gracias por subir.

—Gracias por dejarme subir.

Se mete en el coche.

Yo conduzco los veinte minutos hasta mi casa pensando que llevo doce años fotografiando el día en que la gente promete que va a hacerse feliz para siempre, y que esta noche he cenado con dos personas que lo prometieron en 1988 y que cumplieron todo lo que se puede cumplir por escrito.

Cumplieron la fidelidad. Cumplieron la salud y la enfermedad. Cumplieron lo de criar a una hija y pagar un piso y estar ahí los

domingos. Si el matrimonio fuera un contrato, esos dos lo han ejecutado sin una sola incidencia en treinta y ocho años.

Y lo único que no cumplieron —porque no se puede poner en ningún papel y porque nadie te avisa— es lo de seguir teniendo curiosidad por la persona que tienes enfrente.

El de la charcutería era el hijo de Rafael.

Y nadie preguntó nada más.

Y que la hija de esos dos me ha dicho *ahora ya sabes*, y que se ha equivocado.

Porque lo que yo sé ahora no es por qué no cree.

Es que sí cree. Cree tanto que le da pánico.

Cree que existe, y cree que se gasta, y ha decidido no tocarlo para no verlo gastarse. Que es, mires como lo mires, la manera más eficiente que ha inventado nadie de quedarse sin nada.

CAPÍTULO 13

Candela

La sesión de preboda es el 30 de agosto a las siete de la tarde, en el Cortijo de la Alameda, a veinte días de la boda.

Yo, en rigor, no tendría que estar aquí. La preboda es cosa del fotógrafo y de los novios. Pero necesito comprobar el acceso con el camión pequeño del catering, medir la explanada norte con la tienda ya montada y ver con mis propios ojos cómo cae la luz en el camino de los olivos a la hora que Bruno lleva desde marzo prometiéndome.

Llego a las seis y cuarto. Bruno está ya, montando.

—Los novios llegan a las siete —digo.

—Los novios llegan a las siete y media —dice él, sin levantar la vista de la mochila.

—Pone a las siete.

—Dani ha salido de la obra a las seis y diez. Me lo ha dicho por WhatsApp. Llegan a las siete y media como pronto.

Miro el reloj. Miro el camino. Miro la luz, que está empezando a bajar por detrás de la loma y a ponerse de ese color de anuncio de aceite de oliva que yo llevo ocho meses fingiendo que no veo.

—O sea que tenemos una hora muerta.

—Yo no. —Se cuelga la cámara—. Yo tengo que medir la luz.

—¿Y eso cómo se hace?

Bruno levanta la cabeza.

Y a mí, en cuanto veo esa cara, me entra un frío en el estómago que no tiene ningún sentido a treinta y un grados.

—Ni se te ocurra —digo.

—Candela.

—No.

—Necesito una persona de pie en el camino, a la altura del segundo olivo, para ver dónde revienta la luz y a qué hora. —Se encoge de hombros—. Puedo poner la mochila en el suelo, pero la mochila no tiene cara.

—Pon a Paco.

—Paco está en Vejer con su nieto.

—Pues espera a los novios.

—Cuando lleguen los novios ya se me habrá ido. —Se pone la correa por la cabeza, sin ninguna prisa—. Son diez minutos. Es una prueba técnica. No voy a hacerte un retrato.

Y yo, que llevo desde marzo diciéndole que no a este hombre en cuarenta y un correos, me oigo decir:

—Diez minutos.

* * *

Lo primero que hay que entender es que el camino de los olivos, a las seis y media de la tarde del 30 de agosto, es un sitio ridículo.

Es ridículo de bonito. Es ochocientos metros de albero blanco entre olivos viejos, en cuesta, con el valle abriéndose a la izquierda y el cielo empezando a hacer esa cosa naranja por la derecha, y no hay nadie en tres kilómetros a la redonda, y se oyen chicharras y nada más.

Lo segundo es que yo no sé estar de pie.

Suena estúpido. Llevo trece años de pie en bodas. Pero estar de pie *trabajando* es una cosa y estar de pie *para que te miren* es otra muy distinta, y descubro, a los cuarenta segundos, que no tengo ni la menor idea de qué hacer con los brazos.

—Estás muy rígida.

—Estoy midiendo la luz.

—Estás en posición de firmes.

—Bruno.

—Baja los hombros.

Bajo los hombros.

Él está a unos doce metros, agachado, con la cámara. No dispara. Solo mira.

—Vale —dice—. Ahora date la vuelta y mira al valle.

—¿Para qué?

—Porque no quiero que me mires a mí.

Me doy la vuelta.

Y ahí, de espaldas, mirando la Janda entera con el sol de frente, es donde me pasa una cosa que no me esperaba.

Se me quita el ruido.

Yo tengo, dentro de la cabeza, todo el rato, un plano. Es lo que me hace buena. Ahora mismo, en este momento, sé que la tienda de cocina hay que anclarla con sacos y no con piquetas porque el terreno es de albero suelto; sé que el módulo de baños llega el viernes 18 y que hay que confirmarlo el martes; sé que la lista de los autobuses la tengo sin cerrar y que Fali no ha contestado. Todo eso está siempre encendido.

Y de pronto, de pie en un camino de tierra sin nada que hacer, se apaga.

No es que me relaje. Es más raro que eso. Es que durante unos segundos no hay ningún problema que resolver, y descubro que no sé qué hacer con la cabeza cuando no hay nada que resolver, y que eso me da un miedo bastante considerable, y que aun así no me muevo.

Se oyen las chicharras. Se oye el obturador, doce metros detrás de mí. Se oye un perro muy lejos, en el valle.

—Ahí —dice Bruno, muy bajo, detrás de mí.

Y empieza a disparar.

* * *

No sé cuánto dura. Miento: sí lo sé, porque yo siempre sé cuánto dura todo. Diecinueve minutos.

Casi no habla. Y cuando habla, no dice nada de lo que yo esperaba. No me dice que sonría. No me dice que ponga la mano en no sé dónde ni que me gire tres cuartos.

Dice «respira». Dice «ahora quédate ahí». Dice «no te arregles el pelo, déjate».

Una vez dice:

—¿En qué piensas?

—En los sacos de la tienda de cocina.

—Ya. Piensa en otra cosa.

—¿En qué?

Silencio. Cuatro disparos.

—En la mujer de anoche —dice—. La de las fotos de 2018.

Y no sé por qué eso funciona, pero funciona. Se me va la cara a algún sitio. Se me tiene que ir, porque él dispara nueve veces seguidas y luego baja la cámara y se queda quieto.

—Ya está —dice.

—¿Ya?

—Ya.

Sube por el camino. Y cuando llega a mi altura me da la vuelta a la cámara y me enseña la pantalla.

Y yo no me reconozco.

No es que salga guapa. Sale una mujer guapa, sí, pero eso no es lo que me deja sin aire. Lo que me deja sin aire es que esa mujer de la pantalla no está haciendo nada. No está resolviendo nada, no está midiendo nada, no está tapando ningún hueco. Está de pie en un camino, con el pelo mal, mirando un valle, y tiene la cara de alguien a quien no le está exigiendo nadie nada de nada.

Yo no me he visto así en mi vida.

Y no exagero, y esto es lo que me hunde: repaso de memoria el pasillo de casa de mis padres, las nueve fotos, y en las nueve estoy haciendo algo. Recogiendo un diploma. Posando con la bici. Sonriendo a cámara porque alguien ha dicho «sonríe». En todas hay una tarea.

En esta no hay ninguna, y sigo estando yo.

—Bruno.

—¿Sí?

Levanto la cabeza y él está mucho más cerca de lo que estaba hace un segundo.

Y ya está. Ya se acabó el hacer como que no.

Porque lo que hay a treinta centímetros de mi cara son unos ojos oscuros y una respiración que no es normal, y yo tengo el pulso en las orejas, y llevo ocho meses, ocho meses enteros, escribiéndole correos a las 07:52 de la mañana y contando en la carpeta cuánto tarda en contestar.

Cuatro minutos. La media es cuatro minutos. Lo sé porque lo he mirado. En marzo lo miré una vez y desde entonces lo he mirado

once.

Se me olvida cómo se llama la finca.

Él levanta la mano y me aparta el pelo de la cara con dos dedos, y lo hace despacio, dándome todo el tiempo del mundo para pararlo. Me roza la sien. Me roza la oreja. Yo llevo trece años apartándome el pelo de la cara veinte veces al día y nunca en mi vida me lo ha apartado nadie.

No lo paro.

Y entonces, desde la parte de arriba del camino, a doscientos metros, suena un claxon de una alegría criminal, y la voz de Jimena Ríos, mi mejor amiga desde los quince años, gritando:

—¡ESTAMOOOS AQUÍ!

* * *

Bruno

Lo que ocurre en los siguientes cuarenta segundos es una obra maestra de la ingeniería.

Candela se separa un metro y medio. Se pasa las dos manos por el pelo, se lo recoge, saca la carpeta de debajo del brazo —no sé de dónde, juraría que la había dejado en el coche— y sube por el camino hablando en voz alta sobre el anclaje de la tienda de cocina con sacos de arena.

Para cuando llegamos arriba, es otra persona. Es la de siempre. Abraza a Jimena, le dice a Dani que llega veinticinco minutos tarde, saca el móvil y le hace una foto al suelo de la explanada.

Yo hago lo mismo, peor.

—Bruno, tío, ¿tú estás rojo? —dice mi hermano.

—Hace treinta y un grados, Dani.

—Ya, pero es que estás rojo.

—Vamos, que se va la luz.

Hacemos la preboda. Sale bien. Jimena está guapísima y Dani se ríe todo el rato, y a las ocho y veinte les hago tres o cuatro fotos que van a salir en el álbum seguro.

Y a las ocho y media, cuando estoy cambiando de objetivo, Jimena se me pone al lado, mirando el valle, con los brazos cruzados.

No dice nada durante un rato.

—Bruno.

—Dime.

—¿Qué estabais haciendo en el camino?

—Midiendo la luz.

—Ya.

—Es que es una prueba técnica, se hace...

—Bruno. —Se gira. Tiene la sonrisa más peligrosa que he visto en mi vida—. Que llevo con esa mujer desde los quince años.

—Jimena...

—Que la he visto salir con cuatro tíos. Cuatro. Y con los cuatro estaba igual de tranquila el primer día que el último. —Se recoloca un tirante—. Cande no se pone nerviosa. Cande no se ha puesto nerviosa en su vida. Cande organizó mi comunión con once años.

—Ya.

—Y ahora mismo lleva veinte minutos hablándole a mi novio del anclaje de una tienda de cocina.

Miro hacia la explanada. Es verdad. Sigue.

—Eso no significa...

—Bruno, cielo. —Me pone una mano en el brazo, con una dulzura terrorífica—. No te estoy pidiendo explicaciones. Te estoy avisando de una cosa, y es la única vez que te la voy a decir.

—Dime.

—Que esa mujer se me presentó en el hospital cuando operaron a mi madre y se quedó dieciséis horas. Y que si le haces daño, yo me caso igual, y tú haces las fotos igual, y luego no vuelves a comer en casa de tu madre en paz nunca más.

Y se va a por su novio.

* * *

Esa noche, en el estudio, a la una y media de la mañana, descargo las tarjetas.

Hay trescientas cuarenta y una fotos de la preboda de mi hermano.

Y hay ciento veintisiete de un camino de albero.

Las paso una a una, despacio. En las primeras once está tiesa como un palo y con cara de estar calculando el peso de un saco de arena. En la doce se le bajan los hombros. De la treinta a la sesenta hay una mujer mirando un valle.

Y en la ochenta y nueve, justo después de que yo le dijera que pensara en Mónica, hay una cosa que no he fotografiado en doce años y trescientas bodas.

No sé cómo llamarla. Es la cara de alguien a quien acaba de ocurrírsele algo y no le da tiempo a defenderse.

Me quedo mirando esa foto un rato largo.

Y luego cierro el portátil.

En marzo, en el patio de este mismo cortijo, esta mujer me pidió que borrara una foto suya y yo la borré delante de ella, y estuvo bien hecho, y lo volvería a hacer.

Estas no las borro.

CAPÍTULO 14

Candela

Del 31 de agosto al 4 de septiembre hago lo que hay que hacer, que es trabajar.

Y conviene que quede claro, porque luego la gente cuenta estas cosas mal: no me arrepiento de nada.

Lo que ocurrió el 30 de agosto en un camino de albero fue un error de cálculo por mi parte, y los errores de cálculo se corrigen. Yo llevo trece años corrigiéndolos. Se cae una finca en marzo y se levanta otra en marzo. Se opera un fotógrafo de apendicitis un jueves y hay fotógrafo el sábado. Se acerca demasiado un proveedor a veinte días de la boda más importante de tu carrera y se restablece la distancia operativa.

Es lo mismo. Es la misma cosa.

Escribo dieciséis correos. Los dieciséis empiezan por «Buenos días, Bruno» y terminan por «Un saludo, C. Ferrer — El Día Perfecto». Ninguno de los dieciséis tiene un chiste dentro. Ninguno.

Convoco tres reuniones y en las tres está Rocío. No porque Rocío tenga nada que hacer en dos de ellas, sino porque una reunión con tres personas es una reunión y una reunión con dos personas es cualquier otra cosa.

Le mando el listado definitivo de las cuarenta y dos tomas con dos modificaciones y una nota al pie que dice: *Ruego confirmación por escrito.*

Confirma por escrito. En cuatro minutos.

Cuatro minutos. Siempre cuatro minutos. Y yo miro la hora del correo como una idiota, sentada en mi oficina de la calle Feria, con el ventilador de pie girando, y me digo que esto se acaba el 19 de septiembre.

Diecinueve días. Puedo estar diecinueve días sin pensar en el camino de los olivos.

* * *

Lo del lunes 31 merece un párrafo aparte, porque fue lamentable.

Escribí el correo bien. Lo escribí a las ocho menos cuarto de la mañana, tal cual salía, con la naturalidad de los últimos ocho meses: *Buenos días. Las fotos de la preboda, cuando puedas. Y dime qué te pareció el acceso con el camión pequeño, porque a mí me preocupa el metro y medio de la curva. C.*

Lo leí tres veces.

Y luego le quité la parte del camión, porque el camión no me hacía falta preguntárselo a él. Y luego le quité la primera línea, porque «cuando puedas» es una cosa que se le dice a un amigo. Y luego, ya con el cursor en el sitio, borré la C sola y escribí «C. Ferrer», y debajo «El Día Perfecto», y debajo el teléfono de la oficina.

Y le di a enviar a las 08:11, y me quedé mirando la pantalla como quien mira una puerta que acaba de cerrar sola.

Ciento treinta y una palabras se quedaron en veintitrés.

Fue la primera vez en trece años que se me ocurrió que igual mi manera de trabajar no es una virtud.

* * *

El 1 de septiembre tengo reunión con el del sonido y la convoco a las nueve de la mañana en la oficina, con Rocío presente, y le pido a Rocío que tome acta.

—¿Acta? —dice.

—Acta.

—Cande, es Curro el del sonido. Lo conocemos desde 2019.

—Acta, Rocío.

Bruno llega puntual. Se sienta en la silla más lejana de las cuatro, que es justo donde yo habría querido que se sentara y que aun así me sienta como una patada.

Y durante cincuenta minutos hablamos de vatios, de la posición del segundo altavoz y de si hay que cortar la música a las 03:55 o a las 04:00 para que la gente esté fuera cuando lleguen los autobuses.

Es una reunión perfecta. Se cierran los cuatro puntos.

Cuando se van, Rocío me deja el acta en la mesa. Once líneas.

—Está muy bien —digo.

—Ya.

—¿Qué?

—Nada.

—Rocío.

—Que en cincuenta minutos no os habéis dirigido la palabra el uno al otro ni una sola vez. —Se encoge de hombros—. Los dos le hablabais a Curro. Está en el acta, mira: «C. Ferrer indica a Curro que...», «B. Salgado comenta a Curro que...». Once líneas y ninguna es de vosotros dos.

—Eso es porque la reunión era con Curro.

—Vale.

—Era una reunión de sonido, Rocío.

—Que vale.

* * *

El 2 de septiembre, a las siete de la tarde, Rocío deja la caja de tarjetones de mesa encima de mi mesa, se cruza de brazos y dice:

—Bueno, ¿qué?

—Los tarjetones están mal, hay ciento cuarenta y uno y son ciento cuarenta.

—El de sobra es para el que se te cae en el suelo. ¿Qué pasó en Vejer?

Levanto la cabeza.

—¿Cómo?

—Que qué pasó en Vejer. —No se mueve—. Volviste el domingo y el lunes le escribiste tres correos con «un saludo». Tres. En ocho meses no le has escrito uno.

—Es que hay que formalizar la...

—Cande.

—Rocío, tengo ciento cuarenta y un tarjetones.

—Ciento cuarenta y uno está bien. —Se sienta en el borde de mi mesa, que es una cosa que le he prohibido cuatro veces—. Mira, yo no voy a decir nada, ¿vale? No es asunto mío. Pero llevo dos años trabajando contigo y hay una cosa que sé.

—Ilumíname.

—Que tú cuando algo te da igual, no lo formalizas. Lo despachas. —Se encoge de hombros—. A los proveedores que te dan igual les contestas en veinte segundos, «ok, gracias». Eso es lo que haces cuando algo te da igual.

—Fascinante.

—Y cuando algo no te da igual, montas un procedimiento.

Me quedo mirando a mi ayudante de veintiséis años, que se ha convertido, en algún punto de los últimos dieciocho meses, en una persona bastante más peligrosa de lo que le conviene a nadie.

—Los tarjetones —digo.

—Ciento cuarenta y uno está bien.

—Los tarjetones, Rocío.

Coge la caja y se va. Y desde la puerta, sin girarse, dice:

—Está bueno, ¿eh?

—¡Fuera!

* * *

El viernes 4 tengo boda en Carmona. Ochenta invitados, una pareja encantadora, cero incidencias.

Y fotógrafo. Manu Rojas, ya recuperado de la apendicitis, puntual, impecable, con las cuarenta y dos tomas de la lista hechas y entregadas en tiempo y forma.

Es una jornada perfecta.

A las once y media de la noche, con el banquete terminado y la barra montada, me apoyo en una columna a hacer lo que hago siempre, que es mirar.

Manu está en el borde de la pista, disparando hacia el baile. Trabaja bien. Trabaja como he trabajado yo trece años: cumpliendo.

Y en la mesa cuatro, en la esquina, hay un señor mayor con un traje que le queda grande. Lleva veinte minutos ahí sentado, solo, con la chaqueta doblada en el respaldo, mirando bailar a una mujer que debe de ser su hija.

Y no hay nadie fotografiando a ese hombre.

Y a mí, que en trece años no he pensado jamás en si alguien fotografía a alguien, me sube por la garganta una cosa ridícula, y tengo que irme al aparcamiento a comprobar dos veces unos datos del autobús que ya había comprobado.

En el aparcamiento saco el móvil.

Manu es muy bueno, escribo.

Lo borro.

Mesa 4. Un señor con la chaqueta en el respaldo. Nadie le está haciendo una foto y llevo veinte minutos mirándolo.

Lo borro también.

Vuelvo dentro y cierro la boda a las cuatro y cuarto de la mañana, y cuento ochenta y dos sillas, y me voy a casa.

* * *

Lo que no le cuento a Rocío, porque no se lo cuento a nadie, es que el plan funciona.

Y eso es justo el problema.

Porque Bruno Salgado, que ha pasado ocho meses saltándose el planning, tumbándose en el suelo del salón de banquete, fotografiando al personal de mantenimiento y discutiéndome las horas por sistema, hace en cinco días lo que yo llevo desde enero pidiéndole.

Se comporta.

El día 3 le mando la hoja de horarios y me contesta *Recibido. Conforme.* Punto. Nada más.

El día 4 tenemos reunión con el del vídeo, y en toda la reunión no me lleva la contraria ni una vez. Ni una. Cuando llegamos al conflicto de siempre —él quiere el hueco de las 19:40, yo lo tengo asignado—, dice: «Como tú veas, tú tienes el plano completo.»

Como tú veas.

Y luego, cuando terminamos, no se queda. Recoge, se despide de Rocío, se despide de mí igual que de Rocío, y se va.

Y yo me quedo en la oficina de la calle Feria a las nueve menos cuarto de la noche, con el ventilador girando y ciento cuarenta y un tarjetones, y tengo que sentarme.

Porque esto es lo que yo he pedido. Tal cual. Está por escrito, en once páginas, firmado en enero. Un proveedor puntual, formal, que confirma por correo, que no discute las horas y que se despide igual de la organizadora que de la ayudante.

Lo tengo. Lo he conseguido en cinco días.

Y llevo desde el jueves con una cosa apretada debajo del esternón que no se me quita ni durmiendo, y esta noche, por fin, he descubierto lo que es.

Es que lo echo de menos.

No a él: a la discusión. A las 07:52. A los cuatro minutos. A un tío que se tumbaba en el suelo de un salón de banquete por una lámpara y que se aprendía el Instagram de una novia que no era suya para saber que quería paniculata.

Y hay una cosa peor, y me la digo entera porque estoy sola y son las nueve menos cuarto.

Durante ocho meses, mientras yo peleaba con fincas, catering, grupos electrógenos y ciento cuarenta invitados, ha habido todos los días, en algún punto del día, un correo que no era de trabajo aunque hablara de trabajo.

Yo pensaba que estaba gestionando un proveedor difícil.

Lo que estaba haciendo era esperar a que fueran las 07:52.

Cojo el móvil. Abro la conversación. Escribo: *Oye*.

Lo miro nueve segundos y lo borro.

Yo pedí que se comportara. Y se ha comportado.

Nadie me avisó de que eso también se puede perder.

CAPÍTULO 15

Candela

La despedida de soltera de Jimena Ríos es el sábado 5 de septiembre en Cádiz, y yo, por primera vez en trece años, voy a una cosa de bodas sin trabajar.

No lo llevo bien.

Lo organiza Bea, la prima de las croquetas, y lo organiza de pena: el restaurante está a veinte minutos andando del hotel y nadie ha mirado si hay taxis, no hay una lista de habitaciones, y a las ocho y cuarto de la tarde, en el hall, hay catorce mujeres de pie sin saber adónde ir.

Catorce mujeres de pie. Sin nada que beber.

—Cande —dice Jimena, agarrándome del brazo—. No.

—Si no he dicho nada.

—Te he visto la cara.

—Es que si salimos ya, llegamos a las nueve menos veinte y la reserva es a las nueve, y hay catorce personas, y...

—Cande. —Me pone las dos manos en los hombros. Lleva una banda rosa que pone NOVIA y una diadema con velo de plástico, y está radiante—. Hoy no trabajas.

—Ya lo sé.

—Repítelo.

—Hoy no trabajo.

—Otra vez.

—Jimena.

—Toma. —Me pone en la mano un vaso de tubo que ha salido de algún sitio—. Y dame el móvil.

—¿Qué?

—Que me des el móvil.

Se lo doy.

Y lo raro, lo raro de verdad, es lo que pasa a continuación, que es nada. Salimos tarde. Llegamos a las nueve y cuarto. La reserva aguanta. Nadie se muere.

Y hay más cosas que Bea hace mal esa noche y que tampoco tienen la menor consecuencia.

No ha reservado para catorce, ha reservado para doce, y el restaurante saca dos sillas de la terraza y ya está. No ha avisado de que la prima pequeña de Jimena es celíaca, y la prima pequeña se come una ensalada y unas patatas y se lo pasa mejor que nadie. Los juegos son espantosos —hay uno de preguntas sobre el novio que Jimena falla seis de diez— y todo el mundo se ríe hasta llorar justo porque los falla.

Y a mitad de cena, con la madre de Jimena contando por segunda vez la historia de cuando su hija se cayó de un caballo en 2007, me sorprendo haciendo una cosa vergonzosa.

Contando.

Contando sillas. Contando los platos que faltan por salir. Calculando cuánto tardará la cuenta y si nos dará tiempo a llegar al segundo sitio antes de las doce.

—Cande —dice Jimena, a mi lado, sin mirarme—. Estás contando.

—No estoy contando.

—Estás contando las sillas.

—Estoy contando las sillas.

—Pues deja de contar las sillas.

Y lo dejo. Y descubro que debajo de contar sillas no hay nada de nada, y que eso me produce un vértigo considerable, y me bebo el vaso entero.

Se cena fatal y se ríe muchísimo, y a las once y media, en un sitio de la calle Plocia, la madre de Jimena se sube a una silla, y a las doce y media Bea le pone a la novia una corona de plástico que se le rompe en la cabeza, y a la una, cuando alguien pide un chupito de tequila, yo también levanto la mano.

Y no ha pasado nada.

Catorce mujeres de pie sin nada que beber durante veinte minutos, y el mundo sigue existiendo.

Voy a tener que pensar en eso, pero no hoy.

* * *

Los dos grupos se cruzan a las tres y diez de la mañana en un local de la plaza de Mina, y no es casualidad, y todo el mundo finge que sí.

Yo lo sé porque he visto a Bea escribiendo por WhatsApp a las dos y media con una cara que no engaña a nadie. Y porque Dani Salgado y once hombres de entre treinta y setenta y cuatro años no aparecen por casualidad en un local con karaoke a las tres y diez de la mañana.

—¡PERO BUENOOOO! —grita Dani.

Y lo que ocurre a partir de ahí es difícil de reconstruir.

Sé que hay karaoke. Sé que el tío de Jimena canta *Bulería* y que lo hace de un modo que va a marcar a varias generaciones. Sé que a las cuatro menos veinte aparece un primo llamado Kiko con un dron —un dron, a las cuatro menos veinte de la mañana, en un local cerrado— y que lo estrella contra una lámpara en un tiempo récord de dieciséis segundos.

Sé que la madre de Jimena y Charo Salgado se conocen esa noche y que a los cuarenta minutos son una sola persona.

Sé que en algún momento el tío de Jimena y un primo de Utrera cuya existencia yo desconocía cantan a dúo, y que Charo llora.

Sé que Dani Salgado se sube a una tarima con una copa en la mano para dar un discurso de agradecimiento a los presentes que dura ocho minutos y del que no se entiende nada, y que al final del discurso, con la voz rota, dice que su padre habría estado muy contento, y que se hace un silencio de dos segundos y luego todo el mundo grita.

Y sé, sobre todo, que Bruno Salgado está apoyado en la barra desde las tres y diez, con una camisa blanca arrugada y una copa que no se está bebiendo, y que no ha venido a hablar conmigo.

Eso es lo que me destroza. Que no viene.

Me saluda a los cinco minutos, con toda corrección, y luego se dedica a su hermano y a sus tíos y a rescatar el dron de Kiko, y en dos horas y media yo lo miro, calculo, treinta y cuatro veces, y él me mira dos.

A las cinco y cuarto salgo a la calle porque dentro no se puede respirar.

Y a los cuatro minutos —cuatro minutos, siempre cuatro minutos — sale él.

* * *

Bruno

—Estás sola —digo.

—Estoy fumándome un cigarro que no me estoy fumando.

Es verdad: tiene un cigarro en la mano, sin encender, y por la cara que pone al mirarlo, sospecho que ni siquiera sabe de quién es.

Son las cinco y veinte de la mañana. La plaza de Mina está vacía y los ficus enormes hacen ese ruido que hacen. Se oye el karaoke por la puerta del local, amortiguado, y alguien está destrozando una canción de Rocío Jurado.

—¿Vamos andando? —dice.

—¿Adónde?

—Al hotel.

—Está a veinte minutos.

—Ya lo sé, lo miré ayer. —Tira el cigarro a una papeler—. Todo el mundo va a estar aquí hasta las siete.

Andamos.

Y durante los primeros diez minutos hablamos solo del dron de Kiko, que es un tema que da bastante de sí. Luego hablamos de la boda: de los autobuses, del grupo electrógeno, del bloque de habitaciones de Conil.

Es una conversación absurda. Son las cinco y media de la mañana, vamos andando por Cádiz con los dos despiertos del todo, y estamos discutiendo la potencia de un generador.

Y a la altura de la Candelaria, ella dice:

—El discurso de tu hermano ha sido malísimo.

—Ha sido malísimo.

—Ocho minutos, Bruno. Sin estructura. Ha dado las gracias tres veces a la misma persona.

—Cuatro.

—Cuatro. —Se ríe—. Y ha sido lo mejor de la noche.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no se lo había preparado.

Andamos un rato en silencio.

Y en la esquina de la Alameda, ella se para en seco.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿El qué?

—Lo de esta semana. —Se gira—. Lo de «como tú veas». Lo de «recibido, conforme». Lo de despedirte de mí igual que de Rocío.

—Es lo que me pediste.

—No te he pedido nada.

—Candela. —Me meto las manos en los bolsillos—. Me escribiste tres correos el lunes firmando «C. Ferrer». C punto Ferrer. Como si yo no supiera cómo te llamas.

No dice nada.

—Y yo tengo dos opciones —sigo—. Puedo hacer como que no me entero, y entonces la que tiene que pasarse tres semanas incómoda en su trabajo eres tú. O puedo hacer justo lo que me estás pidiendo y dártelo entero.

—Y me lo has dado entero.

—Te lo he dado entero.

Y entonces dice, muy bajo:

—Ha sido horrible.

Y yo me río. Se me escapa. Y ella también, medio segundo, y luego se le va la risa de la cara.

Seguimos andando. Bajamos por la Alameda hasta la Caleta, y a esa hora la playa está vacía y negra, y al otro lado del agua se ven las luces de Rota, muy pequeñas, y no hay nada más encendido en varios kilómetros.

Bajamos a la arena sin decidirlo. Ella se descalza. Yo no.

—Bruno.

—Dime.

—El día del camino. —Tiene los zapatos colgando de dos dedos y está mirando el agua—. Yo iba a...

—Ya lo sé.

—Déjame terminar.

—No hace falta que...

—Que me dejes terminar. —Se gira—. Iba a besarte. Y llevo seis días diciéndome que no, que fue la luz, que fue el cansancio, que llevaba nueve horas de pie y que había hecho treinta y un grados.

—Ya.

—Y hoy llevo dos horas y media mirándote la espalda en un karaoke.

Y ahí se le rompe la voz un poco, y a mí se me para el corazón, y ella suelta los zapatos en la arena y dice, con un fastidio enorme, como quien constata una avería:

—Que no era la luz.

La beso yo.

O me besa ella. No lo sé, y he intentado reconstruirlo unas cuatrocientas veces desde entonces y no he sido capaz. Lo que sé es que da igual, porque a partir del primer segundo ya no hay ninguna duda sobre quién quiere qué.

Tiene la boca fría del hielo y las manos calientes. Se me agarra a la camisa con el puño cerrado, como si se fuera a caer, y yo la sujeto por la cintura y la levanto medio palmo de la arena sin darme cuenta de que lo estoy haciendo.

Cuando nos separamos, tiene los ojos cerrados y la frente contra mi barbilla, y se está riendo.

—¿De qué te ríes?

—De que llevo ocho meses.

—Yo llevo desde marzo.

—Mentira.

—Desde marzo, Candela. Desde el patio del cortijo.

—Eso no es verdad. En marzo me borraste una foto.

—En marzo te borré una foto —digo— y luego hice doscientos tres kilómetros por Los Palacios pensando en por qué no habías querido verla.

Levanta la cara.

Y a las cinco y cuarenta de la mañana, en una playa de Cádiz, con las luces de Rota al otro lado del agua, me mira de una manera que no le he visto en ocho meses de reuniones, correos y visitas técnicas: sin calcular nada.

—Estás muy seguro de todo —dice.

—No estoy seguro de nada.

—Pareces seguro.

—Es la cara. —Le aparto el pelo—. Llevo ocho meses aterrorizado, Candela.

Y no dice nada más, y yo tampoco, porque hay una conversación pendiente enorme y ninguno de los dos tiene la más mínima intención de tenerla ahora.

—Mi habitación es la 214 —dice.

* * *

Candela

No fue el alcohol.

Llevaba tres horas sin beber y me sé de memoria el número de mi habitación.

Ojalá hubiera sido el alcohol.

CAPÍTULO 16

Candela

La 214 tiene una cama de metro treinta y cinco, un aire acondicionado que suena como una hormigonera y una ventana que da a un patio interior.

Es, con diferencia, el peor hotel en el que me he alojado en diez años. Lo eligió Bea.

No llegamos a encender la luz.

Cierro la puerta con la espalda y él ya está ahí, y lo que empezó en la playa como una cosa lenta se convierte en otra cosa muy distinta en el momento en que dejo de tener que sostenerme de pie sola. Me besa como si llevara ocho meses tomando notas. Y a lo mejor es eso.

—La cremallera está en el lado —le digo contra la boca.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sabes?

—Candela, me dedico a mirar a mujeres vestidas.

Y me río, y me estoy riendo cuando el vestido cae al suelo, y ahí se me acaba la risa.

Porque hay una luz de farola entrando por la ventana del patio, muy poca, naranja, y él da un paso atrás para mirarme y yo tengo el impulso automático de cruzar los brazos.

Me quedo a mitad del gesto.

—No —dice.

—Bruno...

—No, por favor.

Y me coge las dos muñecas, con muchísima suavidad, y me las baja.

Y me mira.

Y yo he estado desnuda delante de otros hombres, claro, y ninguno me había mirado así, con esa cosa de mirar despacio y sin prisa, empezando por la cara. Y descubro, con un pánico absoluto, que esto —esto, que no es ni la mitad de íntimo que lo que va a

pasar dentro de nada— es lo más difícil que he hecho en muchísimo tiempo.

Aguanto.

Aguanto cuatro segundos enteros mirándolo mirarme, y él lo sabe, y no dice nada, y cuando por fin se acerca otra vez lo hace con las dos manos abiertas en mi cara como si yo fuera algo que se pudiera romper por mirarlo mal.

—Eh —le digo—. Que no soy de cristal.

—Ya lo sé.

—Bruno.

—Dime.

—Que no soy de cristal.

Y ahí sí.

Nos caemos sobre esa cama espantosa de metro treinta y cinco, y el somier hace un ruido escandaloso, y a mí me da igual. Le arranco dos botones de la camisa, y no es una manera de hablar: se oyen caer los dos en el suelo. Él se ríe contra mi cuello y yo le digo que se calle.

—Ocho meses —dice.

—Cállate.

—Siete meses y veintinueve días.

—¿Lo llevas contando?

—Desde enero.

—Bruno, te juro que...

Y no termino la frase, porque me besa el cuello por debajo de la oreja de una manera que me deja sin acceso a la palabra siguiente, y esa es la última vez en toda la noche que yo intento decir algo con estructura.

Hay un momento, cuando ya está encima de mí y se para, con el pelo revuelto y el antebrazo apoyado al lado de mi cabeza, en el que me busca los ojos en la penumbra.

—¿Sí? —dice.

—Sí.

—Candela.

—Que sí, Bruno, por favor.

Y todo lo que pasa después lo recuerdo en trozos, mal ordenados, y creo que es la primera vez en mi vida adulta que no soy capaz de reconstruir una secuencia por orden.

Recuerdo el ruido del aire acondicionado.

Recuerdo que en algún momento le dije que fuera más despacio y que él fue más despacio, y que a los treinta segundos le dije que no, que así no, y que él se rió y me dijo «decídete» y yo le mordí el hombro.

Recuerdo su mano abierta en mi espalda, subiéndome, y una farola naranja, y mi propia voz diciendo su nombre de una manera que no reconozco.

Recuerdo haber pensado, con una lucidez espantosa y durante medio segundo, que llevaba cuatro años sin que nadie me tocara de una manera que me obligara a estar presente. Que se puede acostar una con gente y seguir en otro sitio, haciendo listas. Y que ahí, en esa habitación horrible de Cádiz, no había ninguna lista.

Y recuerdo, con muchísima claridad, un momento hacia el final en el que él se paró del todo, con la frente pegada a la mía, respirando fatal, y no dijo nada, y yo le puse la mano en la nuca.

Eso es lo que no me quito. Eso, no el resto.

* * *

A las siete menos cuarto de la mañana entra por el patio una luz gris que no vale para nada.

Estamos atravesados en una cama que no da para dos personas. Yo tengo la cabeza en su pecho y una pierna colgando, y él tiene el brazo debajo de mi cuello y se le tiene que estar durmiendo, y no dice nada.

—Se te está durmiendo el brazo.

—Sí.

—Puedes moverlo.

—No.

Nos quedamos así.

Se oye el aire acondicionado. Se oye, muy lejos, a alguien arrastrando una persiana metálica.

—¿Sabes lo que me revienta? —digo.

—Dime.

—Que esta habitación la eligió Bea.

Y se ríe. Se ríe con todo el pecho, debajo de mi cabeza, y es un ruido buenísimo.

—Es muy mal hotel —dice.

—Es un hotel espantoso. El aire no se puede apagar, el colchón tiene una cordillera en el centro y hay veinte minutos andando hasta cualquier sitio.

—A mí me ha gustado.

—Cállate.

Me da un beso en el pelo. Yo cierro los ojos.

Y durante unos once minutos —los conté, claro que los conté— no pienso en nada de nada.

Luego pienso en una cosa, y se la digo, porque estoy en ese estado en el que se dicen las cosas.

—Bruno.

—Dime.

—En la playa has dicho que desde marzo.

—Sí.

—Desde marzo yo te mandaba correos a las siete y cincuenta y dos de la mañana.

—Lo sé.

—Bruno, en marzo yo te odiaba.

—No —dice, con una tranquilidad exasperante—. En marzo tú estabas convencidísima de que me odiabas, que es una cosa muy distinta y que se nota mucho en los correos.

—Eso no significa nada.

—Candela, el 14 de abril me escribiste a las 07:52 para decirme que el proveedor de las sillas se había equivocado con el color. —Se rasca el hombro—. Yo soy el fotógrafo. A mí las sillas no me importan.

Me quedo callada.

—Ah —digo.

—Ah.

Y no digo nada más, porque acabo de acordarme de que ese día, en abril, yo salí de una reunión horrible con el de las sillas, me metí en el coche, y lo primero que hice, antes que llamar a Rocío, antes que llamar a la novia, fue escribirle a él.

Sobre unas sillas.

Que no le importaban.

* * *

A las diez y veinte me despierto de golpe con el corazón a doscientos.

Él está despierto, sentado en el borde de la cama, poniéndose la camisa a la que le faltan dos botones.

Y yo, en los cuatro segundos que tardo en incorporarme, hago una cosa horrible, que es una lista.

Diecinueve de septiembre. Ciento cuarenta invitados. Mi mejor amiga. Su hermano. Charo. Los autobuses, la carrillada, las cuarenta y dos fotos.

Y una mesa de terrazo brillante en Los Remedios donde dos personas se pasan el aceite desde 1988.

—Bruno.

—Dime. —No se gira.

—Esto tiene que ser una cosa concreta.

Ahora sí se gira.

—Vale.

—No, escúchame bien, porque lo quiero decir entero y solo lo voy a decir una vez. —Me siento, me subo la sábana, y me odio un poco por eso—. Esto no sale de aquí. No lo sabe Jimena, no lo sabe Dani, no lo sabe tu madre. Yo soy la organizadora de esa boda y tú eres el fotógrafo, y hasta el día 19 somos eso.

—De acuerdo.

—Y el día 19 se acaba.

Silencio.

—El día 19 se acaba —repito, porque no ha dicho nada—. Cuando se vaya el último autobús, tú te vas a tu vida, yo me voy a la mía, y no ha pasado nada. No nos debemos nada, no hay

conversación pendiente, no hay que sentarse a hablar. Se acabó y ya está.

Bruno se mira las manos.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Puedes.

—Pues por qué.

Y yo tengo la respuesta preparada desde hace once minutos justos, desde que me he despertado, y sale limpia y ordenada como salen todas mis respuestas preparadas.

—Porque tú eres el hermano del novio y yo soy la mejor amiga de la novia, y eso no se puede deshacer. —Me subo un poco más la sábana—. Si esto sale mal en enero, Jimena y Dani tienen que decidir a quién invitan a cenar. Y Charo tiene que decidir si me saluda. Y yo tengo que decidir si voy al bautizo. Y todo eso pasa dentro de una familia que a mí me cae bien, Bruno, que es lo peor.

—Ya.

—Es matemática. No es filosofía.

—Es matemática —repite.

—Sí.

Y él asiente despacio, y yo sé que no se lo ha creído, porque no es idiota, y porque la verdadera razón no es esa y los dos lo sabemos: la verdadera razón tiene un pasillo con nueve fotografías y un aparador con una cristalería que no se usa.

Pero no la digo. Y él, que es lo que hace siempre, no insiste.

Tarda mucho. Muchísimo. Suficiente para que a mí me dé tiempo a que se me cierre el estómago entero.

—Vale —dice.

—¿Vale?

—Vale, Candela.

Y sonrío. Y yo, que llevo trece años leyendo caras a doce metros de distancia, no leo esa. No la leo porque no quiero.

—Bien —digo—. Perfecto.

—¿Bajamos a desayunar?

—Baja tú primero.

Y ahí, en el segundo y medio que tarda en levantarse, veo lo que le pasa por la cara.

No es enfado. Ojalá fuera enfado. Es una cosa mucho más pequeña y mucho peor, que dura menos de un segundo y que yo, que llevo trece años leyendo caras a doce metros, leo sin esfuerzo a cuarenta centímetros.

Es que lo he colocado. Le acabo de asignar una casilla en un planning: del 5 al 19 de septiembre, y luego nada.

Y él ha dicho vale.

—Bruno.

—Dime.

Y tengo la frase entera en la boca. Es una frase de nueve palabras y la tengo montada. *No es por Jimena, es por otra cosa.*

—Nada. Que te dejes el móvil, que hoy hay que estar a las doce en la finca de Utrera.

—Ya. Lo tengo.

Baja él primero.

Y yo me quedo sola en la 214, sentada en el borde de una cama deshecha, con dos botones de camisa en el suelo que él no ha recogido y que yo, quince minutos después, guardo en el bolsillo interior del bolso, junto a la piruleta.

* * *

Bruno

Dije que sí porque catorce días me parecieron muchos.

Eso es todo. Esa es la explicación entera. Estaba sentado en el borde de una cama de un hotel malísimo de Cádiz, con una camisa a la que le faltaban dos botones, y calculé —yo, que llevo doce años calculando— que catorce días eran tiempo de sobra para que cambiara de opinión.

Catorce días.

Nunca en mi vida he calculado peor una luz.

CAPÍTULO 17

Bruno

Entre el 7 y el 13 de septiembre, Candela Ferrer y yo mantenemos, delante de todo el mundo, una relación profesional y nada más, caracterizada por la tirantez.

Y es, sin ninguna duda, la mejor semana del año.

El lunes 7 hay reunión de coordinación en casa de mi madre con nueve personas. Yo llego a las siete. Ella lleva media hora. Nos saludamos con una frialdad de manual.

—Bruno.

—Candela.

Charo, desde la cocina:

—Ay, estos dos, que no se pueden ni ver.

Y la tía Reme, que ha venido desde Utrera para una reunión a la que no está convocada, dice que es una pena, con lo majo que es el niño.

Cuarenta minutos después, cuando salgo a por hielo, ella sale detrás con la excusa de mirar el enchufe del jardín, y en el trastero, entre una bicicleta estática de 2004 y una caja de azulejos, tengo unos noventa segundos que me duran toda la semana.

—Se te ha corrido el pintalabios.

—Cállate y arréglamelo.

—Yo no sé arreglar eso.

—Bruno, tú te dedicas a mirar mujeres vestidas.

Volvemos por separado. Ella entra primero. Yo tardo un poco más y entro por el otro lado con la bolsa de hielo, y mi madre me dice que qué he hecho tanto rato, y yo digo que la bolsa estaba dura.

Nadie sospecha nada.

Salvo Jimena, claro, que a las nueve y cuarto me pone una mano en el hombro al pasar y me dice al oído:

—Tienes azulejo en la espalda.

El miércoles 9 la cosa se complica, porque hay visita de la floristería y estamos los dos, y a Candela se le ocurre la idea espantosa de fingir un desencuentro para despistar.

—No, Bruno, es que si me pones el arco ahí, me tapas el valle.

—Yo no he dicho de ponerlo ahí.

—Has señalado ahí.

—He señalado el olivo.

—Que es ahí.

La florista, una mujer encantadora que se llama Loli y que lleva veinte años en esto, nos mira a uno y a otro durante un minuto y medio y luego dice:

—Ustedes dos, ¿llevan mucho?

—Ocho meses —decimos los dos a la vez.

Loli asiente muy despacio y no vuelve a hacer preguntas en toda la mañana.

Y el jueves 10 la pillo, a ella, en el peor momento posible de todos: en el pasillo de la oficina de la calle Feria, a las dos de la tarde, con Rocío a cuatro metros y de espaldas, y yo entro a dejar unas copias y ella se pega a la pared para dejarme pasar cuando el pasillo mide metro veinte y no hace ninguna falta pegarse a ninguna pared.

Nos quedamos dos segundos, de frente, sin tocarnos.

—Buenas tardes —digo.

—Buenas tardes.

Y me voy. Y en el portal me tengo que parar a respirar como un adolescente de dieciséis años.

* * *

Lo raro es lo otro. Lo raro es que trabajamos mejor.

Yo esperaba lo contrario. Yo esperaba distracción, o incomodidad, o esa cosa pegajosa de estar pendiente. Y lo que pasa es justo al revés: a seis días de la boda, esta mujer y yo somos la mejor máquina que he visto funcionar en doce años.

El martes resolvemos en una llamada de once minutos un problema con la potencia del grupo electrógeno que llevaba tres

semanas atascado.

El miércoles, en la última reunión con Salvador, ella dice una cosa y yo digo la contraria y en cuatro minutos hemos sacado una solución que no era ni la suya ni la mía, y Salvador nos mira y dice: «Ustedes dos han trabajado juntos mucho tiempo, ¿no?»

—Ocho meses —dice ella.

—Ocho meses y un día —digo yo.

Y ella no levanta la vista del cuaderno, pero se le mueve la comisura de la boca dos milímetros, y yo me paso el resto de la reunión sin enterarme de nada.

Lo que no le digo es lo otro.

Que ocho meses y un día es lo que le contesté en enero, en un aparcamiento de Bormujos, cuando eso era lo que faltaba para la boda. Que hoy es el día exacto en que las dos cifras se cruzan: llevamos conociéndonos lo mismo que faltaba entonces.

Y que no lo he calculado esta mañana. Lo sé desde marzo.

El jueves me manda el correo de las 07:52.

*Confirmada la carrillada a 64º hasta la mesa nueve.

Salvador dice que eres tolerable.

Buen día.*

Le contesto en tres minutos.

Es la primera vez en ocho meses que bajo de cuatro.

Y ese mismo jueves, a mediodía, pasa la cosa que de verdad importa de esa semana, aunque tarde tres días en darme cuenta.

Me llama por teléfono.

—Bruno, ¿tú a qué hora quieres a los novios en el camino?

Me quedo con el móvil en la oreja y la boca abierta.

—¿Perdona?

—Que a qué hora los quieres. —Se oye pasar hojas—. Tengo el planning abierto. El bloque de las 19:12 a las 19:26 lo tengo señalado en rojo desde enero porque me lo llevas discutiendo ocho meses, así que dime la hora buena y yo reconstruyo el resto.

—Candela.

—Bruno, no lo conviertas en un momento. Dime la hora.

—Las 20:05.

—Las 20:05 es la entrada al banquete.

—Ya lo sé.

Silencio de cuatro segundos. Se oye un boli.

—Vale —dice—. Entonces la entrada al banquete se va a las 20:20, la cocina emplata a las 20:15 y Salvador me va a odiar. Se lo digo yo.

Y cuelga.

Yo me quedo de pie en mitad del estudio, con el móvil en la mano, y me tengo que sentar en el brazo del sofá.

Porque esa mujer acaba de mover una ficha del dominó que lleva ocho meses defendiendo con uñas y dientes, y no lo ha hecho por mí, ni por lo de Cádiz, ni por nada de todo esto.

Lo ha hecho porque a las 20:05 no hay luz.

Se lo ha comprado. Ha tardado ocho meses, pero se lo ha comprado.

* * *

El viernes 11, a las once de la noche, aparece en mi estudio.

No la he invitado. Me manda un mensaje a las diez y media que dice *¿estás en el estudio?* y a las once está en la puerta con una bolsa del chino de abajo con dos cervezas dentro.

El estudio es un bajo en la Alfalfa, cuarenta metros, con una mesa enorme, dos monitores, un sofá heredado de un tío mío y ocho mil archivadores.

—Esto es más ordenado de lo que esperaba —dice.

—Gracias.

—No era un cumplido, era una decepción.

Se sienta en el sofá con las piernas cruzadas y la cerveza en la mano, y no nos tocamos, y eso es lo raro de la noche: no nos tocamos en tres horas.

Empieza porque me pregunta por los archivos de Mónica. Y yo le enseño cómo tengo montado el sistema —discos duros por año, copia en la nube, copia en casa de mi madre— y ella hace tres preguntas técnicas buenísimas sobre la política de conservación, porque su cabeza funciona así.

Y a la tercera pregunta se calla, y luego dice:

—Enséñame las del camino.

Me quedo con la mano en el ratón.

—¿Las del 30 de agosto?

—Esas.

—Candela, si quieres las borro. Ahora mismo, delante de ti, como en marzo.

—Ya lo sé. —Se sienta en el brazo del sofá—. Enséñamelas.

Se las pongo en el monitor grande, las ciento veintisiete, y las pasa ella con la rueda, despacio, sin decir nada, igual que pasó los archivos de 2016.

Tarda once minutos.

—Bórrame las once primeras —dice al final.

—¿Solo esas?

—Solo esas. En esas estoy calculando el peso de un saco de arena y salgo con cara de contable. —Se levanta—. Las otras te las quedas.

—¿Seguro?

—Bruno, que te las quedes.

Y vuelve al sofá y coge la cerveza, y no volvemos a hablar del asunto, y yo borro las once primeras esa misma noche antes de acostarme.

Y luego, sin que yo sepa bien cómo, acabamos abriendo carpetas.

2014. Una boda en Constantina con veintiocho invitados.

2016. Un tío llorando en un descansillo.

2017. Una novia de cincuenta y ocho años, segunda boda, riéndose con la cabeza echada hacia atrás.

2019. Ronda. La boda de Curro Iglesias, la de los blancos y negros que yo no sé hacer.

Y ella mira todo eso con las piernas cruzadas en mi sofá, callada, durante hora y media, y de vez en cuando dice «para» y yo paro y ampliamos una foto y me pregunta qué pasó ahí.

Y de las diecinueve fotos en las que me dice «para», catorce son de gente mayor.

Se lo digo.

—Ya lo sé —dice.

—¿Por qué?

—Porque a esos ya se les ve el final. —Le da un trago a la cerveza—. Con los novios de veintiocho años no se sabe nada. Los de setenta ya no engañan a nadie. Los que están, están.

Y sigue pasando fotos.

Se para en una de 2016. Un matrimonio mayor sentado en el borde de una pista de baile, los dos con las manos en el regazo, mirando bailar a los demás. Él tiene la mano encima de la de ella. No se miran: miran al mismo sitio.

—Esta —dice.

—Esa es de una boda en Aracena. Son los padres de la novia.

—¿Y siguen?

—Ella murió en 2021.

Candela se queda un rato con la foto en la pantalla.

—¿Y él?

—Él me llamó en 2022 para pedirme el archivo. —Me encojo de hombros—. Quería esa. Solo esa. No la de la iglesia, no la del baile con la hija. Esa, que es una foto en la que no están haciendo nada.

—Porque es la única en la que salen ellos.

—Sí.

Y ella no dice nada más, y pasa a la siguiente carpeta, y yo me quedo mirándole el perfil a la luz del monitor y pienso una cosa que no le digo, y es que esa frase, dicha por ella, es casi una confesión.

Los que están, están.

Esa mujer no cree que el amor no exista.

Esa mujer cree que no aguanta, que es otra cosa muy distinta, y a las dos y cuarto de la mañana del sábado 12 de septiembre yo todavía creo que tengo tiempo para explicarle la diferencia.

* * *

Se duerme a las dos y media.

Se duerme como se duerme la gente que lleva ocho meses sin dormir bien: de golpe, a mitad de una frase sobre los autobuses, con la cerveza a medias en la mano y la cabeza cayéndosele hacia el respaldo del sofá.

Le quito la cerveza. Le pongo un cojín debajo de la cabeza. Voy a por la manta fina de la silla, aunque hace veintiséis grados, y se la echo por encima de las piernas.

Y no la despierto.

Sé lo que va a pasar mañana. Se va a despertar a las seis, se va a levantar de golpe, se va a arreglar el pelo con las dos manos y me va a decir que se le ha hecho tardísimo y que tiene mil cosas.

Da igual.

Me siento en la silla del ordenador, con el monitor apagado y el estudio a oscuras, y me quedo un rato mirando a una mujer dormida en un sofá.

No le hago ninguna foto.

Y no es por delicadeza, ni por respeto, ni por nada de lo que quedaría bien decir. Es por una razón bastante más fea, y como son las dos y media de la mañana y no me está oyendo nadie, me la digo entera.

Es que si le hago la foto, la tengo.

Y si la tengo, dentro de tres meses, cuando esto se haya acabado el día 19 tal y como está escrito, yo voy a ser un hombre de treinta y cuatro años sentado en un estudio de la Alfalfa mirando la foto de una mujer que se durmió en su sofá una noche de septiembre.

Y yo he visto eso. Lo he visto en el pasillo de mi madre durante veinte años.

Sé cuánto dura eso y sé lo que pesa.

Así que no.

Esa es la que no tengo, y esa es la que quiero.

CAPÍTULO 18

Candela

La última prueba del vestido de Jimena es el lunes 14 de septiembre a las seis de la tarde, en un taller de la calle Zaragoza, a cinco días de la boda.

Estamos su madre, Charo, Bea y yo.

Yo he estado en unas cuatrocientas pruebas de vestido. Cuatrocientas. Me sé la coreografía entera: la modista con los alfileres, la madre que llora, la amiga que graba con el móvil en vertical, el momento del velo, el momento del espejo.

Me la sé tan bien que hace años que no la veo.

Y hoy, no sé por qué —sí sé por qué—, la veo.

Jimena sale de detrás de la cortina y se sube a la tarima. Y su madre hace el ruido, y Charo hace el ruido, y Bea empieza a grabar en vertical, y la modista se agacha con la boca llena de alfileres.

Y yo hago mi trabajo, porque es lo que hago siempre. Miro el bajo: dos centímetros de más para un camino de albero en cuesta, hay que subirlo. Miro las mangas: va a hacer veintiocho grados a las ocho de la tarde. Compruebo que pueda sentarse, que pueda subir un escalón de veintiún centímetros y que pueda levantar los brazos por encima de la cabeza, porque a las dos de la mañana todas las novias del mundo levantan los brazos por encima de la cabeza.

Todo correcto. Anoto lo del bajo.

Y entonces cometo el error de levantar la vista.

Jimena se está mirando al espejo.

Y es que no está posando. Eso es lo que me destroza. Lleva tres segundos mirándose y se le ha olvidado que hay cinco personas en la habitación, y tiene una cara que yo le he visto dos veces en diecisiete años: una en el hospital cuando su madre salió de quirófano, y otra en una cocina en enero, a las tres y diez de la mañana, por teléfono.

Y se pone a llorar.

Y yo, que tengo el móvil en la mano abierto por el chat de los autobuses, noto que se me llenan los ojos y me quedo helada.

Porque esto no me pasa. Esto no me ha pasado nunca en cuatrocientas pruebas de vestido.

—Cande —dice Jimena, desde la tarima, mirándome por el espejo—. ¿Estás llorando?

—No.

—Estás llorando.

—Tengo una cosa en el ojo.

—¡Mamá, Cande está llorando!

Y las cuatro se giran hacia mí a la vez, y yo digo que me estoy poniendo mala, y salgo al descansillo de la calle Zaragoza a que me dé el aire, y me apoyo en la pared con el móvil en la mano y el chat de los autobuses abierto, y estoy así unos cuatro minutos.

Cuatro minutos.

Todo dura cuatro minutos de un tiempo a esta parte.

A los tres y medio sale Charo.

No dice nada. Se apoya en la pared de enfrente, se cruza de brazos y se queda mirando la escalera.

—Estoy bien —digo.

—Ya.

—De verdad, Charo, es que llevo tres noches durmiendo poco y...

—Hija, yo he criado a dos.

Y no dice más. Y en el silencio que viene después noto que esta mujer sabe algo, o intuye algo, o lleva sesenta y ocho años viendo a gente apoyada en paredes.

—Charo.

—Dime.

—Nada.

—Vale. —Se despegas de la pared y me das dos palmaditas en el brazo al pasar—. Anda, entra, que le están subiendo el bajo dos centímetros y tú eres la que ha dicho lo del bajo.

Entro.

* * *

Jimena me baja en el ascensor.

Se ha cambiado, lleva el pelo recogido con una pinza y una bolsa de tela con las sandalias de la prueba, y es otra vez una mujer de treinta y dos años que trabaja en una gestoría y no una aparición en una tarima.

—Cande.

—Está perfecto. El bajo se sube dos centímetros y ya está.

—Cande.

—El velo yo no lo pondría en el camino, con el levante te va a...

—Candela.

Me callo.

El ascensor es de los antiguos, de los que van despacio. Quedan cuatro plantas.

—Llevo diecisiete años contigo —dice Jimena—. Te vi cuando murió tu abuela. Te vi cuando te dejó el imbécil de Álex. Te vi el día que dejaste la agencia y montaste la tuya con tres mil euros.

—Ya.

—Y no te he visto llorar nunca. Ni una vez. Ni en el tanatorio de tu abuela.

Miro el suelo del ascensor.

—Es que hoy...

—No. —Me coge la mano—. No me lo cuentes.

Levanto la cabeza.

—¿No?

—No, porque yo me caso el sábado y estoy insoportable, y si me lo cuentas ahora te lo voy a estropear. —Sonríe—. Me lo cuentas el día 20. Nos sentamos, me lo cuentas entero y yo te digo lo que pienso, que ya sabes que va a ser bastante.

—El día 20 estarás en un avión.

—El día 21, entonces. O el 30. O en octubre. —Se encoge de hombros—. Me da igual la fecha, Cande. Solo quiero que sepas que hay una.

Se abre el ascensor.

Y yo salgo a la calle Zaragoza con la sensación clarísima de que mi mejor amiga me acaba de hacer, sin saberlo, la misma pregunta

que me hizo Bruno anoche por WhatsApp y que Rocío me va a hacer mañana por la mañana.

Todo el mundo lleva una semana señalándome el mismo hueco del calendario.

* * *

Bruno me escribe a las once y veinte de la noche.

¿Estás despierta?

Sí.

El 3 de octubre hay una exposición en el CAAC. Un tío que fotografió a su mujer todos los días durante veintidós años.

Ah.

¿Vamos?

Me quedo mirando el móvil en la cama, a oscuras, y noto cómo se me para todo por dentro.

El 3 de octubre.

Es una frase de nueve palabras. No es una petición de mano, no es una declaración, no es nada. Es un tío proponiendo ir a una exposición un sábado.

El problema es la fecha.

Porque el 3 de octubre es catorce días después del 19 de septiembre, y el 19 de septiembre esto se acaba, y eso lo dije yo, en voz alta, sentada en una cama de Cádiz con la sábana subida hasta el pecho, y él dijo vale.

Y ahora me está preguntando, con toda la educación del mundo y sin decirlo, si el vale sigue en pie.

Tardo once minutos en contestar.

¿Veintidós años fotografiando a la misma mujer? Eso no es amor, eso es un TOC.

Tres puntos suspensivos. Aparecen. Desaparecen. Aparecen.

Ja.

Y luego, a los dos minutos:

¿Te vienes a mi casa?

Y me voy a su casa.

* * *

Y esto es lo que hago, y lo hago a sabiendas, y lo hago igual.

Cojo el coche a las doce menos veinte de la noche a cinco días de la boda más importante de mi carrera. Aparco fatal. Subo. Y en cuanto abre la puerta, antes de que le dé tiempo a decir una palabra, lo beso en el descansillo, y sigo besándolo dentro, y no le dejo hablar en ningún momento, y no es casualidad.

Porque yo sé cómo se desactiva una conversación.

Trece años. Yo desactivo conversaciones para vivir. Sé cómo se le quita a una madre de novia la idea de las peonías sin decirle que no. Sé cómo se saca a una tía del vestido verde de una fila reservada sin que se entere de que la están sacando.

Y sé, porque lo estoy haciendo ahora mismo, cómo se le quita a un hombre una pregunta de la boca.

Funciona. Claro que funciona.

Y funciona porque él me deja, y esa es la parte que no me voy a perdonar durante bastante tiempo. Porque en algún momento, entre el descansillo y el dormitorio, Bruno dice mi nombre de una manera que no es la de siempre —una sola vez, con una interrogación al final— y yo hago como que no lo he oído.

Y a las dos de la mañana estamos los dos boca arriba en su cama mirando el techo, y él tiene un brazo debajo de mi cuello, y yo estoy despierta.

—Candela.

—¿Mmm?

—No has contestado.

—He contestado.

—Has hecho un chiste sobre un TOC.

—Es que es un TOC. Veintidós años, Bruno. Ocho mil fotos de la misma señora desayunando.

—Ocho mil treinta y siete.

—¿Lo has mirado?

—Claro que lo he mirado.

Y se queda callado.

Y no insiste. Igual que en el bordillo de la Corchuela en febrero, igual que en el aparcamiento de Buenavista en julio. Este hombre no

insiste nunca, y yo llevo ocho meses agradeciéndoselo, y esta noche, por primera vez, me gustaría muchísimo que insistiera.

Que insista. Que se enfade. Que me diga «me estás usando para no hablar».

No dice nada. Me da un beso en el hombro y se duerme.

Y yo me quedo despierta hasta las tres y media mirando una grieta del techo de un hombre al que le quedan cinco días, y haciendo una cosa que me da mucha vergüenza confesar: repasando la agenda del 3 de octubre.

Está libre. Claro que está libre. Es el primer sábado sin boda desde mayo.

* * *

El martes 15, a las ocho y media de la mañana, Rocío entra en la oficina con dos cafés y se sienta enfrente de mí.

—Los tarjetones están.

—Bien.

—Los autobuses confirmados.

—Bien.

—Y el módulo de baños llega el viernes a las once.

—Bien.

Deja el café en mi mesa. No se va.

—¿Qué? —digo.

—Nada.

—Rocío.

—Que qué vas a hacer el día 20 —dice.

Levanto la cabeza.

—¿El día 20?

—El domingo. —Se encoge de hombros y le da un sorbo a su café—. El día después.

Y yo abro la boca para contestar y no me sale nada, y Rocío se levanta, coge su carpeta y se va a su mesa como si no hubiera dicho nada.

Y yo me quedo delante de un café que se enfría, en la oficina de la calle Feria, con el ventilador de pie girando en septiembre.

El día 20.

Nunca he pensado en el día 20.

Llevo ocho meses con un cronograma que termina a las cuatro y media de la mañana del 20 de septiembre con la salida del segundo autobús.

Y después de esa línea no hay nada escrito.

Abro el documento. Voy al final. Bajo con la rueda del ratón hasta la última fila de la tabla:

04:30 — Salida autobús 2 (Sevilla). Fin de servicio.

Y debajo hay un espacio en blanco de tres páginas, porque en su día dejé margen por si había que meter algo.

Me quedo mirando ese blanco un rato largo.

Y luego hago una cosa que no le he contado a nadie y que no pienso contarle a nadie: escribo, en la primera línea del blanco, *3 de octubre — CAAC*, y me quedo mirándolo ocho segundos, y le doy a deshacer.

Cierro el portátil.

—Rocío.

—¿Qué?

—El módulo de baños llega el viernes a las once, ¿no?

—A las once.

—Bien.

—Bien —dice ella, y no levanta la vista de su mesa, y en su tono hay una cantidad de información que prefiero no analizar.

CAPÍTULO 19

Bruno

El miércoles 16 subimos al cortijo a las cuatro de la tarde para el replanteo definitivo, y a las diez y media de la noche seguimos allí.

No es un plan. Ocurre.

Ocurre porque la toma de agua prevista para el módulo de baños no encaja y hay que replantearla entera, y porque el del sonido se retrasa dos horas, y porque el proveedor de la iluminación de la parra no aparece hasta las ocho, y porque a las nueve y media, cuando terminamos, llevamos los dos catorce horas despiertos y hay ciento noventa kilómetros hasta Sevilla.

Paco Nieto lo resuelve en once segundos.

—Arriba hay dos habitaciones —dice—. Las camas están hechas desde julio.

—Paco, no hace falta que...

—Hija, son las diez de la noche. —Se sube la boina—. Yo me bajo a mi casa. El agua caliente tarda un poco. Buenas noches.

Y se va.

Y ahí nos quedamos: en un cortijo del XIX vacío, en mitad de la nada, a diecisiete kilómetros del pueblo, tres días antes de la boda.

Candela se queda mirando el camino por el que se ha ido Paco.

—Ha sido a propósito —dice.

—Paco tiene setenta y cuatro años.

—Paco tiene setenta y cuatro años y ha visto ciento y pico bodas. —Se cruza de brazos—. Ese hombre lee a la gente mejor que tú y que yo juntos.

* * *

Cenamos lo que hay, que es un tupper de la carrillada de la prueba de Salvador que ella llevaba en la nevera del coche desde junio y que decido no cuestionar, media barra de pan y una botella de tinto que Paco ha dejado encima de la mesa de la cocina sin decir nada, lo cual confirma la teoría.

Cenamos en el patio, debajo de la parra, sin luz eléctrica, porque el grupo electrógeno está desconectado hasta el viernes y porque hay luna.

Y aquí es donde tengo que explicar una cosa.

Yo he fotografiado ciento y pico bodas en sitios bonitos. Sé lo que hace un sitio bonito con la gente. Es mi oficio y llevo doce años usándolo a mi favor.

Y aun así, el patio del Cortijo de la Alameda, vacío, en septiembre, a las once y media de la noche, con la parra encima y el valle negro entero abriéndose al fondo, es la primera vez en mi vida que un sitio me hace algo a mí.

Ella está sentada enfrente, descalza, con los pies en el travesaño de la silla y la copa en la mano.

Y no dice nada durante mucho rato.

Luego, sin venir a cuento:

—Paco perdió a su mujer hace nueve años.

—Lo sé.

—Y sigue viviendo abajo, en la casa pequeña, con el cortijo entero vacío encima. —Da un trago—. Me lo contó en marzo, subiendo por el camino de los olivos, entre el consumo del generador y las medidas del módulo de baños. Y me dijo otra cosa que llevo seis meses sin poder tirar.

—¿Cuál?

—Que a él lo invitan a casi todas las bodas que se celebran en su casa y que no sube nunca. Que no le parece bien. —Me mira—. Que es el día de ellos y no el suyo.

—Es bonito.

—Es horrible, Bruno.

—¿Por qué?

—Porque yo llevo trece años diciendo eso mismo. —Deja la copa en la mesa—. Es el día de ellos. Yo estoy detrás del seto. Yo no salgo en las fotos. Yo cuento las sillas cuando se han ido todos.

Se queda mirando el valle negro.

—Y en marzo lo anoté en la carpeta porque me pareció una frase preciosa de un señor entrañable. Y llevo desde entonces

pensando que ese hombre y yo tenemos la misma frase, y que él la dice por respeto y yo la digo por otra cosa.

—El sábado, a esta hora —dice al final—, aquí va a haber ciento cuarenta personas.

—Sí.

—Y el domingo por la mañana no va a haber nadie.

—También.

Le da un trago al vino.

—Bruno, ¿tú a qué hora te vas el domingo?

Y yo pongo la copa en la mesa muy despacio, porque acabo de entender que llevo tres días esperando esta pregunta y que ella la acaba de hacer de la única manera en que sabe hacerla, que es como si fuera una cuestión de logística.

—A la hora que tú me digas —contesto.

Y se le queda la copa a medio camino.

* * *

No hay prisa ninguna, y eso es lo que lo cambia todo.

En Cádiz fue una habitación de metro treinta y cinco, un aire acondicionado que hacía ruido y ocho meses de retraso reventando a la vez. Esto no se parece en nada.

Subimos por una escalera de piedra con el móvil encendido porque no hay luz. La habitación tiene una cama de hierro, un armario y una ventana sin cortina que da al valle, y por esa ventana entra una luna que ilumina más de lo que debería.

La desnudo despacio y ella me deja.

Eso es lo nuevo. En Cádiz cruzó los brazos y tuve que bajárselos. Aquí, cuando doy un paso atrás para mirarla, se queda quieta con la luz de la luna dándole en un lado entero del cuerpo, y no se tapa, y aguanta, y me mira mirarla durante un tiempo que no soy capaz de medir.

—¿Qué? —dice, en voz baja.

—Nada.

—Estás haciendo lo del camino.

—Estoy haciendo lo del camino.

Y se ríe, y viene ella, y ya no hablamos más.

Es lento todo. Es lento porque hay tiempo, porque nadie va a llamar a la puerta y porque no hay ningún claxon a doscientos metros. Me toma el pelo dos veces y una tercera se le va la voz a mitad de la frase. Le sujeto la cara con las dos manos y ella me aparta las manos y se las lleva a otro sitio, con una determinación que me deja sin argumentos.

Hay una diferencia con Cádiz que tardo un rato en localizar y que no tiene nada que ver con la cama, ni con el sitio, ni con la luna.

Es que habla.

En Cádiz no habló. En Cádiz hubo ocho meses reventando a la vez y una urgencia que no dejaba sitio para nada más. Aquí me dice lo que quiere. Me lo dice en voz baja, contra la boca, con una naturalidad que no le he oído nunca ni siquiera hablando de generadores, y yo hago lo que me dice, y luego ella se calla porque ya no puede.

Y en algún momento, cuando le pregunto una cosa, contesta que sí con la cabeza contra mi hombro y las manos agarradas a la sábana.

Hay un momento en que estoy debajo y ella encima, con las dos manos apoyadas en mi pecho y el pelo cayéndole hacia delante, y se para.

Se queda quieta.

Y baja hasta apoyar la frente en la mía, y respira, y no dice nada, y yo tampoco.

Ese es el momento. No lo otro.

Después nos quedamos atravesados en una cama de hierro que también es demasiado pequeña, en un cortijo vacío, con la ventana abierta. Se oyen grillos y nada más.

Ella tiene la cabeza en mi hombro y me está dibujando algo en el pecho con un dedo, muy despacio, y creo que ni se da cuenta de que lo está haciendo.

—¿Qué escribes?

—No escribo nada.

—Llevas cinco minutos.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

Silencio largo.

—En que este sitio te lo inventaste tú —dice—. En marzo. Yo traje tres fincas correctas y tú trajiste esta, y yo dije que era un desastre logístico, y tenía razón, y me ha costado ciento veinte horas de trabajo que no he facturado.

—Ya.

—Y el sábado mi mejor amiga va a bajar por ese camino a las siete menos ocho de la tarde y va a ser lo más bonito que he montado en trece años.

Y ahí, en ese momento exacto, con la ventana abierta y los grillos y su dedo parado en mi pecho, es cuando lo digo.

No lo tenía preparado. Llevo semanas montando discursos, versiones largas, argumentos con estructura. Y lo que me sale, a las tres y veinte de la mañana del jueves 17 de septiembre, son ocho palabras:

—Yo no quiero que se acabe el domingo.

Se le para el dedo del todo.

Y tarda unos cuatro segundos.

—Bruno.

—No hace falta que contestes ahora.

—Es que eres un romántico insoportable. —Y me da un beso en el pecho, ahí donde estaba dibujando, y se ríe bajito—. Que te lo tengo dicho, que estas cosas se dicen a las tres de la mañana y luego con la luz del día quedan fatal.

Le sale con una ternura enorme.

Es una respuesta cariñosa, es divertida y no me deja mal en absoluto: cualquiera diría que esta mujer me acaba de contestar.

No me ha contestado.

Se duerme a los diez minutos, y yo me quedo despierto mirando una viga.

Llevo doce años ganándome la vida esperando. Espero cuarenta minutos por una luz. Espero tres horas a que una novia se olvide de que estoy en la habitación. He esperado dos años enteros a que un hombre al que fotografié en 2019 me devolviera una llamada.

Sé esperar. Es lo único que sé hacer bien.

Lo que no había hecho nunca, hasta esta noche, es preguntarme cuánto.

* * *

Por la mañana, a las siete y media, bajamos al patio y Paco Nieto ya está allí, sentado a la misma mesa, con un café y la boina puesta.

—Buenos días —dice, sin levantar la vista del móvil, en el que está leyendo el parte meteorológico con un dedo.

—Buenos días, Paco.

—El sábado, veintiocho grados y viento flojo de poniente. —Guarda el móvil—. Hay café hecho.

Y no dice ni una palabra más sobre nada, en ningún momento, con una elegancia que voy a recordar toda la vida.

Volvemos a Sevilla a las nueve. Ella conduce.

Y en algún punto entre Vejer y Los Palacios, sin apartar los ojos de la carretera, dice:

—Bruno.

—Dime.

—Lo de anoche.

—No hace falta que...

—Lo sé. —Cambia de carril—. Solo quería decirte que lo oí.

Y luego pone el pódcast de gestión de crisis en eventos y lo escuchamos ciento cuarenta kilómetros.

Y en ese coche, con un tío hablando por los altavoces sobre protocolos de evacuación en recintos al aire libre, es cuando entiendo la diferencia exacta entre lo que yo he pedido y lo que ella me ha dado.

Yo he dicho que no quiero que se acabe.

Ella ha dicho que me ha oído.

Quedan dos días.

CAPÍTULO 20

Candela

Dani duerme en casa de su madre la noche del jueves porque Charo Salgado ha decidido, en algún momento de agosto y sin consultarlo con nadie, que su hijo no va a ver a la novia antes de la boda.

Así que la noche del 17 de septiembre, cuarenta y dos horas antes, yo me quedo a dormir en el piso de Jimena.

No es un plan romántico de última noche de soltera. Es logística: a las siete de la mañana salimos las dos para Vejer con el maletero cargado de cajas, y desde su casa se sale antes.

Cenamos pizza sentadas en el suelo del salón, entre cajas de tarjetones, y a la una y media apago la luz en el sofá cama.

A las dos menos cuarto oigo la puerta del dormitorio.

—¿Cande?

Y por cómo dice mi nombre —tres letras, y ya lo sé— me incorporo antes de que termine.

Jimena está de pie en el marco de la puerta con una camiseta vieja de Dani, descalza, y está temblando.

—No puedo respirar.

—Ven aquí.

—Cande, que no puedo respirar de verdad.

—Que vengas.

Y viene, y se sienta en el suelo con la espalda contra el sofá, y yo me siento detrás de ella y le pongo una mano en el pecho y le digo que cuente, y contamos, y a los cuatro minutos deja de temblar y empieza a llorar, que es peor y es mejor.

—Es normal —le digo—. Le pasa al ochenta por ciento.

—No es eso.

—Jime, de verdad que le pasa a...

—Que no es eso, Candela.

Se seca la cara con la camiseta.

—Es que esta tarde he estado en casa de mi madre —dice—. Y he visto una foto de mi padre.

Ah.

El padre de Jimena se fue de casa en 2004. No se murió: se fue. Y sigue vivo, y vive en Huelva, y no viene a la boda porque no está invitado, y esa decisión la tomó ella en marzo y me costó tres conversaciones.

—Estuvieron dieciocho años —dice—. Dieciocho. Y en las fotos de su boda salen igual que nosotros. Cande, salen igual. Con la misma cara.

—Jimena.

—Yo he visto esa foto mil veces y siempre la he visto como el principio de una cosa que salió mal. Y hoy la he mirado y he pensado: esa mujer de ahí tiene veintiséis años y está convencidísima. —Se le rompe la voz—. Está tan convencida como estoy yo.

—Jime...

—Y mi madre lleva veintidós años diciendo que aquel día fue el más feliz de su vida, y a mí eso me daba una ternura enorme y ahora me da un pánico que no te puedes imaginar. —Se gira—. ¿Y si dentro de veinte años yo soy ella? ¿Y si dentro de veinte años Dani y yo somos tus padres?

Y ahí.

Ahí es donde yo debería haber dicho lo que dice todo el mundo. Que Dani no es su padre. Que ella no es su madre. Que ellos son ellos y que van a estar bien.

Eso es lo que se dice. Eso es lo que hay que decir a las dos de la mañana a una mujer que se casa el sábado. Y no cuesta nada, y no es mentira del todo, y funciona.

Yo se lo he dicho a novias que no conocía de nada. Se lo dije en 2019 a una chica de Utrera que se me derrumbó en un probador, y a una en 2022 que llamó a mi móvil personal a las once de la noche. A las dos les dije que iban a estar bien y las dos se casaron y yo no tenía ni idea de si iban a estar bien.

Pero eso se le dice a una clienta.

A Jimena no le puedo mentir. Llevo diecisiete años sin mentirle y me parece que esa es la parte buena de lo nuestro.

Y llevo dos semanas durmiendo tres horas, y tengo delante a la persona que más quiero en el mundo con una camiseta vieja y la cara destrozada.

Y yo no consuelo. Yo resuelvo.

* * *

—Vale —digo—. Escúchame.

Se limpia la nariz.

—A lo mejor sí.

—¿Qué?

—Que a lo mejor sí, Jimena. A lo mejor dentro de veinte años sois mis padres. —Le cojo las dos manos—. Y no te lo digo para hacerte daño. Te lo digo porque llevas veinte minutos pidiéndole a alguien que te garantice una cosa que no puede garantizar nadie, y eso te va a destrozar el sábado.

—Cande...

—No. Escúchame, que esto sí te sirve. —Y me sale entero, ordenado, como me sale todo—. El sábado te vas a casar, y va a ser precioso, y os lo merecéis los dos. Pero la parte del «para siempre» no te la creas. No porque sea mentira: porque nadie tiene esa información. Ni tú, ni Dani, ni el que oficie.

Jimena me mira con los ojos rojos.

—Así que tú cástate por lo que tienes ahora. Que es mucho, y es bueno, y yo lo he visto. —Le aprieto las manos—. Y protégete. Ten tu trabajo, ten tu cuenta, ten tu vida aparte, y no te disuelvas dentro de él, y así, si un día se acaba, te quedas tú entera.

—Ya.

—Se coge lo que hay mientras hay, Jime. Y cuando se acaba, se cierra y no se mira atrás. Eso no es ser fría. Eso es lo único que te deja disfrutarlo mientras dura.

Se hace un silencio.

Y en ese silencio yo estoy convencidísima de que le acabo de dar el mejor consejo de mi vida.

* * *

Jimena me suelta las manos.

Se seca la cara otra vez. Respira hondo. Y luego hace una cosa que no me espero, que es sonreír.

—Gracias —dice.

—¿Estás mejor?

—Estoy mejor. —Se recoge el pelo con las dos manos—. Y no lo voy a hacer.

—¿El qué?

—Eso.

Se levanta. Va a la cocina, se sirve un vaso de agua, se bebe medio y se apoya en la encimera.

—Yo el sábado me voy a creer la parte del para siempre —dice—. Entera. Y ya sé que no me la puede garantizar nadie, y me da igual, y no me lo estoy creyendo por tonta. Me lo voy a creer porque es lo que quiero prometer.

—Jimena, yo solo digo que...

—Ya sé lo que dices, Cande. Llevo diecisiete años oyéndotelo decir. —Sonríe, y no hay reproche ninguno, que es lo que hace que me duela después—. Y te quiero muchísimo, y me has quitado el ataque de ansiedad en cuatro minutos, y no me voy a llevar el consejo.

—Vale.

—Porque tú me has dicho que me proteja. —Deja el vaso en la encimera—. Y yo no me quiero proteger, Cande. Yo me quiero meter entera. Si sale mal, saldrá mal y me hará polvo, y estaré tres años como estuvo mi madre, y aun así prefiero eso a casarme el sábado con una salida de emergencia señalizada.

—Eso es una barbaridad.

—Es una barbaridad —dice—. Es una barbaridad como una casa, y por eso se hace con vestido largo y ciento cuarenta testigos.

Y se ríe. Y yo también, porque no me queda otra.

—Y ahora nos vamos a dormir, que salimos a las siete.

Y me da un beso en la cabeza al pasar, y se mete en su habitación, y a los diez minutos la oigo dormir.

Yo me quedo sentada en el suelo del salón, entre cajas de tarjetones, sintiéndome mejor de lo que me he sentido en dos

semanas.

Porque he hecho mi trabajo. La he sostenido. Se ha calmado. Se casa.

Y no ha pasado nada malo. Nada.

* * *

A las dos y cuarenta, cuando me estoy levantando para volver al sofá cama, veo la luz.

Es la luz del recibidor. Está encendida.

Y en el recibidor, de pie, con las llaves de Dani en una mano y una cajita de terciopelo en la otra, está Bruno Salgado.

Los gemelos de su padre.

Se me olvida por completo que existían. Dani los quería para el sábado y estaban en el cajón de Jimena, y su hermano ha conducido desde Bormujos a las dos y media de la mañana a recogerlos porque a Dani se le ha olvidado.

Y por la posición en la que está —parado, sin avanzar, a dos metros de la puerta del salón— sé cuánto tiempo lleva ahí.

—Bruno.

—Ya me iba.

—¿Cuánto llevas?

—Candela, de verdad, ya me iba.

—¿Cuánto llevas ahí?

Y me mira.

Y no hay reproche en esa cara, ni enfado, ni nada de lo que yo sabría manejar. Hay una cosa mucho más tranquila y mucho peor.

—Lo suficiente —dice.

Se guarda la caja en el bolsillo. Abre la puerta.

—Mañana a las nueve estoy en el cortijo —dice—. Buenas noches.

Y se va.

Y yo me quedo en el pasillo, a oscuras, repasando en tiempo real todo lo que he dicho en los últimos diez minutos, buscando cuál es la frase.

La encuentro enseguida. Claro que la encuentro.

Se coge lo que hay mientras hay. Y cuando se acaba, se cierra y no se mira atrás.

Eso no se lo he dicho a Jimena.

Se lo he dicho a él. Se lo dije el 6 de septiembre, en una habitación de hotel de Cádiz, con la sábana subida hasta el pecho y una lista mental de ciento cuarenta invitados. Se lo dije con otras palabras y con un envoltorio mucho más elegante —lo de la familia, lo de los bautizos, lo de que era matemática y no filosofía—, pero es esa frase.

Y él acaba de oírme decírsela a otra persona a las dos y media de la mañana, sin envoltorio, como una convicción.

Vuelvo al sofá cama. Me tumbo. Miro el techo del salón de Jimena.

Y a las tres y diez, cuando todavía no me he dormido, entiendo la segunda parte, que es peor que la primera.

No estoy preocupada por lo que le he dicho a mi amiga.

Estoy preocupada por lo que él ha oído.

Y una persona que se preocupa por eso no está gestionando un proveedor.

CAPÍTULO 21

Bruno

El viernes 18 el cortijo es una obra.

Llegan las mesas a las diez. Llegan el módulo de baños a las once. A la una monta el catering la tienda de cocina en la explanada norte y hay una discusión de cuarenta minutos con las piquetas porque el albero está suelto, tal como ella dijo en marzo.

A las cuatro llega la floristería. A las seis, Curro con el sonido. A las ocho, el grupo electrógeno, que hace un ruido que se oye desde Vejer hasta que le montan la caja acústica.

Y entre todo eso, ciento cuarenta sillas, ochenta metros de guirnalda en la parra y una mujer con una carpeta que no ha parado desde las nueve de la mañana.

Trabajamos juntos siete veces a lo largo del día. Siete. Con normalidad absoluta.

Y es una normalidad rarísima, porque no está fingida. No hay tensión, no hay frialdad, no hay indirectas. Lo que hay es una mujer que necesita saber a qué hora quiero a los novios en el olivar y un fotógrafo que se lo dice, y los dos haciendo su trabajo mejor que nunca.

A las doce y media resolvemos entre los dos, en un momento, un problema con la posición del arco que a Loli la tenía frita desde las once.

A las cinco me pregunta si necesito luz en la explanada del aparcamiento y yo le digo que sí, que a las diez de la noche eso es una trampa, y ella lo apunta y a las siete hay dos focos montados que no estaban presupuestados.

A las nueve y media cenamos de pie, con el equipo entero, unos bocadillos que ha traído Rocío. Estamos los dos en la misma mesa. Hablamos de la previsión de viento.

Y esto es lo que nadie te cuenta: que se puede tener el corazón hecho polvo y a la vez pasarlo bastante bien montando una boda con la persona responsable.

Yo hago mi trabajo, que hoy consiste en fotografiar el montaje —eso no está en la lista de nadie, pero dentro de veinte años a mi hermano le va a interesar más el albero levantándose de la carpa que las cuarenta y dos tomas obligatorias— y en cerrar con ella los tiempos del sábado.

Y a las once y media de la noche, cuando ya se ha ido todo el mundo y el cortijo se queda con las guirnaldas encendidas y ciento cuarenta sillas vacías debajo de la parra, ella baja al patio con una botella de agua y se sienta.

Yo estoy guardando el equipo.

—Bruno.

—Dime.

—Siéntate un momento.

Me siento.

* * *

Candela

Llevo dieciocho horas montando esta frase y sale mal igual.

—Lo que oíste anoche no iba por ti.

—Ya lo sé.

—Era Jimena. Estaba en el suelo del salón sin poder respirar y yo tenía que...

—Candela, ya lo sé. —Deja la mochila en el suelo—. No estoy enfadado por lo que le dijiste a tu amiga. Yo creo que le diste un consejo malísimo con la mejor intención del mundo y que ella hizo bien en no cogerlo, y ya está. Eso no es lo que me tuvo despierto.

—¿Entonces?

—Que te lo crees.

—Bruno...

—Que te lo crees de verdad. —Se pasa las dos manos por la cara—. Yo llevo desde marzo pensando que lo tuyo era una postura. Una cosa que dices para no tener que hablar. Y anoche te oí explicárselo a la persona que más quieres en el mundo, a las dos de la mañana, cuando no había nadie delante a quien impresionar.

Me quedo callada.

—Y ahí entendí que no es una postura. Que es tu sistema operativo.

—Vale, ¿y qué pasa si lo es?

—Que entonces yo soy lo que hay mientras hay.

Y ahí está.

Y yo, que llevo dieciocho horas esperando esta frase, no tengo nada preparado.

—Eso no es justo —digo.

—¿Cuál es la parte que no es justa?

—Que lo digas como si te hubiera engañado. —Y me sale más fuerte de lo que quería—. Yo te lo dije, Bruno. Yo te lo dije el día 6, en Cádiz, sentada en una cama, antes de nada. Te dije que esto terminaba el 19 y tú dijiste vale.

—Sí.

—No te he mentado ni una vez.

—No.

—¡Entonces no me mires así!

—No te estoy mirando de ninguna manera, Candela. Estoy sentado.

Y es verdad, y eso lo empeora todo, porque yo estoy de pie y llevo dos minutos levantando la voz debajo de una parra a las doce menos veinte de la noche, y él está sentado en una silla Chiavari con las manos en las rodillas.

—Yo he cumplido —digo—. Punto por punto. No te he prometido nada que no vaya a cumplir. ¿Sabes cuánta gente puede decir eso?

—Muchísima.

—¿Perdona?

—Que muchísima gente puede decir eso. —Levanta la cabeza—. Un montón de gente cumple lo que promete, porque promete cosas pequeñas. Tus padres cumplieron todo lo que firmaron en 1988, Candela. Todo. Y por eso llevan treinta y ocho años sentados a esa mesa.

Se hace un silencio enorme debajo de esa parra.

—Eso ha sido bajo.

—Sí —dice, y no se disculpa, y es la primera vez en ocho meses que este hombre no se disculpa por algo—. Ha sido bajo. Y es verdad.

—Tienes razón —dice después, mucho más bajo—. En todo. No me has mentido, me lo dijiste por adelantado y yo dije que sí. Eso es lo que pasó y no hay ni una coma que discutir.

—Pues ya está.

—Y yo dije que sí porque pensé que catorce días eran muchos. Se me cierra la garganta.

—Pensé que te ibas a dar cuenta —dice—. En serio. Lo calculé. Me senté en aquella cama y calculé que en catorce días te ibas a dar cuenta de que esto no era una cosa de dos semanas, y que ibas a venir tú a decírmelo, y que yo no iba a tener que pedirte nada. —Se ríe sin ninguna gracia—. Llevo doce años esperando que la gente baje la guardia sola. Es lo único que sé hacer. Y anoche, en un recibidor, entendí que contigo puedo esperar hasta los ochenta.

—Eso no lo sabes.

—No. —Me mira—. Pero es que no me lo estás desmintiendo. Y tiene razón.

Tiene razón porque tengo la frase aquí, en la boca, desde hace dos semanas, y llevo dos semanas metiéndomela otra vez para dentro, y ahora mismo, con la parra encima y ciento cuarenta sillas vacías, la vuelvo a meter.

Y lo peor es que sé por qué.

Porque si la digo, esto pasa a ser una cosa que se puede perder. Ahora mismo, con fecha de caducidad, esto no se pierde: se termina. Que es distinto y no duele igual, y yo llevo treinta y dos años perfeccionando esa diferencia.

Bruno espera cuatro segundos.

Cuatro.

Luego se levanta y coge la mochila.

—Vale —dice.

—Bruno.

—No, si vale de verdad. —Y lo peor es que lo dice sin rencor, y eso me destroza mucho más que si me gritara—. Vamos a hacer lo que pactamos, que es lo justo. Mañana tú eres la organizadora y yo

soy el fotógrafo, y vamos a hacer la mejor boda que hemos hecho ninguno de los dos, porque se lo debemos a mi hermano y a tu amiga.

—Sí.

—Y cuando salga el segundo autobús, se acaba.

—Bruno...

—Me lo pusiste tú, Candela. Yo solo lo estoy cumpliendo.

Se cuelga la mochila. Da tres pasos hacia el camino. Y se para.

—Una cosa —dice, sin girarse del todo—. Mañana, a las 18:52, tu amiga va a bajar por ese camino, y va a ser lo más bonito que has montado en trece años. Lo dijiste tú el miércoles, en esta misma mesa.

—Sí.

—Y va a durar cuarenta segundos. Cuarenta.

Ahora sí se gira.

—Y lo vas a estar recordando el resto de tu vida. Eso también se acaba, y no se te ha ocurrido ni una sola vez pensar que por eso no vale la pena. —Se encoge de hombros—. Con lo tuyo y lo mío sí se te ha ocurrido. Ya me dirás por qué.

Y se va por el camino de albero hacia la casa de abajo, y las guirnaldas de la parra siguen encendidas, y yo me quedo sentada sola en el patio del Cortijo de la Alameda a las doce menos veinte de la noche.

Hago lo que hago siempre.

Saco la carpeta. Repaso el planning del sábado de principio a fin, las dieciocho páginas, línea por línea, con un bolígrafo en la mano, a las doce y cuarto de la noche, sola, debajo de una parra, en una finca vacía con ciento cuarenta sillas puestas.

Tardo cincuenta minutos. No encuentro un solo error.

He ganado la discusión.

No he perdido ni un punto. Se lo dije por adelantado, él aceptó, yo he cumplido el pacto entero y él ha reconocido, delante de mí, que tengo razón en todo.

Nunca en mi vida me he sentido peor teniendo razón.

CAPÍTULO 22

Candela

Sábado 19 de septiembre. 05:40.

El despertador suena y yo ya estoy despierta, porque llevo despierta desde las tres.

A las 06:15 estoy en el cortijo con Rocío. A las 06:20 miro el cielo y se me huela la sangre.

Hay una banda de nubes bajas viniendo del oeste que no estaba en ningún parte meteorológico del mundo.

—Cande.

—Lo veo.

—¿Activamos plan B?

—Todavía no.

El plan B es una carpa transparente de doce por veinte que está desmontada en un camión en Conil y que cuesta mil doscientos euros levantar. Si la levanto y no llueve, he tirado mil doscientos euros de los novios y he tapado la parra. Si no la levanto y llueve, tengo ciento cuarenta personas debajo del agua.

A las 07:10 llamo a Paco Nieto.

—Paco, ¿usted qué dice?

—Que eso se abre.

—¿Seguro?

—Hija, llevo aquí setenta y cuatro años. —Se oye una cafetera de fondo—. Eso viene de poniente, entra por Conil y se va por Medina. A las once no queda nada.

A las once no queda nada.

Y a las once y cuarto sale un sol de septiembre que va a estar veintiocho grados hasta las nueve de la noche, y yo miro a Paco Nieto desde el otro lado del patio y él se toca la boina y sigue barriendo.

Rocío se me acerca a las once y veinte con dos cafés.

—Cande.

—Estoy bien.

—No te he preguntado.

—Rocío, hoy no.

—Vale. —Me da el café—. Pero luego sí.

Y se va a comprobar los tarjetones.

Ella lo sabe. Lo sabe desde que llegamos ayer, porque a las nueve de la mañana del viernes yo entré en el cortijo con una cara y ella me miró una vez y no volvió a preguntarme nada en todo el día, que es su manera de decirme que lo sabe.

Y también sabe, porque no es idiota, que hoy no se puede hablar de eso.

Hoy hay ciento cuarenta invitados.

* * *

El resto del día es el mejor trabajo que he hecho en mi vida.

Lo digo sin ninguna modestia y sin ninguna alegría, porque son las dos cosas a la vez.

A las 11:40 llega la floristería con el arco y falta la mitad del eucalipto; lo rehacemos con lo que hay del centro de la mesa presidencial y se nota que falta, y no lo sabe nadie más que yo.

A las 13:00 se rompe una manguera del grupo electrógeno. A las 13:35 está arreglada.

A las 17:20 llegan los autobuses y descargan ciento cuarenta personas en una explanada en cuesta con tacón, y no se cae nadie, porque llevo desde marzo con esa explanada en la cabeza.

A las 17:50 empieza lo que yo llamo la hora tonta, que es cuando ya está todo hecho y todavía no ha empezado nada, y es la hora en la que se estropean las bodas. Un invitado descubre la barra antes de tiempo. Una madre decide que las flores del arco están torcidas. Un niño se cae en el albero.

Hoy es un tío de Jimena que quiere ver la cocina.

—Señor, la cocina es una tienda de campaña con dieciséis personas trabajando y aceite a ciento ochenta grados.

—Es que yo he sido cocinero.

—Y yo he sido paciente.

Se ríe. Se va. Le mando una cerveza.

A las 18:10, la tía Reme se sienta donde no debe. Y yo, sin pensar, sin ni siquiera ir yo, mando a Rocío con la maniobra número uno: nada de mover a Reme; mover a la señora de al lado con la excusa de la silla de ruedas de un abuelo que no existe, y esperar a que Reme se levante sola.

Se levanta sola.

A las 18:20 subo un momento a la habitación de la novia, la de la cama de hierro y la ventana sin cortina, que es la misma habitación en la que dormí el miércoles y en la que un hombre me dijo ocho palabras a las tres y veinte de la mañana.

Le abrocho el vestido a mi mejor amiga. Le compruebo el bajo. Le doy la piruleta que llevo en el bolsillo interior desde 2018, porque hay que darle algo a las manos.

—Estás guapísima —le digo.

—¿Estás bien?

—Hoy no trabajas tú, Jime. Hoy trabajo yo.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Baja a las siete menos diez —digo, y me voy.

* * *

A las 18:44 lo veo por primera vez en todo el día.

Está en el arranque del camino, agachado, haciéndole una foto a la madre de Jimena. Es la número once de mi lista: el padre esperando solo en el hall. Aquí no hay padre —el de Jimena se fue de casa en 2004 y no está invitado, y esa decisión la tomó ella en marzo y me costó tres conversaciones—, así que la ha adaptado sin preguntármelo. La madre, sola, de pie, con el ramo de su hija en las manos, esperando a que le abran la puerta.

La veo hacerla desde veinte metros y me tengo que dar la vuelta.

Él no me ve. O me ve y no me mira, que es lo que va a hacer durante las nueve horas siguientes.

Y no es un desplante. Ahí está lo insoportable: no es un desplante. Es lo que pactamos anoche debajo de la parra y lo está cumpliendo con una precisión de relojero.

* * *

Y a las 18:52, con el patio en silencio y ciento cuarenta personas de pie, Jimena Ríos baja por el camino de los olivos del brazo de su madre.

Ese camino que yo dije que era una barbaridad. Ochocientos metros de albero en cuesta con vestido largo, dos centímetros subidos en la calle Zaragoza el lunes, con el sol de las siete menos ocho dándole de frente por la izquierda entre dos olivos.

Es la cosa más bonita que he montado en trece años.

Y yo estoy en mi sitio, detrás de todo, contra el muro, contando.

Cuento el tiempo de bajada: cincuenta y un segundos, once más de los previstos, porque su madre va despacio y hace bien. Cuento los invitados que se han levantado sin que nadie se lo pida: todos. Cuento el retraso acumulado: seis minutos, que recupero en las fotos de grupo.

Cuento todo eso a la vez que veo a mi mejor amiga desde los quince años llegar al final de un camino de albero que yo dije que era una barbaridad, y coger la mano de un hombre al que le tiembla el labio inferior a ojos vistas, y decirle algo al oído que no oye nadie.

Los votos son largos, porque los votos siempre son largos.

Jimena empieza por «no sé por dónde empezar», como empiezan todos, y yo, contra el muro, con el pinganillo puesto y el cronómetro en la mano, me tengo que morder por dentro del carrillo hasta hacerme daño.

Anillos a las 19:07. Beso a las 19:09.

El arroz vuela.

* * *

El cóctel arranca a las 19:12 con seis minutos de retraso y a las 19:20 los tengo recuperados.

A las 19:35 hace la treinta y uno: los novios con la familia materna del novio, con la tía Reme peinada y todavía sobria. La monta y la resuelve en noventa segundos sin levantar la voz, que es una cosa que yo no le he visto hacer a ningún fotógrafo en trece años.

Y a las 20:05 se los lleva.

Los saca por la puerta del olivar, los baja doscientos metros por el camino de albero y me los devuelve en once minutos. Salvador emplata a las 20:15. El banquete entra a las 20:20.

No se cae una sola ficha del dominó.

Yo estoy detrás del muro, con el pinganillo puesto, viendo a un hombre demostrarme que tenía razón desde enero y que a mí me ha costado ocho meses comprárselo.

Sigue sin mirarme.

* * *

A las 21:35, en mitad del segundo plato, hace la veintisiete: la mesa de los abuelos.

Sin flash.

Eso lo escribí yo en abril, a las nueve y media de la mañana, en un anexo que le mandé por correo. Él me preguntó por qué lo había puesto y yo tardé catorce horas en contestarle la verdad.

Hoy lo cumple sin que se lo recuerde nadie y sin mirarme una sola vez.

* * *

A las 22:15 mis padres bailan.

Eso no me lo esperaba, y ni siquiera lo veo: me lo cuenta Rocío por el pinganillo, con una alegría absurda, mientras yo estoy en la tienda de cocina discutiendo con Salvador los tiempos del postre.

Están en la mesa once. Vinieron porque Jimena los invitó, porque Jimena lleva diecisiete años entrando y saliendo de esa casa y porque mi madre le tejió una bufanda en 2011.

—Cande, están bailando tus padres.

—Vale.

—Que están bailando.

—Vale, Rocío, estoy con el postre.

Y no voy.

Y me paso el resto de la noche pensando en que no fui.

* * *

A las once menos veinte de la noche, con el postre servido y la gente ya levantada de las mesas, yo hago mi ronda de siempre.

Está todo bien. Está todo perfecto. La cocina cerrando, la barra montada y con hielo esperando a que termine el discurso, los autobuses confirmados, el niño de Fali dormido en brazos de alguien.

Y me apoyo en la columna del patio, en mi sitio, contra el muro, y hago la cosa que llevo haciendo trece años, que es mirar la boda de otra gente desde fuera.

Y me descubro girando la cabeza.

Lo hago sin decidirlo. Cada vez que se mueve algo en el borde de mi campo de visión, giro la cabeza para ver si es él. Cada vez que oigo el obturador. Cada vez que se enciende una luz al fondo.

Lo cuento, porque yo cuento todo.

Cuarenta veces entre las once menos veinte y las once y media. Cuarenta.

Y en la número treinta y uno lo encuentro.

Está en el borde del olivar, fuera del círculo de las guirnaldas, agachado, disparando hacia la pista con un objetivo largo. Lleva la camisa arremangada y una segunda cámara colgada del hombro, y a esa distancia y con esa luz podría ser cualquiera, y no es cualquiera.

Y mientras lo estoy mirando, se levanta y se gira ciento ochenta grados y le hace una foto a otra cosa: a una señora de setenta años que se ha quedado dormida en una silla con el bolso agarrado con las dos manos.

Nadie le ha pedido esa foto. No está en las cuarenta y dos. No la va a mirar nunca nadie más que la nieta de esa señora, dentro de quince años, cuando ya no esté.

Y a mí, apoyada en una columna a las once y media de la noche, en mi propia boda perfecta, con el pinganillo puesto y ciento cuarenta personas riéndose a veinte metros, me entran unas ganas horribles de sentarme en el suelo.

No me siento.

Hago la ronda de la cocina y compruebo por tercera vez los autobuses.

CAPÍTULO 23

Bruno

Mi hermano da el discurso a las 23:40, entre el postre y la barra libre, y lo da fatal.

Lo da mucho peor que el de Cádiz. Se le cae el papel, lo recoge, pierde el sitio, dice dos veces «bueno». Charo llora desde la primera frase, que es un récord incluso para ella.

Yo estoy a seis metros, con el 35 milímetros, y no disparo.

Es la única vez en toda la noche que no disparo.

—Yo quería decir una cosa —dice Dani— y no sé decirla, así que la voy a decir mal.

Ciento cuarenta personas calladas debajo de una parra.

—Mi padre se murió cuando yo tenía once años.

Se le va la voz. Espera. Nadie respira.

—Y en casa de mi madre hay once fotos tuyas. Once. Yo las he contado muchas veces. —Traga—. Y son muy malas. Están movidas, salen cortadas, en una está comiendo. Y yo llevo toda la vida enfadado con eso, porque yo con once años no tenía cámara y nadie tuvo la idea de hacerle fotos a mi padre un martes cualquiera.

Charo se lleva la servilleta a la boca.

—Y hoy... —Dani mira el papel, lo deja—. Hoy me caso, y me caso sin él, y eso no se arregla. No se arregla y ya está.

Silencio.

—Pero es que hoy hay un tío ahí detrás —y me señala, y yo no había previsto esto en absoluto—, que es mi hermano, y que lleva doce años haciéndole a la gente las fotos que nadie le hizo a mi padre.

Y ciento cuarenta personas se giran hacia mí a la vez.

Y yo, que me gano la vida siendo invisible en las bodas, me quedo de pie en mitad de un patio con una cámara colgada y ninguna idea de dónde meterme.

—Jime, perdona, que esto iba de ti —dice Dani, y todo el mundo se ríe, y él también—. Ya sigo.

Y sigue. Y lo que dice a continuación lo dice mirando a su mujer, no al papel.

—Yo no te puedo prometer que esto vaya a salir bien.

Ciento cuarenta personas dejan de reírse.

—Es que no puedo. Nadie puede. Mi padre le prometió a mi madre cincuenta años y le dio dieciocho, y no por culpa suya. —Se encoge de hombros—. Así que yo no te voy a prometer el final, Jime, porque el final no lo llevo yo.

Charo tiene la servilleta en la boca y los ojos cerrados.

—Lo que te prometo es lo de en medio. Que voy a estar. Los martes. Cuando esté malo. Cuando estés insoportable, que lo estás bastante.

Risas, y alguien silba, y él espera.

—Y que dentro de cuarenta años, si hay suerte, voy a saber cómo se llamaba el de la charcutería, y quién era su padre, y por qué te daba pena que lo quitaran.

Yo no sé qué es la charcutería. Nadie en este patio sabe qué es la charcutería. Es una cosa de ellos dos, salta a la vista.

Pero a seis metros de mí, en la mesa doce, hay una mujer con una carpeta debajo del brazo que se acaba de quedar inmóvil.

Y esa frase, la de que se casa sabiendo que nada está garantizado y que le da igual, es la que se queda flotando en el patio del Cortijo de la Alameda a las once y cuarenta y cuatro de la noche del 19 de septiembre.

* * *

Candela

Detrás de la tienda de cocina hay un hueco de metro y medio entre la lona y el muro, y ahí es donde estoy a las 23:46, de pie, llorando como llora la gente, con la cara fea.

He aguantado el discurso entero. Las once fotos, el padre, lo de que no puede prometer el final. Todo.

Lo que me ha sacado del patio ha sido la última frase, y he cruzado por el lateral de servicio con la carpeta debajo del brazo,

muy deprisa y sin correr, que es lo único que sé hacer.

Salvador me ve, me da un papel de cocina y no dice nada. Lleva veinte años dando de comer en bodas. Sabe cuándo no se pregunta.

Vuelvo a las 23:55.

Y hago lo que hago siempre después de un discurso, que es trabajar: coordino con Curro el arranque de la barra, compruebo que la tarta esté fuera de la cámara, mando a Rocío a por el ramo.

Todo normal. Todo correcto.

Salvo que llevo veinte minutos con una frase dándome vueltas y no consigo quitármela.

Voy a saber cómo se llamaba el de la charcutería.

Es una frase que no significa nada para las ciento cuarenta personas que hay en este patio. Es una broma privada de un matrimonio de un día. Y yo sé de dónde ha salido, porque yo estaba sentada a esa mesa el 13 de agosto, y porque Bruno cenó allí conmigo, y porque los dos oímos a mi padre decir «el de la charcutería era el hijo de Rafael» y a mi madre repetirlo y a los dos callarse.

Dani no ha sacado eso de la nada.

Se lo ha contado su hermano. En algún momento de estas cinco semanas, mi vida entera ha pasado del salón de mis padres a un discurso de boda, y ha vuelto convertida en una promesa.

Y a las 00:20, cuando cruzo el patio para cerrar con Curro la hora del ramo, paso por detrás de Bruno.

Está de espaldas, mirando la pantalla trasera de la cámara, revisando. Es un gesto que le he visto cuatrocientas veces en ocho meses.

Y yo miro. Por encima de su hombro, sin pararme, como quien no hace nada.

Y lo que hay en esa pantalla me para en seco en mitad de un patio con ciento cuarenta personas alrededor.

Son mis padres.

Manuel y Pilar Ferrer, en el borde de la pista, a las diez y cuarto de la noche, bailando.

Y no están bailando como bailan los matrimonios de treinta y ocho años en las bodas, que es una cosa que se hace por corrección, mirando cada uno hacia un lado.

Mi padre tiene la mano abierta en la espalda de mi madre. Ella tiene la cara girada hacia él y está diciéndole algo, con las cejas levantadas, a mitad de una frase.

Y mi padre se está riendo.

Se está riendo con la boca abierta y los ojos cerrados, echando la cabeza un poco hacia atrás, con una cara que yo no le he visto en treinta y dos años. No en las comidas de los domingos, no en mi graduación, no en el pasillo de las nueve fotografías.

En treinta y dos años.

Y hay un detalle en esa foto que es el que me termina de romper, y es que mi madre no está mirando a la cámara ni está posando ni sabe que existe una cámara.

Está a mitad de una frase.

Le está contando algo. Con las cejas levantadas, con la boca abierta, como cuenta la gente las cosas cuando le importa que la otra persona se entere.

Ese es el hilo del que nadie tira en la mesa de mi casa. Ahí está. Existe. A las diez y cuarto de la noche, en una boda, en un cortijo de Cádiz, a ciento noventa kilómetros del salón donde llevan treinta y ocho años pasándose el aceite.

Y este hombre lo ha cazado en el único segundo en que era verdad, porque es lo que hace, porque lleva doce años sin hacer otra cosa.

—Es de las diez y cuarto —dice Bruno.

No se ha girado. Sabe que estoy detrás.

—Ya.

—Estuvieron dos canciones.

—¿Dos?

—Dos. —Baja la cámara—. La segunda la pidió tu madre.

Y sigue andando hacia el fondo del patio, porque tiene una lista que cumplir y son las 00:22.

* * *

Me siento en el escalón de la puerta de la cocina vieja.

En mitad de mi propio evento. Con el pinganillo puesto y ciento cuarenta personas a veinte metros, me siento en un escalón como no me he sentado en trece años de trabajo.

Y lo entiendo todo de golpe, y no es agradable, y no dura once minutos ni cuatro: dura unos treinta segundos y es como si me abrieran una puerta de una patada.

Mis padres no son una advertencia.

Eso es lo que llevo treinta y dos años haciendo con ellos: usarlos de aviso. Mira esa mesa. Mira esos silencios. Mira lo que le pasa a la gente que se cree la parte del para siempre.

Y resulta que a las diez y cuarto de la noche mi padre se ha reído con la boca abierta con la mano en la espalda de mi madre, y que eso ha existido, y que lleva existiendo lo mismo cuarenta años en algún sitio de esa casa donde yo no he mirado porque decidí a los quince años que allí no había nada.

Ahí no hay nada, dije yo en un coche, en marzo, camino de Vejer.

Ahí ya no hay nada, dijo él. Y me explicó la diferencia y yo dije que era lo mismo.

No es lo mismo.

Que se haya gastado no significa que fuera falso. Significa que era bueno y que nadie lo cuidó, que es mucho más triste y —esta es la parte que me hunde— mucho más arreglable.

Y llevo dos semanas haciendo lo mismo con un hombre que está a quince metros de mí cumpliendo un planning que le escribí yo.

Le he puesto fecha de caducidad a algo por miedo a que se caducara.

He tirado el vino a la pila para no verlo agriarse.

Y aquí, sentada en un escalón de piedra a las 00:23 de la mañana, con la música sonando a veinte metros, me hago la pregunta que llevo treinta y dos años sin hacerme.

¿Y si mis padres no son lo que le pasa a la gente que se cree el para siempre?

¿Y si mis padres son lo que le pasa a la gente que deja de tirar del hilo?

Porque yo he visto la mesa. Yo he visto los treinta y ocho años de aceite y de fruta y del hijo de Rafael. Pero yo no vi 1988, ni 1991, ni el año en que mi madre le contaba cosas con las cejas levantadas todos los días y no solo en las bodas de las hijas de otras.

Nadie los rompió. Se les fue apagando y no lo notaron, porque no se nota. Eso es lo único que aprendí en esa casa y es lo único que aprendí bien.

Y lo que hice con esa información, a los quince años, fue decidir que la solución era no encender nada nunca.

Miro el reloj.

Son las 00:24 del 20 de septiembre. El segundo autobús sale a las 04:30.

Todo lo que dura poco sigue habiendo ocurrido. Me lo llevan diciendo ocho meses y yo estaba ocupada con el catering.

Cuatro horas y seis minutos.

CAPÍTULO 24

Candela

A las 00:31 me quito el pinganillo.

Rocío está en la barra comprobando el hielo. Le pongo el auricular en la mano y ella lo mira como si le hubiera dado un animal vivo.

—¿Qué haces?

—Te dejo el mando.

—Cande, faltan cuatro horas.

—Ya lo sé.

—Que faltan cuatro horas y hay ciento cuarenta personas y a las cuatro y media...

—Rocío. —Le sujeto la mano con las dos mías—. Autobuses confirmados, los dos. El primero a las dos y media, el segundo a las cuatro y media. La música se corta a las 03:55. Los abuelos suben con Fali cuando ellos digan. Salvador cierra cocina a la una. Si llega alguien a preguntar por el ramo, ya se ha lanzado.

—Cande.

—Y si se rompe algo, lo arreglas tú, que llevas dos años arreglándolo todo detrás de mí sin que yo te lo reconozca.

Rocío se queda con el pinganillo en la mano.

—¿Estás bien? —dice.

—No.

—Vale.

Y se lo pone.

Y hace una cosa que no se me va a olvidar: se sube la manga, se coloca el auricular, mira el patio entero de izquierda a derecha igual que me ha visto hacerlo a mí doscientas veces, y dice, con una voz que no es la suya:

—Curro, aquí Rocío. A partir de ahora me hablas a mí.

Y luego me mira y añade, ya con la suya:

—Corre.

Y hay una cosa que quiero apuntar aquí, porque llevo trece años diciéndome una frase que le robé sin querer a un señor de setenta y cuatro años con boina.

Es el día de ellos, no el mío.

Paco Nieto lo dice por respeto. Yo lo llevo diciendo por cobardía. Yo lo digo porque detrás de un seto no te puede pasar nada.

Y esta noche, por primera vez en trece años, salgo del seto.

Cruzo el patio entero por el medio.

Por el medio. No por detrás de las mesas, no por el lateral de servicio, no por el hueco entre la carpa y el muro. Por el medio de la pista, entre ciento cuarenta personas bailando, y tres me paran para decirme que ha sido todo precioso y yo les doy las gracias y sigo andando.

Y a mitad de camino me cruzo con Paco Nieto.

Está en el borde del patio, con la boina puesta, mirando el baile desde fuera, con las manos a la espalda. No ha subido a la boda. No sube nunca.

—Paco.

—Hija.

—Le dijeron que hoy subiera, ¿verdad?

—Me lo dijeron.

—Y no ha subido.

—No.

Lo miro. Setenta y cuatro años. Nueve sin su mujer. Una casa pequeña debajo de un cortijo lleno de guirnaldas encendidas.

—Paco, ¿usted se arrepiente?

Y este hombre, que en ocho meses no me ha dicho más de cuatrocientas palabras, se toca la boina y dice:

—Todos los sábados.

Y sigue mirando el baile.

Yo termino de cruzar el patio.

* * *

Lo encuentro en la explanada norte, junto a la tienda de cocina, guardando el equipo en el maletero del coche. Ha terminado. Son

las 00:38 y él ha terminado su trabajo entero: cuarenta y dos de cuarenta y dos.

—Bruno.

Levanta la cabeza. No dice nada.

Y yo, que llevo trece años preparando cada frase que digo, que ensayo las conversaciones difíciles en el coche, que tengo respuestas montadas para las treinta preguntas más habituales del sector, abro la boca y descubro que no llevo nada preparado.

—No sé decir esto.

—Vale.

—No, en serio, no sé. —Me paso las manos por la cara—. Dame un segundo.

Espera. Claro que espera. Es lo que hace.

—He visto la foto de mis padres.

—Ya.

—Bruno, mi padre se está riendo.

Y ahí se me va la voz, y me tengo que parar, y él da un paso pero no dos.

—Yo he pasado treinta y dos años en esa casa —digo— y he decidido a los quince que allí no había nada. Y no era verdad. Había algo y se gastó, y yo cogí eso y me hice un sistema entero para no tener que verlo nunca más. —Respiro—. Y llevo dos semanas aplicándotelo a ti.

—Candela...

—Déjame terminar, que si me paro no sigo. —Levanto la mano—. No te puedo prometer el para siempre. No sé hacerlo. Y te lo digo de verdad: creo que no me lo voy a creer nunca del todo, y no te voy a mentir esta noche para quedar bien.

—No te lo he pedido.

—Ya lo sé. Ya sé que no me lo has pedido, y por eso estoy aquí. —Y le miro—. Lo que sí tengo es hoy. Y mañana. Y el jueves. Y te puedo prometer que voy a seguir apareciendo, y que si un día dejo de aparecer te lo voy a decir a la cara, y que no te voy a poner ninguna fecha de caducidad nunca más.

Bruno se queda muy quieto.

—Y hay una cosa más —digo, porque si paro ahora no lo digo nunca—. Y es la que me da más miedo de todas.

—Dime.

—Que yo no me voy a dar cuenta.

—¿De qué?

—De cuando empieza a apagarse. —Se me va la voz otra vez—. Mis padres no se dieron cuenta, Bruno. Nadie se da cuenta. No hay un día en que tú te sientas a la mesa y dices «vaya, se ha acabado». Se te va yendo y un martes tienes cincuenta y ocho años y no sabes quién es el hijo de Rafael.

Bruno no dice nada.

—Así que te lo pido yo a ti: si tú lo ves antes que yo, me lo dices. Aunque sea horrible. Aunque yo te diga que no es verdad, que te lo voy a decir.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale, Candela. —Y le sale ronco—. Llevo doce años detectando eso en gente que no conozco. Contigo lo voy a ver desde Utrera.

—Es un discurso malísimo —digo.

—Es malísimo.

—Ya te he dicho que no lo llevaba preparado.

—Se nota mucho.

Y da los dos pasos.

Pero no me toca todavía. Se para a treinta centímetros, con las llaves del coche todavía en la mano, y dice:

—Te voy a pedir una cosa concreta.

—Lo que sea.

—No, escucha, porque es concreta de verdad. —Y ahí es donde se le rompe un poco la voz, y es la primera vez en ocho meses—. No quiero ser un sitio al que vienes, Candela. No quiero ser las dos de la mañana. Ponme en el planning.

—¿Qué?

—Que me pongas en el planning. Con hora. —Se encoge de hombros—. El sábado 3 de octubre, a las doce del mediodía, en el CAAC. Escríbelo donde escribes las cosas que van a pasar seguro.

Saco el móvil.

Delante de él, en la explanada norte del Cortijo de la Alameda, a las 00:44 del 20 de septiembre, abro el calendario y escribo:

Sáb 03/10 — 12:00 — CAAC. Bruno.

Y le doy la vuelta a la pantalla para que lo vea, igual que él me dio la vuelta a la cámara en un camino de albero el 30 de agosto.

Y entonces sí.

* * *

La habitación de arriba tiene una cama de hierro, un armario y una ventana sin cortina, y a las cuatro y media de la mañana, cuando salga el segundo autobús, ninguno de los dos va a estar mirando el reloj.

Es distinto de Cádiz y es distinto del miércoles.

Es distinto porque esta vez no hay nada que aguantar. En Cádiz crucé los brazos y él me los bajó. El miércoles me dejé mirar y aguanté. Y esta noche, cuando me quita el vestido de trabajo con las dos manos y da el paso atrás de siempre, me quedo delante de él sin ningún esfuerzo, y sin ninguna prisa, y sin necesidad de que nadie me diga que no me tape.

—¿Qué? —digo.

—Que me habías dejado sin argumentos.

—Ya lo sé.

—Es un discurso malísimo, Candela.

—Cállate.

Y se ríe contra mi boca, y yo le muerdo el labio, y ahí se acaba la conversación.

Después es lento. Después es larguísimo. Después es una cosa en la que en algún momento le digo su nombre tres veces seguidas y él para y me pregunta qué, y yo le digo que nada, que sigo, que no pare, y él se ríe otra vez.

Y hay una diferencia con las otras dos veces, y la localizo enseguida porque no se puede no localizar.

Es que no estoy despidiéndome.

En Cádiz me estaba despidiendo y no lo sabía. El miércoles en el cortijo me estaba despidiendo y sí lo sabía, y por eso fue tan lento y

por eso no le contesté. Las dos veces hubo, en algún punto de mi cabeza, un reloj.

Esta noche no hay reloj y el cuerpo lo nota antes que la cabeza.

Hay un momento en que estoy de espaldas, con él detrás y la boca en mi hombro y las dos manos abiertas en mi vientre, y por la ventana sin cortina entran las guirnaldas encendidas del patio y el ruido lejanísimo de ciento cuarenta personas cantando algo horrible.

Y le digo que no pare, y no para, y en algún momento dejo de tener frases.

Y otro, mucho más tarde, en que estamos frente a frente sin movernos casi nada, con la frente pegada y las manos cogidas encima de la almohada, y él dice mi nombre entero y yo digo el suyo.

Eso es lo que me llevo. Eso, no lo otro.

Después nos quedamos así, con la ventana abierta y las guirnaldas apagándose sector por sector porque Rocío está cerrando el cuadro de luces tal como le enseñé.

En algún momento se oye arrancar un autobús abajo.

Ninguno de los dos se mueve.

Y por primera vez en trece años, no sé cuánto ha durado nada de esto.

Ni lo he mirado.

CAPÍTULO 25

Bruno

El domingo 20 de septiembre, a las once y media de la mañana, el Cortijo de la Alameda es un campo de batalla.

Hay ciento cuarenta sillas dispersas por un patio. Hay ocho copas en el suelo del olivar, que alguien tendrá que explicar. Hay una guirnalda descolgada, un zapato de tacón encima de una mesa —un solo zapato— y una tienda de cocina que dos operarios están desmontando con una lentitud considerable.

Y en mitad de todo eso está mi hermano, en chándal, con unas gafas de sol enormes, sujetando un café con las dos manos como si fuera una reliquia.

—Bruno.

—Buenos días.

—¿Tú de dónde vienes?

—De arriba.

Dani se baja las gafas dos centímetros.

Y detrás de mí, en ese preciso instante, baja por la escalera de piedra Candela Ferrer con la ropa de ayer, el pelo mojado y una carpeta debajo del brazo, porque por lo visto hay cosas que no cambian nunca.

—Buenos días —dice.

Silencio.

—¡JIMENA! —grita Dani, sin quitarse las gafas y sin girar la cabeza—. ¡JIMENA, BAJA!

—¡QUE ESTOY DURMIENDO!

—¡BAJA!

Lo que ocurre en los quince minutos siguientes no lo voy a olvidar mientras viva, y lo peor es que no hay ni una sola fotografía, porque tengo las tres cámaras guardadas en el maletero.

Jimena baja en pijama, evalúa la situación en un segundo y medio, suelta un grito que se oye en Vejer y abraza a Candela con una violencia considerable. Charo aparece por la puerta de la cocina

con una bandeja y dice «ay, Dios mío» y suelta la bandeja, que es su gesto. La tía Reme, que sigue aquí a las once y media de la mañana por razones que nadie ha explicado, dice que ella ya lo sabía desde la comida de julio.

—Yo lo dije —dice—. Yo dije: estos dos no se pueden ni ver, y eso es que se quieren.

—Reme, tú lo que dijiste fue que era una pena, con lo majo que es el niño.

—Y lo era.

Y en mitad del jaleo, cuando mi madre ya ha recogido la bandeja del suelo y le está diciendo a Candela que se siente y que desayune algo, que está en los huesos, Jimena me coge del brazo y me lleva tres metros aparte.

—Bruno.

—Jimena.

—El jueves por la noche estuvo en mi casa.

—Lo sé.

—Y le dije que me contara lo que fuera que le pasaba el día 20, y ella me dijo que sí, y luego se casó su mejor amiga y se le olvidó.

—Ya.

—Yo me voy a Sicilia el martes. —Se cruza de brazos—. Vuelvo el día 4. El día 5 nos sentamos ella y yo y me lo cuenta todo, y quiero que sepas que si me entero de que le has hecho algo raro, sigue en pie lo que te dije en agosto.

—Lo de no volver a comer en casa de mi madre en paz.

—Lo de no volver a comer en casa de tu madre en paz.

—Anotado.

Y entonces se le va la cara de policía y se le pone otra, y me abraza tan fuerte que me hace daño en las costillas, y me dice al oído:

—Gracias por no haberte rendido en agosto.

Y se va a buscar a su marido, y esa es la única vez en mi vida que he visto llorar a Jimena Ríos sin que fuera por algo suyo.

* * *

Nos vamos a las dos de la tarde. Ciento noventa kilómetros. Conduzco yo.

Y en algún punto entre Vejer y Los Palacios tenemos la conversación práctica, que es la que de verdad importa, y no se parece nada a las de las películas.

—Vamos a tener un problema —dice.

—Ya lo sé.

—No, en serio. Tú y yo trabajamos juntos.

—Hemos trabajado juntos en una boda. Una.

—Bruno, yo hago entre veinte y veinticinco bodas al año. —Va contando con los dedos—. Y a partir de ahora, cada vez que yo te meta en una, la novia se va a preguntar por qué he metido a mi pareja. Y cada vez que no te meta, tú vas a pensar que no te meto porque eres mi pareja.

—Eso lo hablamos cada vez.

—¿Cada vez?

—Cada vez, sí. —Adelanto a un camión—. Es una conversación de cuatro minutos. Podemos tenerla veinticinco veces al año.

Se queda callada.

—Y hay otra cosa peor —digo—. Y es que tú y yo no estamos de acuerdo.

—No.

—Yo sigo pensando que el 3 de octubre vas a ver ocho mil fotos de una señora desayunando y vas a entenderlo.

—Y yo sigo pensando que ese hombre necesitaba un psicólogo.

—Ya.

—Bruno, en serio: yo no me voy a despertar un día creyendo en el para siempre. —Se gira en el asiento—. Eso no va a pasar. Puede que lo entienda. Puede que lo respete. No me lo voy a creer.

—Ya lo sé.

—¿Y no te importa?

—Me importa muchísimo. —Adelanto a una furgoneta—. Lo que pasa es que llevo doce años fotografiando a gente que sí se lo cree, y a mí no me hace falta que tú te lo creas. Me hace falta otra cosa.

—¿Cuál?

—Que no lo uses.

Se queda callada.

—Puedes no creerte el para siempre y seguir apareciendo —digo—. Eso es compatible, lo hace muchísima gente y muchos de esos duran cuarenta años. Lo que no es compatible es no creértelo y usarlo de puerta.

—Ya.

—Tú no me estabas diciendo que el amor se acaba, Candela. Tú me estabas diciendo que por eso tenías derecho a irte antes.

Silencio de tres o cuatro kilómetros. La veo mirando por la ventanilla.

—Eso ha sido bastante duro —dice.

—Sí.

—¿Lo llevabas preparado?

—Desde el viernes por la noche.

—Ya. —Y se ríe un poco, y luego dice, en voz más baja—: Vale.

—¿Vale?

—Vale. Que tienes razón y que no lo voy a volver a usar.

—Y a mí me hace falta que estés el jueves.

Silencio de cuatro o cinco kilómetros más.

—Estaré el jueves —dice.

Y luego pone el pódcast de gestión de crisis en eventos, porque hay cosas que tampoco cambian nunca, y a la altura de Los Palacios está dormida contra la ventanilla.

* * *

La foto se la hago tres semanas después.

No el 3 de octubre —el 3 de octubre vamos a la exposición, y es un desastre y es perfecto.

Ella llega ocho minutos antes que yo, cosa que a estas alturas ya considero una declaración de amor. Recorremos las salas en orden cronológico, que es como está montada: 2003, 2004, 2005. Al principio va rápido, con las manos en los bolsillos, comentando la técnica como quien comenta un presupuesto.

Y a partir de 2018 empieza a ir más despacio.

En la sala de los últimos cinco años se para. Y se queda cuarenta minutos. Cuarenta, y yo lo sé porque los conté, y ella no.

Porque en esa sala la mujer de las fotos ya está enferma, y sigue habiendo una foto cada día, y hay una del último año en la que ella está dormida en un sofá con la boca abierta y la manta por las piernas.

Candela sale a la calle sin decir nada. Yo la sigo. Se apoya en la pared del CAAC, se pasa las dos manos por la cara y dice:

—Sigue pareciéndome un TOC.

—Vale.

—Es que lo es, Bruno.

—Vale, Candela.

Y le tiemblan las manos, y no lo comento, y nos vamos a comer.

Se la hago el jueves siguiente, en mi estudio, a las nueve de la noche, mientras ella discute por teléfono con un proveedor de sillas.

Es el mismo encuadre que en marzo. Ella de pie, medio girada, con una carpeta debajo del brazo y la luz entrándole por un lado.

Y el obturador se oye en todo el estudio, porque el estudio está vacío.

Se da la vuelta.

Y esta vez no dice «bórrala».

Esta vez cuelga el teléfono, me mira a mí, no a la cámara, y dice:

—¿He salido bien?

—Ven a verla.

Y viene.

Yo no creía en el para siempre y ella tampoco, y a las nueve y cuarto de la noche de un jueves de octubre, en un bajo de la Alfalfa, ninguno de los dos le prometió nada al otro.

Empezamos por el jueves.

EPÍLOGO

Candela

Catorce meses después.

Boda de ciento diez invitados en una hacienda de Carmona, tercer sábado de noviembre, catering de Salvador, sonido de Curro, flores de Loli. Novia encantadora, novio nervioso, madre de la novia razonable, que es una combinación que se da tres veces por década.

Yo estoy en mi sitio, contra el muro, con el pinganillo puesto.

Y en el planning, entre las 19:40 y las 20:00, hay una fila que dice:

19:40 a 20:00 — SIN ASIGNAR.

Veinte minutos. Sin actividad, sin proveedor, sin objetivo.

—Sigo sin entender esa fila —dice Rocío por el pinganillo.

—Es margen.

—Es margen para qué.

—Para lo que salga.

—Cande, tú no dejas margen para lo que salga. Tú dejas margen para lo que falle.

—Pues ahora dejo de los dos.

Rocío se ríe en el auricular. Rocío, que en marzo monta su propia agencia y que se lleva a tres clientas más, y a la que voy a echar de menos de una manera que todavía no le he dicho.

A las 19:44, la novia y el novio se escapan por su cuenta al patio de las columnas sin que nadie se lo haya organizado, y se quedan diez minutos solos, y vuelven riéndose.

No estaba en el planning.

Estaba el hueco.

Y a las 19:58, cuando entran al cóctel, la novia me busca entre la gente, me coge de la mano y me dice: «¿Nos hemos retrasado mucho?».

Y yo, que llevo catorce años contestando esa pregunta con un número, le digo que no.

Le digo que no y no miro el reloj, y eso, en mi caso concreto, es casi un milagro documentado.

* * *

Bruno trabaja a diez metros de mí.

Y discutimos, claro que discutimos. Discutimos a las 19:20 por la luz del cóctel, porque él quiere apagar la mitad de las bombillas de la pérgola y yo tengo ciento diez personas que necesitan verse la cara y el vaso.

—Es que a media luz esto es otra cosa.

—A media luz esto es un tropiezo y una demanda.

—Candela.

—Se quedan las bombillas.

Se quedan las bombillas.

Discutiremos por esto en marzo, en junio y en septiembre. Vamos a discutir por esto, con pequeñas variaciones, durante el resto de nuestras vidas, y esa es justo la parte del asunto que yo no vi venir en enero de hace dos años, cuando entró en el salón de mi mejor amiga un tío con el pelo revuelto y una mochila blanda.

No nos hemos casado.

No hay ninguna razón dramática. No nos hemos casado y ya está, y a mí me sigue pareciendo un contrato con muy buena música, y a él le sigue pareciendo la tarde más importante de la vida de la gente, y los dos tenemos razón y ninguno ha convencido al otro y así llevamos catorce meses.

Vivimos juntos desde mayo, en un piso de la Alfalfa que está a cinco minutos de su estudio y a veinticinco de mi oficina, y esa proporción fue una negociación de tres semanas de la que todavía no me he recuperado.

Jimena está embarazada de cinco meses. Dani ha comprado una cámara.

Charo me llama por teléfono los domingos para preguntarme cosas que no necesita saber, y yo se lo permito, y la tía Reme me manda pestiños por Navidad a la oficina con una nota que dice *para la niña de las bodas*.

Y Paco Nieto subió, el 12 de junio, a la boda de una pareja de Chiclana que se lo pidió por tercer año consecutivo. Me lo contó por teléfono, muy digno, como si no fuera nada. Estuvo cuarenta minutos y se comió dos croquetas.

Mis padres siguen en Los Remedios. Sigo llamando poco. Pero ahora, cuando llamo, a veces le pregunto a mi madre por el hijo de Rafael, el de la charcutería, y mi madre me cuenta cosas que yo no sabía. Han durado ocho, once, veinte minutos.

Hace tres semanas me contó que en 1989 mi padre se apuntó a clases de baile sin decírselo, porque en la boda de un primo ella había comentado que le daba pena que él no bailara.

Aguantó cuatro clases.

Yo no sabía eso. Llevo treinta y cuatro años sin saber eso.

Es lo que hay. Se coge lo que hay.

Esa frase la sigo usando. Solo que ahora significa otra cosa.

* * *

En el estudio de la Alfalfa, en la pared de la izquierda, encima de la mesa, hay una fotografía enmarcada.

Es de un bajo con dos monitores y ocho mil archivadores. Sale una mujer de pie, medio girada, con una carpeta debajo del brazo y la luz entrándole por un lado, y está mirando a cámara.

No tiene fecha escrita por detrás. Se lo pedí yo.

Él quería ponerle la fecha, claro. Él le pone la fecha a todo, es su religión. Y yo le dije que no, que esa no, y estuvimos discutiéndolo cuarenta minutos, y ganó él en el argumento y gané yo en la pared, que es más o menos como funcionamos.

Porque yo sé que un día eso se va a acabar. Se acaba todo: se acaban los matrimonios de treinta y ocho años, se acaban los cortijos, se acaba la gente. Nadie sale de esta.

Y sé, además, la parte que me da más miedo: que a lo mejor no se acaba de golpe. Que a lo mejor se va apagando, sector por sector, como el cuadro de luces de una finca a las cuatro y media de la mañana, y que un martes cualquiera él deja de contarme una

cosa porque está cansado, y que no pasa nada, porque era una tontería.

Por eso el trato es el que es: si él lo ve antes que yo, me lo dice. Aunque yo le diga que no es verdad, que se lo voy a decir.

Y por eso, además, hay una foto sin fecha en esa pared.

Porque lo que he tardado treinta y cuatro años en entender —y me lo explicó un fotógrafo apoyado en un maletero, a las cuatro y cuarto de la mañana, en un aparcamiento de albero— es que el final no es un argumento en contra.

Que se acabe no lo convierte en mentira.

Y por eso hay que fotografiarlo. Y por eso, desde hace catorce meses, en todos mis plannings hay veinte minutos sin asignar.

Para lo que salga.

FIN
